

AIMARA T. IGEL



HECHA DE CICATRICES

Traicionada. Perseguida. ¿Qué harías por la verdad?

Contents

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Ventiuno](#)

[Capítulo Ventidós](#)

[Capítulo Ventitrés](#)

[Capítulo Venticuatro](#)

[Capítulo Venticinco](#)

[Capítulo Ventiséis](#)

[Capítulo Ventisiete](#)

[Capítulo Ventiocho](#)

[Capítulo Ventinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)

CAPÍTULO UNO

EL PITIDO AGUDO la arrancó de un sueño suspendido entre estrellas. Giannina abrió los ojos y, por un instante, olvidó que estaba a cuatrocientos kilómetros de la Tierra, suspendida en un saco de dormir que flotaba como un sudario. Frente a su rostro, la pantalla del ordenador parpadeaba con la fecha, la hora y una lista de tareas que latía como un recordatorio de que aquel no sería un día cualquiera. Había dormido más de lo habitual, pero la fatiga seguía anclada en sus músculos, como si la ingravidez no pudiera aliviar el peso invisible del cansancio. Fuera, más allá de la escotilla, la antena defectuosa la esperaba en el silencio absoluto del vacío. Dentro, el aire reciclado olía a metal y a confinamiento. Se desató con un gesto torpe, sintiendo cómo la emoción le recorría el cuerpo: ese día saldría al espacio; ese día, el riesgo y la belleza del cosmos serían suyos.

Luego se unió a sus compañeras, con las que desayunó los alimentos deshidratados de los que su madre tanto le había hablado en tantas ocasiones, incluido un café de la máquina ISSpresso en sobres de aluminio. Una vez equipadas con las unidades de exploración extravehicular, Yelena y ella se aventuraron a salir de la base.

—Es asombroso —transmitió Yelena a través de la radio—. La visión de la Tierra desde esta perspectiva es abrumadora; estoy mirando los ojos de una divinidad que me hipnotiza.

—Parece surrealista. Somos dos niñas adentrándonos en la casa de dulces de la malvada bruja del cuento de Hansel y Gretel, demasiado bonita para ser buena —comentó Giannina.

La visión del planeta no fue lo único que las impactó. También quedaron maravilladas por el imponente tamaño de la plataforma

vista desde fuera. Si por dentro tenía el espacio de una casa de unos cuatrocientos metros cuadrados, su aspecto exterior era espectacular. Con gran esfuerzo, Giannina apartó la mirada y se centró en cumplir con el objetivo.

—¿Tú crees que alguien nos estará viendo desde allá abajo? Me refiero a si piensas que habrá alguien mirándonos desde la Tierra, viendo un punto luminoso en el firmamento —le comentó a Yelena mientras exploraban el exterior de la nave.

—Sin duda, habrá entusiastas espiándonos a través de un telescopio. O extraterrestres.

En ocasiones, Giannina se cuestionaba si la amabilidad de Yelena pudiese deberse a directrices impuestas por el Gobierno ruso. Una parte del entrenamiento en la NASA había incluido la sensibilización por parte de los servicios de inteligencia de EE. UU. Le habían repetido constantemente que, a pesar de la colaboración en el ámbito aeroespacial, Rusia era un enemigo para la seguridad nacional. Todo el personal de la NASA debía ser cauteloso si interactuaba con miembros de la agencia aeroespacial de la antigua Unión Soviética.

—Ya he localizado la antena —anunció Yelena.

—¿Dónde está?

—Cerca del adaptador de acoplamiento presurizado, entre el nodo número uno y el bloque de carga funcional.

Se acercaron con los propulsores y, al alcanzar la posición correcta, acoplaron los enganches de los cables de seguridad para evitar alejarse demasiado de la base. Apenas habían extraído las primeras piezas de repuesto del receptor que necesitaban reparar, cuando un destello cegó a Giannina. No llegó a pestañear antes de que un nuevo relámpago iluminase la nave, seguido de un estruendo cuando un proyectil impactó cerca de la antena. El pulso se le disparó. Sus ojos buscaron desesperadamente a Yelena en medio de la tormenta de luz y gritó.

—¡Yel!, ¿estás bien? —No obtuvo respuesta y gritó de nuevo—. ¡Yel!, ¿me escuchas?

—Tranquila, todo en orden. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Parecía un disparo, pero seguramente se haya tratado de meteoritos o de basura orbital que, si nos alcanza, perforará los trajes y pondrá fin a nuestra misión.

Entonces otro artefacto se abalanzó sobre ella y cumplió sus peores presagios al impactarle en el brazo izquierdo con un mordisco que agujereó el traje. Giannina gritó de dolor por el golpe y giró descontrolada, tanto por el impacto como por la pérdida de oxígeno a través del orificio, que hacía de propulsor indeseado. El objeto que la había alcanzado era un diminuto meteorito; viajaba a tal velocidad que había atravesado su traje y había rozado el músculo del brazo como una aguja incandescente. Por suerte, su tamaño era minúsculo, y aunque había perforado la tela presurizada, no había causado daños graves. Cuando movió el brazo la sangre que brotó apenas tuvo tiempo de dispersarse: al salir del traje, se congeló al instante, formando cristales escarlata suspendidos en el vacío, diminutas estrellas carmesíes.

Sintió un frío cortante que le recorrió el brazo al instante del impacto, mientras el aire escapaba con un silbido dentro de su traje. El terror la paralizó por un segundo, la adrenalina le inundó el cuerpo y su corazón latió con fuerza desbocada. Siguió girando como una marioneta rota, el vacío y la ingravidez intensificaban la sensación de vértigo, y cada segundo parecía estirarse en una eternidad de pánico absoluto.

Percibió un fuerte tirón del arnés de seguridad y dio gracias de que el accidente hubiese ocurrido después de haberse enganchado a la argolla de retención. De lo contrario, habría salido despedida y no habría regresado jamás a cubierta.

Acto seguido soltó el equipo, presionó con fuerza la herida y, por fin, frenó el giro caótico.

—¡GIN, GIN! ¿Todo en orden? —gritó Yelena, preocupada al ver la involuntaria coreografía de la compañera.

—Algo me ha perforado el traje.

—Lo he visto. Voy a aproximarme y te ayudo a tapar el agujero.

Yelena avanzó con cautela, suspendida por los arneses, temiendo que otro impacto la convirtiera en un fragmento más que flotara en el vacío. Junto a su compañera, se resguardó tras la plataforma que

usaban como escudo improvisado, sorteando la lluvia de desechos orbitales que había interrumpido las labores de mantenimiento.

Los destellos de los proyectiles tiznaban las mamparas mientras se alejaban de las dos astronautas, dejando un rastro de luz espectral en el cosmos. Bajo los últimos golpes contra la aeronave, Yelena logró sellar el agujero del traje antes de que el aire escapara del todo.

—¡Tenemos que abortar la misión, Giannina está herida! —dijo Yelena por el sistema de comunicación.

—Estoy bien. Mmm... Estoy bien.

—Desde la sala de control informan que no se espera la presencia de ningún otro objeto que pueda colisionar con vosotras —dijo Svetlana desde la cabina de mando.

—Puedo seguir. No quiero perderme este paseo por un rasguño.

—¿Segura? —preguntó Yelena.

—Sí, terminaremos la tarea y luego me curas en la base. No quiero que Houston envíe otra tripulación para que termine nuestro trabajo. ¿Te parece, Yel?

—De acuerdo. Si crees que puedes continuar, seguiremos adelante.

Después de que terminaran las maniobras de reparación y regresaran al interior, Giannina abrazó a su amiga y suspiró.

—Ha estado cerca.

—¡Podría habernos perforado el casco!

—Por suerte, todo ha salido bien.

—Me he sentido como Sandra Bullock en la película *Gravedad* —dijo Giannina, y evocó una escena de película con un gesto teatral. Acto seguido, descartó la posibilidad de enfrentarse a tragedias similares, diciendo—: Mejor olvidemos esas cosas.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien. Por suerte me ha dado solo de refilón.

En cuanto se quitó el equipo de exploración, Yelena le cosió la herida del brazo provocada por el proyectil.

—Un susto así pone las cosas en perspectiva —comentó Yelena—. Nos recuerda lo frágiles que somos.

—Espero que no haya más sobresaltos, que completemos el programa sin problemas y que solo me deje esta cicatriz. Me fastidia tener tan mala pata. Por un momento, he temido por mi vida, que no volvería a casa de una pieza ni podría abrazar a mis padres. Tenía muchas ganas de contarles mi primer paseo espacial, pero después de lo ocurrido, temo su reacción si les menciono el accidente.

—Mira el lado bueno: hemos esquivado la tragedia. Hemos salido casi ilesas, y lo que ha podido ser un desastre no ha sido más que una anécdota.

CAPÍTULO DOS

EL MUNDO ENMUDECIÓ con el descenso. Solo el latido vibrante rompía el silencio, marcando el ritmo como un metrónomo agotado. Intentó recuperar el control del cuerpo durante la inmersión, igual que cuando forzaba su rendimiento al máximo. Giannina contuvo la respiración. Bajo el agua, solo escuchaba el bombeo insistente de su corazón —el mismo que, en unos meses, la impulsaría más allá de la Tierra—. Nadar no era parte del protocolo oficial para astronautas, pero ella sabía que la calma se entrenaba así: llegando al límite.

El corazón de Giannina latía con la urgencia de alguien que huye de la realidad. Justo antes de sumergirse, creyó ver el reflejo de un buitre o un águila cruzando el cielo sobre el lago. No había nadie para interrumpirla; en ese rincón escondido del parque silvestre de Houston, el cielo y el agua conspiraban para mantener sus secretos.

A sus veintisiete años, su cuerpo se movía como un mecanismo preciso, pero su mente aún fluctuaba entre la ansiedad y la esperanza. Encontraba en ese ritual algo más que ejercicio: se trataba de calibración emocional. Meditar bajo el agua era lo más parecido que había encontrado a flotar en la ingravidez. Todo en ella estaba entrenado: músculos, reflejos, mente. Todo salvo el murmullo insistente de sus emociones cuando pensaba en lo que se avecinaba: el inminente viaje al espacio, la madre que le exigía perfección, el peso invisible que arrastraba desde la infancia. Pero bajo el agua era solo ella.

A medida que el pulso se le apaciguaba, percibió otros sonidos distintos de los que producía ella misma. No tenía prisa por abandonar ese estado de meditación. Agradecía el respiro, no solo de lo cotidiano, sino también del peso de la conciencia. Esta solo se aquietaba en momentos como ese, en los que no fabricaba

preguntas sin pausa, no cocinaba miedos con cualquier ingrediente que le ofreciera el entorno ni lanzaba inquietudes que la obligaran a una búsqueda perpetua de realización personal. Instantes en los que su fuego interior no la impulsaba de manera desenfrenada a moverse. Batir el récord de nadar un kilómetro y medio en menos de dieciocho minutos era de las mejores maneras de encontrar paz interior, como si al exigirse al máximo pudiera acallar toda anomalía indeseada. Por eso disfrutaba tanto de la tranquilidad que le daba aquel remoto lago, libre de distracciones. Además, el paisaje era precioso, un espejo donde se reflejaba el cielo infinito.

Sumergida, afinaba la mente al susurro del fondo. Las piedras del lecho crujían como grillos en el jardín de sus abuelos, en Sicilia, danzando al compás del arrullo de las olas. De niña había contemplado allí las estrellas junto a su madre. Se había maravillado con la inmensidad del universo y se había preguntado si algún día podría verlas de cerca.

Faltaban apenas tres meses para que viajase al espacio a bordo de una Soyuz, rumbo a la Estación Espacial Internacional en una misión científica conjunta entre Roscosmos y la NASA. □ □ Una cápsula estrecha, una tripulación implacable y ella, especialista en microbiología del módulo internacional. El entrenamiento había sido despiadado, diseñado para moldear cuerpos y voluntades. Y, sin embargo, allí, en medio de aquel lago inmóvil, la gravedad parecía rendirse un instante, como si la propia naturaleza le concediese su deseo de flotar.

Esperaba que la experiencia orbital fuera como la paz que sentía al meditar. Soñaba con el momento en que iba a poder contarle a su madre todo lo vivido en su primera aventura fuera del planeta. Se deleitaría al ver su expresión de orgullo.

Como un paseo fuera de la Estación Espacial Internacional, la inmersión tenía un tiempo contado. Por eso emergió, tomó aire y volvió a orientarse. Al sacar la cabeza a la superficie, notó olas inusualmente fuertes. Cuando el agua despejó sus oídos, oyó un golpeteo constante de remos.

Le sorprendió ver una figura, conforme recuperaba el olor a pino y tierra húmeda que impregnaba el ambiente. Se trataba de una

chica que tendría unos quince años, a bordo de un bote hinchable. El cabello castaño, suelto y algo despeinado, se movía con la brisa. Con cada impulso del remo, el espejo líquido se rompía en suaves ondas que llegaban hasta Giannina. Algo en la imagen le heló la sangre, aunque no supo por qué de inmediato. Fue entonces cuando oyó los sollozos: secos, rotos, ajenos al paisaje.

CAPÍTULO TRES

GIANNINA OBSERVÓ LA escena desde el borde del lago. El bote avanzaba lentamente, envuelto en un llanto. No era una pescadora. No había cañas. Solo un rifle.

Por un instante pensó que la joven estaría ahí para practicar el tiro con blancos fijos o móviles. Entonces recordó que otra chica se había suicidado en ese mismo lago. Lo había leído en el periódico. El lugar parecía atraer la desesperación.

Giannina hizo temblar el aire con sus chillidos feroces. Intuía que estaba a punto de presenciar una nueva tragedia, una historia que también acabaría documentada en la prensa. Se planteó si la primera noticia había desencadenado un efecto llamada, una receta perfecta para que otra persona, en un acto desesperado, buscara la misma salida al sufrimiento. O si, por el contrario, de haberse hablado más del tema, los allegados de la persona afectada habrían podido identificar su aflicción a tiempo y brindarle la ayuda necesaria antes de que tomara la decisión de imitar a su antecesora.

En cualquier caso, si conseguía que la adolescente se percatara de que no estaba sola, quizá no seguiría adelante con su oscura hoja de ruta. Así que nadó deslizándose por el agua cristalina en dirección al bote, que avanzaba sin prisa. Cada pocas brazadas lanzaba un grito al aire, y eso alertó de su presencia a la chica en peligro, que se quedó petrificada en cuanto el chillido la alcanzó. A lo lejos, el sol se coló entre las nubes y bañó el oasis en una cálida luz dorada.

La embarcación se detuvo. La única tripulante miró entre llantos a Giannina, que se acercaba decidida a estropearle el plan que había trazado para acabar con el calvario. Cuando por fin alcanzó el bote, se apoyó en la borda, se quitó las gafas de natación y miró a la abatida muchacha.

—Hola, me llamo Giannina Christofonti. —No obtuvo respuesta, así que continuó—. No dejaré que lo hagas —dijo sin apartar la vista del arma que llevaba la figura taciturna a la que acababa de abordar.

Observó a la chica que tenía delante, la viva imagen de la desesperación. Esta no dejó los remos, sino que se aferró a ellos con más fuerza todavía, porque eran parte de un proceso que seguía activo. Primero tenía que llegar hasta el centro del lago, donde pasaría al siguiente paso de la receta.

—No sé por lo que estás pasando, parece que experimentas un dolor intenso y que no encuentras una solución. Imagino que tu problema es horrible... —No quería que la chica pudiera sentirse ofendida por algo que dijese, pero tampoco quería dejar de hablar por miedo a lo que hiciese después—. Hay mucho por lo que vivir. Mi abuela me decía siempre que todo problema tiene solución.

—¡Mentía! —aseguró la joven entre lágrimas. Sus manos temblaban sobre los remos mientras miraba el rifle de reojo.

—Sé que buscas terminar con la angustia. Sea cual sea el origen, serás capaz de superarlo; no tienes por qué...

—No, es imposible.

—¿Cómo te llamas?

—Maia.

—Mira, Maia, todos llevamos dentro el poder de lograr cosas extraordinarias, incluso aquellas que jamás imaginaríamos alcanzar. A veces, basta con una chispa de apoyo o con atrevernos a creer en nosotros mismos para descubrir fuerzas que ni sabíamos que habitaban en nuestro interior.

—Ya no puedo más...

—No estás sola —susurró Giannina—. Estoy aquí. Si tú aguantas, yo también lo haré contigo. Quiero ayudarte. Seguro que hay mucha más gente que te puede ayudar y está dispuesta a hacerlo.

—Nadie puede ayudarme. Ni cambiar el pasado. Ni borrar lo que hice. Pero yo puedo acabar con esta pesadilla —aseguró, limpiándose los mocos que arrastraba la riada de lágrimas con un espasmódico movimiento del brazo—. Quiero que acabe todo...

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

El canto de los pájaros acompañó los gemidos de la inexperta remera mientras cogía fuerzas para responder.

—Hace unos meses empecé a salir con un chico. En una fiesta me emborraché y me acosté con un amigo suyo. Fue un error. Lo peor de todo es que ni me gustaba. Con tanto alcohol no era consciente de lo que hacía... Cuando mi ex se enteró, se cabreó muchísimo, y para vengarse colgó en internet un vídeo que había grabado a escondidas mientras nos acostábamos. Le contó a todo el mundo lo que había ocurrido. Todos han visto el maldito video: compañeros, profesores, familia. Todos me juzgan, me gritan zorra por la calle, no paran de llegarme mensajes en las redes sociales con insultos. Estoy harta. Mi mundo es un infierno.

—Lo siento muchísimo. Ni me imagino lo duro que es para ti y para tu familia.

—Quiero que se acabe. ¿Entiendes? La culpa es insoportable.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Y por qué me siento como una mierda?

—Porque has sido la víctima de un cabrón. Él es el que debería estar sufriendo, pero tú no. Igual que todos los demás que te acosan. No dejes que ganen. La vida te ha golpeado. Lo sé. Pero todavía no ha dicho su última palabra. Eres superjoven, tienes un montón de posibilidades a tu alcance. Seguro que antes de que todo eso pasase, tenías sueños, aspiraciones...

—Ya no tengo nada de eso...

—Claro que sí, has llegado hasta aquí, tenías un plan y has hecho todo lo posible para ejecutarlo. Ahora necesitas... un plan diferente.

—¿Para qué vale la pena vivir si todo duele?

Giannina no sabía qué responderle. Nunca había pensado en el sentido de la vida y no encontraba una respuesta fácil a una pregunta tan profunda en tales circunstancias. Sintió que regresaba al colegio, como en sus pesadillas. Estaba sentada ante un pupitre, frente a un examen. No había estudiado y le daba pavor suspender.

—¿Tú para qué quieres vivir? ¿Cuáles son tus sueños?

—Soy astronauta. En tres meses despegó rumbo al espacio.

—¿Por qué lo haces? —preguntó la adolescente entre lágrimas.

—El mundo es increíble, igual que el universo. Me muero de ganas por ver nuestro planeta desde lejos. Dicen que es una experiencia alucinante y me lo he imaginado desde pequeña. Además, soy científica, y mi propósito es realizar experimentos que impulsen el conocimiento y contribuyan al bienestar de la humanidad.

Permanecieron en silencio por un instante. El viento susurró, arrancando un cosquilleo a las hojas de los árboles que las rodeaban. El sol se deslizó hacia el horizonte, tiñendo el cielo con un suave arrebol.

—Sé que estás desesperada y deseas el fin de tu agonía. Todavía te queda mucho por descubrir. Tal vez te preguntes por qué tu camino sobre la Tierra se ha hecho tan complicado, y no creas que existan respuestas a los problemas que enfrentas. Supongo que eso hace que la agonía que experimentas se amplifique y que no veas ninguna salida. Lo que sé es que, si coges ese rifle, se acaba la partida y pierdes cien por cien. Por otro lado, si salimos de aquí, jugarás más rondas. Unas las perderás, sobre todo al principio. Y, aun así, te garantizo que ganarás muchas más. Cambia de instituto, de ciudad, sal del país. Estoy convencida de que hay un sinfín de opciones que todavía no has estudiado. Hay gente que supera traumas ayudando a otros. Los hay que asesoran a quienes han pasado por lo mismo. Escribe un libro, compón una canción, pinta... No sé. Existen varios profesionales que te ayudarán con el trauma. No digo que sea fácil, solo que dudo que hayas agotado todas las opciones. —Calló y evaluó la manera en que la quinceañera recibía las palabras—. No soy quien para decirte lo que debes hacer. Solo que me da pena que, por culpa de unos malnacidos, acabes con todo. Yo no te conozco y de todas formas estoy dispuesta a ayudarte. Ven conmigo. Busquemos otro camino juntas. Te prometo que algún día te encontrarás mejor. Incluso si no es inmediato, ¿no compensa que te arriesgues a vivir un día más si tengo razón? ¿Que vivas un año más si encontramos una forma de que calmes tu dolor? ¿Que disfrutes toda una vida si conseguimos que superes el trauma y seas feliz?

La chica lloró desconsolada, incapaz de rebatir a Giannina. No respondió. Únicamente soltó los remos en señal de que había abandonado sus planes, al menos de momento. La nadadora aprovechó la pequeña victoria, subió a la embarcación y abrazó a la navegante. Quería ofrecerle un poco del consuelo que necesitaba, además de las gotas de agua que empaparon la ropa. Pasado un rato, le susurró al oído los siguientes pasos que iban a dar.

—Te prometo algo, Maia —dijo Giannina, ya temblando—. Si vuelves a la orilla conmigo, yo me encargaré de que el mundo te vea brillar. Como a una estrella más. Ahora cogeré los remos y volveremos juntas a la orilla, ¿de acuerdo? Luego, te acompañaré a casa. Pero solo si tú quieres. Si no, buscaremos otro sitio.

Se sintió reconfortada al ver que Maia asentía, y los gemidos se calmaron. Había logrado establecer una conexión con la joven desesperada.

—Primero deja que me cambie de ropa porque me estoy pelando de frío.

La remera soltó una pequeña risita y Giannina se alegró de haberla salvado. Pensó que quizá perder el vuelo no era lo peor que podía pasarle.

CAPÍTULO CUATRO

NO ENTENDÍA POR qué debía viajar a Pekín, sobre todo teniendo en cuenta que su misión espacial la realizaría junto a dos astronautas rusas. Según le explicaron, serían miembros de la Agencia Aeroespacial China quienes relevarían a su tripulación en la estación orbital. Por ese motivo, el director de vuelo obligó a Giannina a unirse a una comitiva diplomática organizada por el Departamento de Estado, cuyo objetivo era mitigar las tensiones entre ambas potencias tras una serie de escaladas militares en el Pacífico, incluida la controvertida operación de reunificación en Taiwán y la imposición de aranceles proteccionistas.

Sin embargo, una emergencia diplomática —que nadie quiso explicarle en detalle— hizo que la comitiva oficial partiera antes de lo previsto. Giannina se quedó atrás, obligada a regresar por su cuenta; y tuvo que buscar una conexión comercial rumbo a Houston. La única opción que consiguió incluía una escala en Florida.

Tras visitar una de las ciudades más pobladas del mundo, se sorprendió al sentirse abrumada por la multitud al regresar a América. La aglomeración que encontró en el aeropuerto internacional de Miami intensificó sus ganas de teletransportarse a la Estación Espacial Internacional. No solo para hacer realidad el sueño de viajar al espacio pronto, sino también para escapar del ruido que ahogaba sus pensamientos. Durante el trayecto, la tripulación advirtió que no habría ninguna conexión con otros vuelos.

A pesar de los temores iniciales por ataques terroristas que se extendieron entre los pasajeros, pronto se descubrió que un error informático había paralizado por completo el tráfico aéreo norteamericano. No recordaba ningún fenómeno meteorológico ni huelga de personal que hubiese interrumpido a tal escala el

despegue de vuelos programados. Se encontró atrapada en el enorme aeropuerto junto a miles de pasajeros desesperados, buscando una vía de escape.

La gente se movía frenética. Unos buscaban el equipaje, otros trataban de encontrar con el teléfono móvil una salida de aquel caos. Muchos pasajeros se resignaban y se acomodaban en los asientos de la terminal. Otros tantos se tumbaban en el suelo preparándose para una noche en aquellos interminables pasillos. No pensaba imitarlos al instante. Lo primero era reunir víveres. Desconocía cuánto tiempo estaría atrapada, y los restaurantes cercanos ya parecían desbordados.

Con tanto pasajero varado, las tiendas estaban arrasadas. Apenas quedaban bebidas azucaradas de sabores extravagantes y unas pocas chokolatinas de coco. Cuando Giannina tomó la última barrita, unos dedos desconocidos atraparon el botín antes que ella, así que no cerró su mano sobre el envoltorio, sino sobre otra mano. En cuanto se dio cuenta, soltó la inesperada mano y levantó la vista.

—Perdón —dijo y miró la cara que asomaba entre una melena enmarañada que muchos confundirían con el nido de un ave.

Exasperada porque ese día no conseguiría ni siquiera una cena indigna, se giró e inspeccionó el resto de las baldas vacías de la tienda en busca de otros alimentos.

—Giannina, ¿eres tú?

Desconcertada, estudió el rostro anónimo. Intentó reconocer a la dueña de la piel de caramelo, buscando alguna pista en unos ojos verdes que no había descubierto en la primera impresión.

—¿Nos conocemos?

—Soy Jeevika, ¿no te acuerdas de mí?

—¡Jeevika! ¡No te había reconocido!

—Normal. Creo que ni mi madre me reconocería en estas circunstancias —alegó e hizo una reverencia para que Giannina contemplase la ropa de montañismo con la que viajaba, soltando otra carcajada.

—Has cambiado muchísimo desde la última vez que te vi en la universidad —dijo Giannina, fascinada por los ojos verdes de su compañera de clase, que brillaban de alegría. Admiró la bronceada

piel y la belleza del cutis impoluto, que le despertó tanta envidia como en el pasado.

Pensó que su desconcierto no solo se debía a la indumentaria. Recordaba a Jeevika con kilos de más y menos esbelta. En ese instante tenía delante de ella a una mujer cuya ropa deportiva ceñida mostraba una figura de complexión mucho más atlética que la de la joven de su memoria.

—Vengo de una ruta en el parque Ch'acco Huayllasca, cerca de Pitumarca. ¿Lo conoces?

—No, no lo había escuchado en la vida.

—Pues es maravilloso. Es uno de los paraísos sudamericanos para la escalada en piedra caliza. Está en Perú. ¡Tienes que ir!

—Me lo apunto.

—¡Menudo desastre! ¿Verdad? Han cancelado todos los vuelos del país. ¿Te había ocurrido antes algo así?

—No, es la primera vez que naufrago en un aeropuerto.

—Bueno, espero que no sea igual de malo que en la película de Tom Hanks.

—¿La de la isla o la de la terminal? —preguntó Giannina.

Jeevika se rio sin miramientos.

—Cualquiera de las dos —dijo entremedias.

—¿Sabes cuánto tiempo estaremos encerradas aquí?

—No tengo ni idea. He hablado con la agencia de viajes y no he encontrado ninguna vía de escape: ni trenes ni buses... Ni siquiera un mísero hotel. Todo está saturado.

—Sí, me ha pasado lo mismo. En realidad, mi agencia de viajes es una página de internet y tampoco he encontrado nada ahí —comentó con otra carcajada—. Así que me he resignado y buscaba algo de cenar.

Jeevika contempló la chocolatina de coco que sostenía en la mano con tanta fuerza que empezaba a doblarse bajo sus dedos. Miró a Giannina, y con vergüenza le brindó la captura.

—Siento haberte quitado esto. ¿Lo quieres?

—No te preocupes, en realidad no me gusta el coco. Ya encontraré otra cosa.

—A mí me encanta. Cierto es que pensaba que, escalando montañas, sería el único sitio donde no encontraría comida caliente, no en medio de Miami. —Giannina reaccionó con una mueca, aunque no dijo nada—. ¿Quieres que busquemos juntas algo diferente para cenar? Bueno, si estás sola y no tienes nada mejor que hacer, claro —preguntó Jeevika.

—De acuerdo. Hacemos más chocolatinas.

—¿Por dónde empezamos?

CAPÍTULO CINCO

GIANNINA Y JEEVIKA lucharon con los otros pasajeros y llenaron las mochilas con víveres. Empujaron y compitieron por lo poco que quedaba, igual que hacía la gente en las rebajas. Una vez satisfechas con el botín, se sentaron en un banco libre enfrente de una cristalera. Allí contemplaron el atardecer frente a la flota de aviones anclados a tierra por el error informático.

—Al final, nuestra cena no va a estar tan mal. Tenemos frutos secos, un par de piezas de fruta y hasta vino.

—¿Vino?

—He conseguido unas botellas. Bueno, no sé si bebes... — comentó Jeevika.

—No mucho. Como parte de la preparación para la misión espacial, sigo una dieta equilibrada y procuro mantenerme alejada del alcohol.

—Comprendo. En ese caso, olvídalo. Soy idiota, creí que sería una buena idea...

—Pensándolo bien, no tenemos nada mejor que hacer —dijo Giannina y le dirigió una sonrisa—. Además, un día es un día. Y seguro que así la espera será más llevadera.

Esas palabras iluminaron el rostro de Jeevika, que, ilusionada, abrió la botella.

—¿Cómo has acabado aquí? ¿Vas o vuelves? —preguntó.

—Vuelvo de un viaje a Pekín, y voy camino a Houston, que es donde vivo.

—¿En serio? ¿A qué te dedicas?

—Soy astronauta.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad? ¡ASTRONAUTA!

—Sí, es algo que siempre he perseguido.

—¡Qué increíble! Yo pensaba que tu doctorado era sobre vegetales, cosechas o algo así...

—Correcto, se llamaba *Enfoques de biología molecular, genética y microbiómica*. Investigué respuestas de los cultivos al estrés biótico y abiótico.

—Lo tenía en la punta de la lengua —dijo Jeevika sonriendo—. ¿Qué te ha hecho acabar en la NASA después de hacer un doctorado sobre las respuestas de los cultivos al estrés biótico y abiótico?

A Giannina le sorprendió lo rápido que Jeevika había retenido el título de la tesis doctoral. Pocos habían sido capaces de memorizarlo después de leerlo una y otra vez en la portada del volumen que había publicado.

—La agencia necesita cultivos que prosperen en el espacio para misiones de larga duración. De lo contrario, solo llegaremos a Marte alimentándonos a base de barritas de coco, y por ahí sí que no paso...

—¿Así que cultivarás vegetales en órbita? Entonces, ¿eres una hortelana espacial? —dijo Jeevika, riéndose de nuevo.

—Sí, ese es el plan. Investigo formas de producir vitaminas y otros nutrientes que mejoren la dieta de la tripulación fuera del planeta. Hago una contribución, no solo a la ciencia aeroespacial, sino también a toda la humanidad. Muchos de los avances desarrollados por la NASA tienen aplicaciones prácticas en la Tierra.

—¡Muy guay! Tus padres estarán superorgullosos de ti.

—La verdad es que me han apoyado un montón. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Yo también trabajo con pipetas. Estoy en un laboratorio de biotecnología.

Jeevika sirvió otra ronda de vino, manejando la botella como si formara parte de un experimento de laboratorio.

—¡Qué interesante! ¿Qué haces en concreto?

—Sí, bueno, es como si barriese las calles comparado con un viaje espacial —rió Jeevika.

—Si las calles no están limpias, no accederemos a la lanzadera.

—Tienes razón, cada uno aportamos nuestro grano de arena para que funcione el mundo y unos pocos vayan a Marte. Al menos,

los que pagamos impuestos.

—Sin impuestos no habría investigaciones que desarrollasen nuevas tecnologías. Si lo dejásemos todo en manos de las corporaciones, solo se beneficiarían del progreso los ricos. Y a los demás, que los zurzan.

Jeevika asintió con una sonrisa, y ambas se sumergieron en una conversación profunda. El vino había aflojado las barreras que Giannina construía con tanto esmero. Jeevika se había inclinado un poco más y su risa era un susurro cálido cerca de su oído. Exploraron temas que fueron desde pasatiempos favoritos hasta dinámicas familiares complejas. Durante su debate, el cielo se transformó. Las pinceladas doradas del sol, que se estrelló gradualmente contra el horizonte, tiñeron el firmamento con una paleta de colores que cambiaba a cada segundo. El azul diurno dio paso a una sucesión de tonos suaves y etéreos, desde el dorado tenue hasta el delicado rosa. Aunque la naturaleza desplegó un espectáculo multicolor, las jóvenes permanecieron inmersas en su diálogo, ajenas a la transición del día a la noche, sumidas en su mundo. No solo el firmamento mutó de color; los labios de ambas mujeres también se tornaron carmesíes por la bebida que las acompañaba en la velada improvisada.

—¿Y qué tal es eso de trabajar para la NASA?

—Es un sueño hecho realidad.

—No será nada fácil conciliar la vida de astronauta con pareja, hijos...

—Por eso no los tengo.

—¿Es algo que quieras en el futuro? —indagó Jeevika.

—Quizá más adelante. Sé que no puedo posponer la respuesta de forma indefinida, porque, si retraso mucho la decisión, la convierto en una elección en sí misma. Por otro lado, viajar al espacio es una aspiración de cuando era pequeña y sería incapaz de echarlo todo por la borda tan cerca de la meta. Si un día encontrase a alguien con quien formar una familia, supongo que lo haría. Solo sé que no es una prioridad en este momento. Algunas personas desean hijos a toda costa, o son incapaces de estar sin pareja. Yo no soy de esas. ¿Y tú?

—Sí, bueno, no sé si mañana o en unos años. Sí que me gustaría asentarme en algún momento.

—¿Y mientras tanto...?

Giannina se sorprendió a sí misma coqueteando. Una parte de ella disfrutaba de la situación, la otra era la mujer que luchaba contra los efectos del vino y se atormentaba por haber roto la norma de la abstinencia. La que madrugaba cada mañana en busca del éxito. La que entrenaba, estudiaba y hacía todo lo necesario para ser la número uno.

Su ambición era viajar a la Estación Espacial Internacional. Pondría en peligro el significado de los sacrificios que había hecho hasta entonces si cambiase de objetivos vitales de golpe cuando estaba a punto de lograrlos. La coherencia con sus decisiones pasadas la impulsaba a restar importancia a las renunciaciones que aún debía enfrentar, todo con tal de alcanzar la meta.

—Mientras tanto, se me ocurren muchas cosas divertidas que podemos hacer.

El aliento de Jeevika le rozó la piel como una caricia de brisa cálida, provocando un escalofrío que le recorrió la nuca. Al pasarle la botella sus dedos se tocaron apenas, y ese mínimo contacto, sumado al destello en sus ojos, tensó el aire entre ellas hasta que Jeevika se acercó y sus labios carmesí se fundieron en un beso fugaz, pero lo bastante intenso como para encender una chispa inesperada en Giannina.

Lo que comenzó con delicadeza evolucionó en una oleada de pasión. El beso liberó una descarga de adrenalina que la sacudió por completo: fue como si las emociones de la ruta de escalada atravesaran su cuerpo y en ese momento, en esa conexión, Giannina ascendiese una cima interior. Su corazón latía con la misma intensidad que durante los entrenamientos más exigentes, con ese ritmo vertiginoso que solo el límite físico y emocional puede dictar.

Pero algo se activó en su interior, un relé silencioso alimentado por la incomodidad del banco que presionaba su espalda. No permitiría que ese momento se diluyera en la distracción. La determinación la invadió con la misma fuerza con que la obsesión la había dominado en tantas otras ocasiones. Saltó como un resorte y

se puso en pie, lista para seguir escalando lo que fuera que estuviese frente a ella, tirando la botella de vino, que provocó un sonido seco, casi ceremonial, al estrellarse contra el suelo de mármol. El líquido se esparció como una mancha de sangre de una herida abierta, pero ella no se detuvo a mirar. No había tiempo para distracciones.

—Lo lamento, no quería... —empezó Jeevika, que no sabía reconducir la situación y la imitó poniéndose de pie.

—No, eh... No te preocupes... —tartamudeó Giannina—, soy yo la que lo lamenta. —El silencio fue más incómodo que el acolchado de los asientos—. Esto no es lo que busco ahora mismo —terminó diciendo Giannina—. Lo lamento mucho, pero me voy al espacio en un mes y no dejaré que esto, sea lo que sea, lo ponga en peligro...

—Sí, bueno. Lo comprendo... Miento, no lo comprendo. ¿Acaso no es lo que deseas? ¿Por qué rechazas lo que quieres? ¿Por qué rechazas quién eres?

En ese momento, Jeevika empezó a estornudar una vez detrás de otra, como si fuera un bucle infinito, un programa que se había quedado colgado y repetía la misma rutina una y otra vez, si bien cada estornudo era más ronco y se transformó en una tos seca.

—¿Estás bien? —preguntó Giannina.

Jeevika recurrió a una botella de agua para calmar su garganta. Cuando superó el inesperado ataque de tos, se dio cuenta de que le moqueaba la nariz y se la limpió instintivamente con el brazo.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo Giannina.

—Perdona mi brusquedad. No soy quién para decirte lo que debes hacer. Quédate. Charlemos. Seremos buenas amigas. No te marches —suplicó Jeevika.

—Prefiero irme. Si no te importa, buscaré un banco en el otro extremo de la terminal.

Cogió sus cosas y se fue. Jeevika la siguió con la mirada e imaginó lo que podría haber pasado entre ellas.

CAPÍTULO SEIS

LA CABINA DE la Soyuz MS-22 era claustrofóbica. Giannina habría preferido viajar en una de las modernas cápsulas Dragon de SpaceX, pero ni la nave ni la tripulación fueron su elección.

Aunque tradicionalmente seis personas ocupaban la Estación Espacial Internacional, la disponibilidad de lanzaderas había cambiado el panorama. La transición hacia vehículos más sostenibles, reutilizables y de menor capacidad obligó a las agencias espaciales a reorganizar la logística orbital: los lanzamientos eran más frecuentes, pero con menos plazas por vuelo. A esa limitación se sumaban contratiempos que no podían ignorarse: fallos técnicos en cápsulas como la Starliner, fugas persistentes en módulos como Zvezda y la creciente amenaza de basura espacial, que imponía restricciones adicionales por seguridad. Con calendarios y protocolos cada vez más presionados por tensiones geopolíticas y recursos ajustados, aquella misión partió con solo tres astronautas. Y todas eran mujeres.

Giannina representaba a la NASA. Las otras dos astronautas eran rusas, enviadas por Roscosmos. Svetlana, hija de un alto cargo militar, era piloto y la comandante de la misión. Su trayectoria como piloto de combate y su porte marcial —alto, cabello cortísimo y una cicatriz que cruzaba su rostro con solemnidad— la hacían imponente.

Yelena, en cambio, irradiaba otra clase de fuerza: era ingeniera mecánica en Energía, una empresa estatal rusa especializada en tecnología espacial, y había heredado de sus padres la pasión por los transbordadores. Con su mirada expresiva y sonrisa embaucadora, desarmaba cualquier protocolo.

Había pocos momentos alegres en la expedición, frenados por el carácter serio de la comandante. Svetlana se comportaba más como un robot que como una persona, especialmente cuando manipulaba los paneles de control con el peculiar puntero —una vara con empuñadura de pistola y una bola en la punta—, que usaba para alcanzar los botones desde su asiento, demasiado alejado de los mandos para manejarlos directamente con los dedos.

Desde su lugar en la cápsula, Giannina descartó que Svetlana fuese un androide. El diseño del vehículo era tan poco práctico que dudaba que los rusos pudieran crear un autómata capaz de moverse con naturalidad y pilotar con tal precisión. Aun así, valoraba tener a alguien tan competente como la comandante en el equipo; su presencia ayudaba a evitar que aquella misión se convirtiera en un meme de desastres catastróficos.

Antes de que se cerrara la escotilla, Giannina intentó llevar consigo todo el aire posible hasta la órbita. Pasaría mucho tiempo sin el aire fresco como el que la rodeaba en el Cosmódromo de Baikonur, la base de lanzamiento ubicada al sur de Kazajistán, desde donde despegarían.

La cuenta atrás le pareció infinita, y aun así la disfrutó hasta el final. Era casi un sueño irreconocible el pensar que, tras haber peleado por un boleto al infinito, por fin podría contemplarlo con sus propios ojos. Esa idea le provocó una sonrisa apenas perceptible en el instante en el que los motores se encendieron y un terremoto sacudió la Soyuz.

No habría cambiado ese asiento en la aeronave por nada en el mundo, incluso si era más incómodo que el de una maleta en la bodega de un avión. Aquel momento representaba la culminación de toda su carrera, una experiencia única que saboreaba con cada fibra de su ser. No obstante, el miedo a que algo saliese mal la perseguía, a modo de huésped indeseado anidado en su mente.

Al mismo tiempo que el cohete ascendía y rompía la atracción gravitatoria, imágenes del pasado resbalaron ante ella. Recordó su infancia: las horas jugando con bloques, construyendo cohetes e imaginando aventuras que siempre terminaban con encuentros extraterrestres. Visualizó la infinidad de veces que le había

prometido a su madre que algún día la saludaría desde el espacio. Releyó sus apuntes, en los que calculaba la velocidad de escape necesaria para que un cuerpo, sujeto únicamente a la gravedad, abandonase el planeta. Los recuerdos se entrelazaron con los sacrificios asumidos, incluidas las promesas disipadas de los labios de potenciales romances que nunca había dejado florecer.

Los propulsores auxiliares fueron liberados, devolviéndola a la realidad. El desasosiego que la acompañaba desapareció en cuanto contempló por primera vez el firmamento en el exterior de la atmósfera terrestre.

La espectacular imagen la eclipsó, dándole un chute de adrenalina mezclado con serotonina, que la sumergió en una burbuja de satisfacción. Lo único que superaría ese instante sería el primer paseo fuera de la Estación Espacial Internacional. O el rostro de su madre, henchido por el orgullo de verla orbitando la Tierra. Casi no daba crédito. Le recordó aquella historia donde los reclusos de un campo de concentración nazi no se creían que les habían concedido la libertad, pese a que soñaban con ese día desde el momento en el que fueron apresados.

Conforme avanzaba hacia la plataforma orbital, no solo la envolvía la majestuosidad infinita del universo, sino también la profunda emoción de haber llegado hasta allí. Había alcanzado un objetivo por el que había trabajado sin descanso. Los errores del pasado, junto con la vergüenza que le habían dejado, pesaban en su memoria. Por otro lado, había logrado su meta. No había encontrado el camino hasta la cima del mundo. La había sobrepasado y estaba encima de él.

Yelena le dio unos golpecitos con el codo, la sacó de sus pensamientos y señaló un punto brillante a través de la ventanilla protectora de la cabina. Al principio, se preguntó qué planeta podría ser, ya que carecía del parpadeo característico de las estrellas. El punto se hizo cada vez más grande y cogió forma hasta que identificó los paneles solares que abastecían al complejo. Pronto se dio cuenta de que era la estación espacial la que brillaba, aquella que sería su hogar durante los próximos meses.

A medida que se acercaban, contempló la maravilla tecnológica que tanto la fascinaba. Además de asombrarse por los cuatrocientos mil kilos de acero que volaban a más de veintisiete mil kilómetros por hora alrededor del planeta, la maravillaba el milagro diplomático que representaban. Tantas naciones con intereses a menudo contrapuestos, que habían colaborado en una visión común. «¿Qué milagro haría que esas potencias volvieran a unirse para enfrentar los grandes desafíos de la humanidad: el cambio climático, los derechos fundamentales y la hambruna?», se preguntó. Con el viaje, dejaba esos conflictos atrás. Intentó focalizarse en lo bueno y en disfrutar de la experiencia. Hasta que un problema hizo acto de presencia y reconfortó con amargor las expectativas de fracaso, a modo de profecía autocumplida.

—Hemos encontrado un error en un sensor a diecisiete metros del destino —informó por radio el coordinador de ruta de la agencia rusa.

—Esto será divertido —respondió Svetlana.

Giannina no creía que «divertido» fuese una palabra presente en el vocabulario de la comandante, que tecleaba sin cesar.

—Nunca nadie ha tomado el control manual tan cerca del puerto de acoplamiento. Este tipo de errores se detecta normalmente con mayor antelación —comentó Svetlana. Se movía con la precisión de una bailarina que seguía una coreografía memorizada—. Preparada para desactivar el piloto automático. —Con el bastón, pulsó un par de botones y anunció—: Piloto automático desactivado. —La severa expresión de Svetlana aumentó su rigidez por la extrema concentración que requería la maniobra. Un error echaría a perder la misión e incluso dañaría el puesto orbital, cuyo coste ascendía a cien mil millones de dólares, sin contar con las víctimas humanas. Ejecutó las operaciones de aproximación y sorprendió a Giannina de nuevo con un comentario—. Conducir un coche es varios grados de magnitud más fácil que pilotar una Soyuz. En la carretera hay muchas menos variables que considerar, solo velocidad y dirección. Por el contrario, en el espacio, además de movernos en tres dimensiones, rotamos sobre nuestros ejes. Y encima, el maldito sol

me ciega y no veo nada. A ver cómo demonios pongo este bicho en la posición correcta.

Debido a la trayectoria que seguían, en la transición entre el día y la noche, la visibilidad se deterioraba por las reflexiones en la cubierta. Era similar a las dificultades que suponía conducir hacia el oeste al atardecer. Giannina miró a Yelena y leyó la misma impotencia que ella sentía. Observaron y esperaron a que Svetlana lograse acoplar el módulo en tales circunstancias adversas. En cuanto la comandante encontró una referencia, localizó el objetivo y, poco a poco, redujo la velocidad hasta que llegó el momento esperado.

—¡Lo logré! —A Giannina le dio la impresión de que el código que regía a Svetlana había sufrido un leve cortocircuito, dejando asomar, por un instante fugaz, su lado humano. Pero enseguida, la piloto recompuso su protocolo robótico y dijo—: Acoplamiento completado. Enganches asegurados.

El sonido mecánico les anunció, a modo de freno de mano, que habían aparcado en el complejo en órbita. En el momento en que la Soyuz se enganchó con éxito a la base orbital, la emoción se extendió entre las astronautas y el personal de tierra por igual. Los auriculares retumbaron por los vítores de alegría. Después de varias maniobras adicionales, Giannina abrió la escotilla y salió por la estrecha compuerta de la cápsula rusa.

CAPÍTULO SIETE

AÚN CON EL pulso acelerado por el viaje en la Soyuz, Giannina se impulsó hacia los módulos mientras el cuerpo recordaba por sí solo la coreografía que había ensayado mil veces en Houston. Antes, ella y sus compañeras habían tenido que atravesar un tubo angosto, más estrecho que el transbordador, más opresivo que cualquier simulador, curvado como un tobogán infantil.

Del otro lado, los tripulantes que dejaban la estación las ayudaron a salir, guiándolas con manos firmes, envolviéndolas en abrazos de alivio genuino. Ese contacto humano era el antídoto a semanas de aislamiento.

La ingravidez las sacudió. En la verdadera EEI, flotaban en todas direcciones. No era como nadar ni volar. Más bien algo superior, sin nombre, que dejaba espacio entre ellas y la realidad pasada. Los rostros de sus compañeras se volvieron rojizos, hinchados por la presión sanguínea acumulada en el torso y la cabeza. Les recordó lo frágil de sus cuerpos: diseñados para un planeta que ya no pisaban. Frente al ventanal, la Tierra giraba suspendida. Perfecta. Irreal.

Yelena dejó escapar un grito de júbilo y Giannina guardó silencio. Mientras recorrían los habitáculos asignados para dormir, escuchó a Yelena hablar.

—¿Emocionada? —le preguntó.

—Sí, bueno, no sé.

—¿Te encuentras bien, cielo?

—Sí, sí, mi estado físico es bueno.

—Entonces, ¿qué pasa? —insistió Yelena.

—De alguna forma, pensaba que sería más feliz aquí..., pero por algún motivo no es así. Seguro que piensas que es una tontería. Creía que me iba a dar mayor satisfacción; no sé si me entiendes. Es

como cuando deseas un helado de chocolate y, al terminarlo, sientes que no fue suficiente y a la vez tienes muchísima sed. Como si tus deseos y tus necesidades no estuviesen en sintonía.

—¿Y a qué crees que se debe eso? —preguntó Yelena.

—Supongo...

—¿Sí?

—Supongo que en parte es porque me estoy dando cuenta de que este sueño no me pertenece.

—Entonces, ¿a quién pertenece?

—Más a mi madre que a mí. Fue ella la que siempre quiso ser astronauta y no pudo porque no era ciudadana estadounidense. Le costó mucho llegar a los Estados Unidos y convertirse en profesora en la universidad. Al final se le pasó la oportunidad y formó una familia. Jamás olvidó ese sueño del todo y siempre ha querido que yo me convirtiese en lo que ella nunca llegó a ser.

—Pero si no era lo que tú querías, ¿por qué le hiciste caso?

—No sé. Parecía lo correcto. Quiero muchísimo a mi madre. Quiero hacerla feliz. Que esté orgullosa de mí. He sido una niña buena y obediente desde pequeña. Creo que en parte me volví adicta a su aprobación. A veces pienso que de esa manera compenso la culpa que siento por ser homosexual. Sé que no debería ser así, pero nunca he sido capaz de decepcionarlos por ir contra las normas y las expectativas sociales impuestas.

Yelena la miró con ternura, flotando a su lado en el silencio del módulo.

—Entonces, tus padres todavía no saben que eres gay.

—No.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—No sé, supongo que me da vergüenza. No es nada fácil. Para esas cosas son italianos superconservadores. Supongo que tengo miedo a cómo reaccionarán.

—Ya veo, pero creo que no deberías permitir que otros marquen tu camino. Solo tienes una vida, ¿me entiendes? ¡Aprovéchala! —dijo Yelena y la abrazó—. Haz lo que te apasiona. Primero tienes que descubrir quién eres y qué quieres que aparezca en tu biografía para que estés orgullosa de ella. Deja de guiarte por las expectativas de

los demás, porque nadie hará eso por ti. —Ambas permanecieron abrazadas y flotaron durante unos segundos en el silencio del módulo. Después de separarse, Yelena dijo—: Además, ¿por qué crees que conoces los deseos de quienes te rodean? ¿Acaso los has confirmado? Te sorprendería lo mucho que cambia la perspectiva de alguien que responde a preguntas directas. Sobre todo, si se enfrenta a realidades difíciles. No deberías asumir, por ejemplo, que tus padres preferirían verte infeliz antes que aceptarte tal como eres. O antes de que descubras tu verdadera identidad, tus sueños, tus aspiraciones... ¿Me sigues?

Las palabras de Yelena le evocaron la imagen de la chica del lago. ¿Qué habrían respondido sus padres si les hubiera dado dos opciones: que se quitara la vida o que enfrentara la vergüenza de que se filtraran sus vídeos íntimos?

—La sinceridad contigo misma y la búsqueda de la autenticidad son cruciales en la vida. Solo así alcanzarás la verdadera felicidad, ¿comprendes?

Svetlana apareció por la abertura del compartimento. Con un gesto les indicó que tenían que seguir con la inspección. Al salir de la cámara en la que se encontraban, Giannina se quedó bloqueada. Ni después de los exhaustivos entrenamientos conseguía orientarse dentro de la estación.

—No distingues qué es arriba y qué es abajo, ¿verdad? —dijo uno de los astronautas a los que relevaban—. A pesar de las señales que decoran la aeronave, tu cuerpo es incapaz de valerse de la intuición para ubicarse —explicó y señaló las placas que debían servir de guía—. Además, todas las paredes de los módulos están diseñadas para permitir el trabajo en cualquier orientación, por lo que falta un techo inequívoco, donde solo haya lámparas, paredes con fotos y un suelo con parqué. Te acostumbrarás —comentó, ayudándola a avanzar.

—Gracias —dijo Giannina.

—No te preocupes, pronto te sentirás como en casa.

La estación era un gigantesco laboratorio para investigaciones científicas. La mayoría de las secciones estaban equipadas para más de dos mil experimentos, que consideraban dos factores clave: la

microgravedad y el vacío del espacio exterior. Cuando era niña, su madre le había explicado que esas condiciones extremas no eran obstáculos, sino puertas abiertas a descubrimientos que la Tierra no podía ofrecer. Allí, suspendidos entre planetas, se respondían preguntas que aún no sabíamos formular: ¿Cómo altera la ingravidez las reacciones químicas? ¿Cómo se reescriben los procesos biológicos lejos del tirón implacable de la gravedad? ¿Qué ocurre con una célula, una chispa o una semilla cuando flota libre del suelo?

Desde entonces se había esforzado en contribuir con estudios que no solo ampliaran las fronteras del saber humano, sino que también prepararan el terreno para un futuro más allá del planeta azul. El proyecto que más deseaba liderar era la cosecha de nutrientes en condiciones espaciales, un paso crucial para alimentar a futuras generaciones de astronautas que partirían hacia mundos lejanos.

Pero primero debía cumplir con otras tareas menos prestigiosas: labores de mantenimiento, ajustes minuciosos, protocolos que aseguraban el funcionamiento de la estación. Y aunque se sentía fragmentada entre deseos heredados y dudas propias, algo dentro de ella brillaba con claridad: la caminata espacial. Eso sí era suyo. Esa meta sí la motivaba.

—¿Ginni Binni?

—¡Mamá, lo he logrado! Estoy aquí. ¡En el espacio!

—¡Qué bueno oír tu voz! ¿Estás bien? Ay, hija, tenía el corazón en un puño siguiendo el despegue de vuestra Soyuz. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, mamá, ha sido un éxito y estamos dentro de la EEI.

—¿Qué tal se adapta tu cuerpo? Tienes la cara roja como un tomate por la acumulación de sangre en la parte superior del organismo. Recuerda que es pasajero, hasta que te acostumbres a la falta de gravedad.

—Sí, así estamos todos. Pronto se nos pasará.

—¿Qué sientes al estar ahí arriba? ¿Es lo que imaginábamos?

—Todavía no me lo creo. Es increíble. Llevo años preparándome para esta misión, y ahora que estoy aquí, me entran los nervios de que algo salga mal.

—No cometas ningún error. Recuerda todo lo que has aprendido en los entrenamientos y sigue siempre los protocolos de seguridad. Ahí arriba una tontería se puede convertir en una crisis en un santiamén.

—Sí, mamá.

—Y no olvides cuidarte a ti misma, que tu cuerpo no está preparado para vivir en órbita.

—Claro, mamá.

—Bebe agua con frecuencia y no te saltes ninguna comida, por mucho que todo esté deshidratado y no haya nada decente, como una buena minestrone.

—Lo sé, mamá.

—Sobre todo, realiza actividades físicas de forma regular. Esto contribuirá a tu bienestar integral. Como sabes, la ingravidez tiene consecuencias adversas, por eso es fundamental que mantengas una práctica diaria que preserve tu masa muscular y ósea.

—Ya vale, mamá... Quería compartir este momento contigo, no que me dices una clase sobre la ingravidez.

—¡Ay, hija, no te pongas así!

—¿Cómo quieres que me ponga? Te tengo que dejar. Hablaremos en otro momento —dijo, y cortó la comunicación.

CAPÍTULO OCHO

—¿GINNI BINI?

—¡HOLA, mamá!

—¿Cómo estás, cielo?

—Bien, acabamos de realizar el primer paseo espacial. Ha sido... emocionante. —El accidente había quedado atrás, pero el eco del impacto seguía resonando en el cuerpo de Giannina. Aún sentía el escozor en el brazo, la presión del vendaje improvisado y la adrenalina que le había impedido dormir. Aquella mañana, mientras flotaba en la cabina y preparaba el café metalizado, pensó que nada volvería a ser igual. Había salido al espacio exterior, había visto la Tierra como nunca... y había sentido el filo del peligro rasgarle la piel —. Por fin vi el mundo flotar en el cosmos.

—Será increíble. Me encantaría estar ahí contigo, cielo. Qué pena que los vuelos espaciales para turistas todavía no estén de rebajas —comentó su madre con una risita—. Estoy superorgullosa de ti. ¡Por fin has logrado tu sueño!

—Sí, ya estoy aquí arriba y es alucinante. Lo único malo es que ayer tuvimos un accidente.

—¿No me digas? ¿Qué ha pasado?

—Nos sorprendió una pequeña tormenta de meteoritos.

—¡Santo cielo! ¿Cómo te encuentras?

—Todo está bajo control. Un pequeño proyectil me ha perforado el traje, pero no ha sido más que un rasguño y ya me lo han cosido.

—¡Ay, madre! ¿Seguro que no te ha pasado nada grave?

—Sí, por suerte no ha sido nada serio.

—Por favor, prométeme que tendrás mucho cuidado en el futuro.

—No te preocupes, mamá, no tenemos ninguna otra misión extravehicular programada. Te encantarían las vistas de nuestro

planeta. Tenías razón. Es espectacular.

—¿Te acuerdas de las veces que hemos contemplado juntas el cosmos? Y por fin estás tú en él, mirándome desde ahí arriba. No sabes lo mucho que me emociona que hayas llegado así de lejos, cariño mío. Estoy muy orgullosa de ti.

—Observaría durante horas nuestro planeta mientras gira sin descanso. Es tan hermoso y frágil a la vez. Al principio veía continentes y océanos. Ahora veo mucho más. Las ciudades brillan por la noche, como luciérnagas atrapadas bajo un manto de nubes, hasta que estas las ocultaban. Bajo la luz directa del sol, estas toman multitud de formas y colores. Cuando chocan, desencadenan tormentas eléctricas preciosas. Es un espectáculo de destellos fascinante, dudo que haya un cuadro creado por ningún humano que pueda superarlo. Es superbonito y a la vez me pongo supertriste al ver nuestro hogar. No puedo dejar de pensar que lo tratamos fatal y que lo estamos destruyendo, incluso siendo nuestro único planeta.

—No me imagino lo impactante que es ver el globo terráqueo desde ahí, mi vida. Comprendemos nuestras emociones mejor si podemos nombrarlas. Lo que experimentas en este caso se llama efecto perspectiva, un cambio cognitivo que muchos astronautas experimentan al observar la Tierra desde el espacio. Dicen que es una visión que revela el planeta como una delicada y efímera esfera llena de vida, que flota en el vacío y clama por ayuda.

—Exacto. Eso siento.

—Recuerda el lado positivo: estás flotando en el cosmos. Lo has conseguido. ¿No estás contenta, ahora que has alcanzado tu meta?

—Es complicado, mamá. Desde que llegué a la estación, siento que la alegría del triunfo se ha enturbiado.

—¿A qué te refieres?

—Me atormenta la ansiedad de que algo salga mal, que cometa un error y las redes sociales lo magnifiquen.

—Entiendo tu desconcierto. Solo recuerda que eres competente y estás rodeada de profesionales. Confía en ti misma. Mira todo lo que has conseguido hasta la fecha.

—He comenzado a sentir una profunda inquietud que no había experimentado antes. Nunca imaginé que alcanzar mi propósito

tuviese un efecto negativo.

—¿Cuál?

—Me he quedado sin objetivo. De alguna forma, ahora que he llegado a la meta, no sé qué rumbo tomar.

—Has estado tan enfocada en convertirte en astronauta y llegar a donde estás, que es normal que alcanzar tus objetivos te genere un vacío. No te preocupes, mi amor, que pronto lo llenarás. Todos encontramos aspiraciones que nos mueven, y estoy convencida de que pronto encontrarás un montón. Hay quien lo llama montañas o cimas que escalar.

—Supongo que tienes razón, que necesito una nueva ambición, una razón para levantarme cada mañana después de haberme pasado tanto tiempo en mi particular carrera espacial. Quizá algo que proteja nuestro planeta.

—Siempre has sido una soñadora, Gini Bini. Encontrarás una nueva pasión, y harás mil cosas increíbles. Además, todavía no has terminado tus experimentos de microbiología.

—Cierto. Supongo que me centraré en eso. Gracias, mamá. Tu apoyo significa mucho para mí.

Después de hablar con su madre, continuó con la rutina matutina y preparó el café en un sobre metalizado.

—¿Qué es lo que echas de menos de la vida en la superficie? —le preguntó a Yelena.

—El aire fresco, los aromas del campo, las flores y el césped recién cortado. Oh, y el mar. El aroma del mar, ¿me entiendes? Bueno, y las frutas frescas: unas jugosas fresas o una naranja muy dulce. Ummm...

Le consoló no ser la única que añoraba el hogar. Yelena bostezó y le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que harás al regresar?

—Quiero ducharme con agua supercaliente. Eso será todo un lujo. Además, beberé agua que no venga de nuestra orina.

Las dos se rieron. Celebraron las pequeñas cosas y aquellos momentos de intimidad que, en su rutina, daban por sentado. Sin embargo, la risa de Giannina se transformó en una inesperada arcada. El café y la barrita energética que había desayunado salieron

propulsados de la boca y danzaron por el aire de la cabina. La sorpresa y la angustia se reflejaron en los ojos de Yelena.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Yelena, y buscó algo con lo que contener el vómito para evitar que impactase en algún panel de control.

Se quedó petrificada y confundida; no entendía la situación.

—Gin, ¿qué ha pasado?

—¿Me habrá sentado mal la comida?

—Hemos comido lo mismo durante cuatro meses, y las agencias espaciales cuidan mucho de los suministros, ¿sabes?

—También podría haber alguna bacteria en el agua... —dijo Giannina, buscando posibles explicaciones al malestar.

—En tal caso, Svetlana y yo también estaremos infectadas... Lo importante es que estés bien.

De repente, una idea, tan obvia como aterradora, se le deslizó en la mente.

—¿Tú... eh... tú sigues teniendo la menstruación aquí arriba, Yel?

—Sí, un poco irregular, pero nada alarmante. ¿Por qué lo preguntas, Gin?

—Lo digo porque con el estrés del viaje y la ingravidez... A mí se me ha retrasado bastante este mes.

Yelena la miró, un atisbo de preocupación real asomaba en sus ojos.

—Además llevo un par de días con malestar.

—¿Qué sientes?

—Náuseas, como si todo me diese vueltas. Una sensación de mareo y fatiga constantes. Supongo que será por el accidente del meteorito.

—No estarás embarazada, ¿verdad? —preguntó Yelena, mostrando preocupación y seriedad en el tono. Enseguida, la expresión se convirtió en una sonrisa juguetona y ambas soltaron carcajadas.

Gracias a la broma, se sintió mejor. Los malestares disminuyeron con la risa provocada por la tontería que acababa de decir su amiga. Llevaba cuatro meses fuera de la atmósfera y varios años sin

relaciones sexuales con un hombre. La complicidad entre ellas era palpable, y agradeció que Yelena estuviese con ella.

—Supongo que será por el accidente del meteorito.

—Sé que nos hacen rehidratarnos con nuestra orina, aunque no creo que Houston te obligue a realimentarte con tu propio vómito.

¿Sabes a qué me refiero?

Yelena rompió de nuevo a reír y arrastró a Giannina en el júbilo.

CAPÍTULO NUEVE

LA ENFERMEDAD EN órbita no llegó sola: trajo consigo el juicio invisible del centro de mando y una ráfaga de preguntas que la sacudió como lo había hecho la cascada de meteoritos. Jamás había considerado que fuera a enfrentarse a una afección en la EEI. Por un lado, esperaba que la NASA la tuviera bajo una rigurosa observación con el objetivo de aclarar el origen de los síntomas. Por otro lado, no concebía que le impidiesen cumplir con las obligaciones en los experimentos y apoyar a sus compañeras con las tareas rutinarias. Cuando se despertó al día siguiente, se dio cuenta de que no contentaría a Houston diciendo que todo estaba en orden.

Su cuerpo parecía fundido con el saco de dormir, como si una fuerza etérea la reclamara desde dentro, exigiéndole que se rindiera. Solo pudo esperar a que sonara la siguiente alarma, que le recordaría el horario matutino. A causa de los malestares, tuvo que anular por completo el plan para la jornada. Únicamente le permitieron cumplir una de las dos horas de ejercicio diario, que evitaban la pérdida de masa muscular en microgravedad. Además, ese entrenamiento fue controlado con minuciosidad por la sala de control de misión.

Le hicieron análisis de sangre y orina. Eran procedimientos estándar del protocolo que monitoreaban la salud de todos los tripulantes durante la misión. Lo más duro fue el aislamiento de sus compañeras, ya que se separaron para prevenir contagios por si se había infectado con algún patógeno. La cuarentena le generó una profunda sensación de soledad y desconexión difícil de asimilar; se sentía una reclusa en una penitenciaría.

En medio del aislamiento, lo único que le aliviaba la ansiedad eran los recuerdos de los entrenamientos previos, aquellos días en

los que, entre simulacros y confesiones, había forjado una amistad sincera con Yelena.

Durante los entrenamientos en el centro Yuri Gagarin, Yelena y Giannina desarrollaron una conexión espontánea. En una de esas caminatas hacia la piscina donde simulaban maniobras de inmersión, Yelena le confesó algo que se grabó para siempre en la memoria de Giannina.

—¿Cómo ha sido la experiencia hasta que te nominaron para esta misión? —preguntó Giannina.

—No ha sido fácil, cielo. He trabajado mucho, a pesar de que mis padres y mi marido también trabajan en Energía. Quizá debido a ello..., ¿sabes? Durante mi infancia, mis padres me hablaban de naves espaciales, me compraban juguetes y maquetas de cohetes. Me llevaban a museos cosmonáuticos para explicarme todo lo que sabían, incluyendo los proyectos en los que colaboraban. No fue ninguna sorpresa que, en cuanto pude, obtuviese un título de ingeniera y siguiese sus pasos.

Hizo una pausa y se mordió los labios conforme introducía las piernas en la armadura, que la protegería de la radiación y el frío en el vacío.

—Durante esa fase, el apoyo fue tan incondicional como el de mi marido. Hasta que les dije que quería convertirme en tripulante... —Arqueó las cejas, dos globos de helio a punto de escaparse del rostro, y sentenció—: Entonces todo cambió.

—¿Por qué? —preguntó Giannina, sorprendida.

—Mis padres no dejaban de advertirme sobre los peligros de mi decisión. No querían que me sucediera nada. Decían que no era ni el lugar ni el rol que me correspondían. No sé si me explico. Les pedía que aceptaran esa decisión personal, aunque no lograban entenderlo. Mi esposo compartía la misma postura que mis padres: deseaba que encajara en el molde tradicional de la mujer. Esperaba que el trabajo no se interpusiera en el cuidado de los niños; o en mantener una figura ideal. Pago un alto precio por no cumplir con los estándares, por no satisfacer las expectativas sociales ni lo que se espera de mí.

—Te admiro. Has superado tantas dificultades... Y, al final, has alcanzado lo que te propusiste. Yo también he luchado en mi carrera profesional. Ciertamente es que contaba con el apoyo familiar y que no dependía de ningún esposo.

Estuvo al borde de preguntarle a Yelena si había elegido casarse o si el matrimonio no había sido una elección libre, teniendo en cuenta sus vivencias. Después de todo, Rusia era un país conservador, donde muchos sufrían limitaciones en sus derechos y libertades. No parecía descabellado que a Yelena le hubiese resultado más sencillo hacerse astronauta si solo rompía uno de los moldes impuestos por la sociedad, que se hubiese casado para respetar el resto de las normas culturales establecidas. Sin embargo, todavía no se había atrevido a preguntarle algo tan íntimo.

Recordar aquellas palabras le hizo comprender que nadie escapaba del peso de las expectativas, ni siquiera allí, flotando en órbita. El eco de aquella conversación con Yelena se desvaneció cuando volvió a enfrentarse a la cruda realidad: no era solo el aislamiento lo que pesaba, sino también el protocolo implacable que la sometía a un escrutinio constante.

—No tiene sentido.

—Es el protocolo —respondió el responsable de la misión.

—Pero es que...

—No podemos permitir, bajo ninguna circunstancia, que contagies al resto de la tripulación.

—¿De qué las voy a contagiar?

—Todavía estamos analizando las muestras.

—Llevamos más de cuatro meses en órbita. Los microbios que hubiéramos traído de casa no habrían superado ni un mes aquí.

Giannina se preguntó si aquel beso con Jeevika, robado entre risas y copas de vino en la terminal, había sido también un acto de contagio. Su antigua compañera de universidad había mostrado síntomas de catarro, como si el cuerpo no hubiera podido esperar a delatar un secreto. ¿Había viajado al espacio con algo más que emociones a flor de piel?

Otra posibilidad se abría paso: ¿Y si la infección había sido sembrada durante el largo trayecto hacia Pekín? Cada rostro

anónimo, cada vuelo hacinado, cada sala mal ventilada, cada contacto fugaz... Todos cómplices potenciales. Pero, entonces, el período de incubación bordeaba lo improbable, sería casi antinatural. Como si algo dentro de ella hubiese estado esperando el momento preciso para hacerse notar.

Las sonrisas de Yelena le transmitían una energía positiva, de igual modo que las de Jeevika. Recordar a esta última le dejaba un sabor agridulce, pensando en lo que podría haber sido si no hubiera tenido aquel pasaje en la aeronave rusa.

—No podemos descartar ninguna hipótesis.

—¿Qué hipótesis?

—Que te hayas contagiado de algún virus o bacteria. Toda precaución es poca, porque si caéis las tres enfermas... Mejor que eso no pase —atajó el miembro del centro de mando.

—Tenemos los resultados del análisis —escuchó decir a Yelena por el intercomunicador.

—¿Qué es, Yelena? ¿Qué me está pasando?

—En general, parece que está todo en orden. Solo tienes los leucocitos un poco más altos que en la última muestra. Esto sería normal si tu cuerpo estuviera combatiendo una infección. ¿Entiendes?

Sintió preocupación por el tono serio de su amiga y supo que tenía malas noticias.

—¿Qué me estás ocultando, Yel?

—Eeeh, bueno, no sé cómo decírtelo...

—Yelena, me estás asustando. Dímelo ya, por favor.

—Según los análisis..., sí que estás embarazada —saltó Svetlana.

En ese instante, el silencio inundó la estación. Pensó que no tenía ninguna gracia que repitiese la broma en esas circunstancias. Esperó a que pronto sus compañeras y todo el personal de la NASA se riesen y celebrasen el chiste de mal gusto. Sin embargo, no hubo risa alguna, solo una atmósfera cargada de tensión y sorpresa. Se quedó sin habla, pues asimiló que todos los que seguían los acontecimientos creían en las palabras que Svetlana acababa de pronunciar.

CAPÍTULO DIEZ

—NO PUEDE SER —dijo Giannina.

—Gin...

—No, Yel, ite digo que no! ¡Que no puede ser!

—Pero, cielo, hemos repetido la prueba dos veces, y...

—Es imposible. ¡IMPOSIBLE! ¡No he tenido relaciones con un hombre en años! —exclamó sin poder evitar el llanto, si bien como en el espacio las lágrimas no son guiadas por la gravedad, estas se agruparon y formaron burbujas alrededor de sus ojos.

—Los análisis indican...

—¡NO ME ESTÁS ESCUCHANDO! —gritó y cortó la comunicación, incapaz de afrontar la realidad en ese instante.

Dio tumbos en la sala de un lado a otro mientras recapacitaba. Se sintió completamente sola. No confiaba en la máquina ni en el protocolo, ni siquiera en su propia percepción del cuerpo. Y entonces pensó en su madre. Buscó la tableta personal que mantenía sincronizada para mensajes de emergencia. Abrió la línea de comunicación prioritaria y escribió, sin pensarlo demasiado:

«Mamá, necesito que hablemos. No sé cómo explicarlo, pero dicen que estoy embarazada... y no entiendo cómo es posible».

La respuesta llegó con rapidez, como si su madre hubiese estado esperando que al fin le dijera algo.

—Giannina, ¿qué significa eso? No lo entiendo. ¿Te han hecho pruebas?

—Sí. Dos. Y ambas confirman lo mismo. Estoy embarazada. Pero no he tenido relaciones. Nada. Llevo en órbita más de cuatro meses. Es imposible, mamá. Es completamente imposible.

—Gini Bini... Es normal que estés confundida y asustada. A mí también me cuesta entenderlo. Lo que me importa eres tú, tu salud

y que no te sientas sola en medio de todo esto. Vamos a buscar respuestas, hija, pero antes que nada necesito que estés a salvo.

—No sé qué pensar. Me da miedo. No puedo hablar de esto aquí con nadie... Todos me miran como si fuese una amenaza. Como si fuera culpa mía.

—Nada de esto es culpa tuya. Lo que sea que esté pasando, lo vamos a entender juntas. Tal vez no tengamos las respuestas ahora, pero no estás sola.

—Gracias, mamá. Lo necesitaba. No sé qué hará la NASA, o qué piensa Yelena, pero por ahora solo quiero que me creas.

—Siempre, mi niña. Te quiero muchísimo.

Giannina suspiró y apagó la pantalla. Era hora de encontrar respuestas. Un rato después escuchó que alguien golpeaba un panel metálico de la aeronave a la entrada del compartimento en el que se encontraba.

—Gin, sé que estás desconcertada, pero desde la sala de control insisten en hablar contigo, ¿sabes?

—¡Me da igual!

—Cielo, no puedes...

—Hay que repetir el test.

—Ya lo hemos repetido...

—Sigue equivocado. Estará mal calibrada la maldita máquina.

—Sabes que llevamos años controlando con ella el estado de todos los tripulantes de esta estación.

—Y hasta la fecha, ¿cuántas veces hemos detectado un embarazo con ella?

—Nunca.

—¡Pues eso!

Sintió una mezcla de miedo, vergüenza y confusión ante los resultados de la prueba, mientras luchaba por aceptar que aquel resultado podía ser real. Era increíble que se enfrentase a esa situación en la Estación Espacial Internacional. Jamás pensó que un embarazo fuera uno de los riesgos a los que se sometía siendo astronauta.

—Pensaba que estaba en cuarentena y que ninguna de vosotras podía entrar aquí. ¿Ya no tienes miedo de que te contagie con algún

patógeno?

—Sé que no es nada fácil. Los datos indican un aumento de la concentración de hormonas gonadotropina coriónica humana, y eso solo pasa durante la gestación de un embrión, ¿me entiendes?

—Tiene que haber otra explicación. Te digo que no he estado con nadie durante una larga temporada. Incluso si lo hubiese estado. Llevamos aquí encerradas..., ¿cuánto tiempo?

—Unos ciento cinco días.

—¡Ciento cinco malditos días! Si me hubiese quedado preñada antes de venir, que seguro es lo que piensan Svetlana y el resto de la maldita NASA, ya estaría en el segundo trimestre. En cambio, las náuseas aparecen durante el primer trimestre. Además, si llevara cuatro meses embarazada, habría notado la falta de menstruación desde el principio..., no solo hace un par de semanas. —Yelena sopesó las palabras de su amiga y no supo qué decir—. Al menos tú tienes que creerme —insistió Giannina.

—Y te creo.

—Entonces, debes ayudarme a convencer a los demás de que no estoy embarazada.

—¿Cómo lo hacemos?

—Somos científicas, ¿no? Desarrollamos una hipótesis y experimentamos hasta que la confirmamos o la refutamos con pruebas.

—¿Cuál es tu hipótesis?

Giannina frunció el ceño; y se recogió la melena en un moño mientras daba forma a una teoría.

—Debe de haber un error en el sistema de análisis. Tal vez una interferencia química o una contaminación cruzada en la muestra. Algo que esté provocando un falso positivo.

—Okey, eso es una posibilidad.

—Primero le preguntaremos a algún experto sobre el analizador hematológico. Él sabrá si hay algún fallo del sistema. También hablaremos con los médicos de la base de control. Deben de existir otras causas posibles para el aumento de la hormona GHC. Una enfermedad, por ejemplo. Tiene que haber una explicación más allá del embarazo, y la voy a encontrar. No sé si prefiero una

enfermedad, de la que desconozco las implicaciones, a estar embarazada, pero juro que es imposible que esté embarazada. Voy a aclarar este malentendido y, si en realidad hay algo mal en mi organismo, encontraré la causa... y buscaré una cura.

—Incluso si tienes razón, no puedes esconderte en la cúpula para siempre. En algún momento debes regresar a la Tierra. La NASA y Roscosmos son los únicos que te ofrecerán un billete de vuelta.

—¿Y qué esperas que haga?

—Habla con Houston, contesta a sus preguntas, explícales tus teorías. Tú misma lo has dicho: ahí abajo hay un montón de genios que te ayudarán con tu enigma.

—Esto no es un juego para mí. Necesito ayuda de verdad, porque, si no aclaramos esto pronto, la situación solo puede empeorar.

—Nadie te culpa de nada.

Giannina cerró los ojos por un momento y trató de calmarse.

—Sé lo que están pensando. «Esto no habría pasado con un astronauta varón».

—Nadie ha dicho eso.

—No hace falta que lo digan. Lo sé. Lo siento, y no voy a quedarme callada. Aclararé este asunto.

CAPÍTULO ONCE

RECUPERADA LA COMPOSTURA, Giannina se enfrentó al sistema de videoconferencia. Lidió con el bombardeo de preguntas personales desagradables que el equipo de la NASA tenía preparado para ella. Primero, se centraron en una exhaustiva evaluación médica, donde le pidieron que proporcionara todos los detalles sobre sus ciclos menstruales. Luego, la interrogaron sobre su vida sexual y dejaron claro que ponían en duda el celibato autoimpuesto.

Durante todo ese desagradable proceso, se sintió incómoda y deshumanizada. No la trataban como a una persona; era una máquina a la que evaluaban los daños sufridos con la frialdad de un informe de inventario de la agencia. El personal se centraba únicamente en corregir un error que nunca debió ocurrir, abordando la situación a modo de un simple ejercicio mental. No mostraron la empatía ni le ofrecieron el apoyo psicológico necesario para superar un momento tan difícil.

Aun así, ella luchó contra la incertidumbre y se centró en las hipótesis que tenía. Movería cielo, tierra y la mismísima estación espacial con tal de probar su inocencia. Imputada ante un jurado popular, la acusaban de un delito del cual no era culpable. Sin abogado, sin más defensa que su propio criterio y coraje, estaba decidida a desmontar la farsa y limpiar su reputación.

—Giannina, ¿me estás escuchando? —preguntó el director de vuelo de la NASA.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Dadas las circunstancias, sí, estoy bien.

—Es una situación peliaguda, pero vamos a ayudarte.

—¿Tan grave es que ha hecho que abandone el despacho?

El director de vuelo suspiró.

—No se trata de eso. Esto... Esto requiere atención directa.

—¿Atención directa? Pensaba que solo los accidentes graves o crisis técnicas, como un fallo en los sistemas de soporte vital, eran capaces de hacer que usted se presentara en la sala de control.

—Por suerte no es un accidente, pero tampoco es un asunto menor.

—Es curioso. Parece que los jefes aparecen exclusivamente si hay algo morboso en juego. ¿Será que prefieren las noticias negativas a las positivas?

—No estoy aquí por preferencias, Giannina. Gestionaremos el incidente juntos. Así que centrémonos en eso. Me han dicho que consideras que los análisis de sangre son erróneos.

—Veo dos opciones. O el analizador hematológico está defectuoso, o una enfermedad causa esos niveles de hormonas tan altos.

—¿Y la posibilidad de que estés, de hecho, embarazada?

—No. Eso no es una opción. Ya les he explicado a todos que no he estado con nadie en mucho tiempo.

—Como he dicho, es una situación complicada que aclararemos cuanto antes, por tu seguridad y la de la misión.

—Eso mismo pienso yo.

—He hablado con el personal médico, y hemos decidido que lo mejor es que tus compañeras te hagan una ecografía y así descartaremos el embarazo. Con esa información, evaluaremos mejor nuestras opciones.

—Podemos hacerlo, pero será una pérdida de tiempo. No va a salir nada, no van a ver un bebé que se haya materializado de la nada por arte de magia.

—Eso sería genial. Así desecharemos una opción y podremos centrarnos en las demás hasta que lleguemos al fondo de la cuestión.

Sus compañeras de misión habían preparado una de las cabinas para la ecografía. Yelena le sonrió en señal de apoyo, mientras que Svetlana, como siempre, mantuvo un semblante serio. Yelena se apresuró a ayudarla a colocarse en la posición correcta para la

exploración. Juntas se enfrentaron al examen mientras los médicos evaluaban las imágenes proyectadas en las pantallas tanto de la estación como de la sala de mandos. Por raro que le resultase un control ginecológico telemático ante tanto espectador, lo que más la enervaba era que no había sido ella quien solicitara la cita. Tampoco le gustaba que Svetlana manejara el dispositivo —aunque había que admitir que lo hacía con la misma destreza con la que pilotaba la Soyuz. Actuó con gran precisión a medida que uno de los ginecólogos le daba instrucciones para que ejecutase el procedimiento.

—Aplique primero el gel que ayuda a que la sonda transmita las ondas sonoras. —Svetlana cogió el sobre metálico, similar a aquellos con los que preservaban los alimentos, y aplicó el contenido sobre el vientre de Giannina—. Ahora centre la sonda manual a un palmo por debajo del ombligo. —Esperó a que Svetlana colocase el dispositivo en el lugar indicado y continuó—: Las ondas que emite el transductor rebotarán en las estructuras corporales, incluido el feto, y crearán una imagen en el ecógrafo.

—No rebotará con nada, porque no hay ningún feto —susurró Giannina solo para los oídos de su amiga, que le sujetaba la mano durante el procedimiento.

El monitor se iluminó con una imagen en blanco y negro, en la que no pudo distinguir nada a simple vista.

—A continuación, desplace despacio el transductor, haciendo círculos excéntricos. —Svetlana siguió las instrucciones del especialista que le explicaba el funcionamiento de la máquina—. El transductor emite ondas sonoras de alta frecuencia, y el ordenador analiza la manera con que rebota cada una al chocar con los diferentes órganos, transformándolas en imágenes. No solo las verán ustedes en la pantalla del ecógrafo, también se envían a la Tierra para que las examinemos aquí en detalle.

—Esto es un despropósito. Pronto me darán la razón. Les digo que no hay ningún feto dentro de mí. Es imposible que ese u otro dispositivo encuentre algo más allá de algún indicio de la enfermedad que cause los malestares —dijo Giannina.

—Prosiga —ordenó el director de vuelo y Svetlana desplazó el emisor.

—¡Eureka! —exclamó el médico poco después.

—¿Qué has visto? Yo no veo más que un mar de grises en la pantalla —comentó el director.

—Se observa decidualización del endometrio. También se ve el saco gestacional, la capa interna del útero y, dentro de ella, el embrión.

—¡IMPOSIBLE! —chilló Giannina.

—Me temo que es la prueba irrefutable del embarazo; está de unas cuatro semanas —sentenció el especialista.

CAPÍTULO DOCE

—NO PUEDE SER —repitió Giannina una y otra vez.

Sopesó la idea de que todo fuera una de las bromas más elaboradas que jamás hubiera conocido. Sin embargo, en el fondo, sabía que las agencias aeroespaciales no entretenían al público de forma tan caprichosa.

La confirmación del embarazo por parte del médico la abofeteó con brutalidad y le arrebató todas sus esperanzas de probar que no estaba encinta. Era una condena sin juicio. La imagen del globo terráqueo desde la cúpula ya no le proporcionaba la misma tranquilidad que antes. Después de lo ocurrido, se había convertido en una fuente de incertidumbre acerca de lo que le depararía el regreso a la superficie. Añoraba el tiempo en el que sus dudas se centraban en si llenaría el vacío que había quedado una vez cumplido el objetivo vital.

Tras recibir la noticia, Giannina decidió limpiar los filtros de ventilación: una tarea mecánica que no requería concentración, ideal para alguien que necesita ocupar las manos mientras procesa emociones complejas.

—¿Qué tal te encuentras, cielo? —preguntó Yelena conforme se acercaba a la cúpula.

—No sé qué decirte, estoy hecha un lío. Alguien ha retirado el tapón que mantenía mis emociones en orden, y ahora se mezclan en una licuadora.

—Ya somos dos, cielo. Ya somos dos.

—Toda la vida he sabido lo que tenía que hacer. Tenía un plan. Mi meta era viajar al espacio. Ahora, aquí, todo se desmorona. No reconozco el camino que tengo delante. No sé qué es peor: que esté embarazada sin quererlo o que desconozca cómo he acabado en

esta situación. ¿Cómo voy a resolver esto? ¿Encontraré una explicación a lo que estoy viviendo? ¿Llegará un momento en el que entienda la manera en la que alguien puede concebir sin ningún tipo de interacción sexual ni inseminación artificial? Es que no lo entiendo, te juro que no lo entiendo.

Yelena rompió la distancia que las separaba, flotando hacia ella para abrazarla.

—La única explicación que se me ocurre es una inseminación artificial encubierta. Solo la NASA tiene los recursos para implantarme un embrión sin mi consentimiento. Pero ¿cómo lo hicieron? ¿Y por qué motivo?

—No creo que hayan llegado tan lejos. De Roscosmos sí me lo esperarían. En cambio, la NASA presta más atención a la imagen pública.

—Tampoco paro de preguntarme por qué me ha tocado a mí y no a ninguna de vosotras. ¿O tienes algo que contarme...?

—También nos han hecho los análisis a nosotras, y no, no estamos embarazadas. Al menos, de momento.

—Vaya, ¿así que nuestros hijos no crecerán jugando juntos en esta estación?

—Sé que tienes mucho que asimilar y, aun así, creo que es importante que conozcas lo que está sucediendo. Al menos a mí me gustaría que me diesen la información si estuviera en tu lugar.

—¿Qué haría la situación peor de lo que ya es?

—Me temo que tu condición ha sido expuesta en público.

—¡Maldita sea! ¿En serio? ¿Esto ya ha llegado a la prensa? ¿En qué demonios estaban pensando? —exclamó Giannina mientras recogía las herramientas que había usado en sus labores de limpieza, que por la microgravedad se habían desplazado, como si intentara poner orden en el caos, tanto el externo como el interno—. Ni siquiera he tenido tiempo de asimilar lo que está pasando, ¡y ya lo saben todos! ¿Cómo esperan que maneje esto, si apenas tengo claro cuáles son mis opciones? —Añadió esas palabras mientras cerraba la carcasa del filtro con un clic seco, como si ese gesto mecánico pudiera contener, al menos por un instante, el desbordamiento de su mundo interior—. ¿Qué voy a hacer cuando regrese a la Tierra?

¿Qué les voy a decir a mis padres? ¿Y a al resto de mi familia? ¿Y a mis amigos?

—Parece que fue una filtración a través de las redes sociales. La agencia está investigando el origen, pero aún no ha identificado de dónde proviene. En cualquier caso, debes saber que el público ya está al tanto de que esperas un bebé, ¿entiendes? Hay todo tipo de teorías conspirativas tratando de explicar por qué una astronauta se ha quedado encinta en la Estación Espacial Internacional.

—¿En serio? ¿Eso significa que hay gente en todo el mundo discutiendo sobre lo que me ha sucedido? —preguntó Giannina mientras se impulsaba con delicadeza entre las paredes del módulo, como si cada movimiento fuera un intento de poner orden en el torbellino que llevaba dentro—. Pensaba que era imposible que el escenario pudiese empeorar, pero me equivocaba. Seguro que incluso hay votaciones del tipo «¿Cuál es el origen del primer bebé espacial?». —Suspiró, llevándose las manos a la cara para ocultar la realidad—. ¿Qué es lo que comentan? —dijo sin levantar la mirada de sus palmas.

—¿De verdad estás lista para escuchar las especulaciones de desconocidos?

—Si todos hablan de mí, quiero saber qué dicen.

—Está bien, pues, al parecer, hay muchas teorías descabelladas. La que más fuerza tiene es la de inseminación por extraterrestres.

—¡Menuda estupidez! Busco respuestas sobre lo que me ha pasado, y cuando mencionaste que la gente hablaba de mi embarazo, tenía la esperanza de que alguien diera pistas reales, no fantasías. De todas formas, sigue, ¿qué otras cosas dicen?

—Otra de las teorías que se mencionan es la de la concepción divina sin pecado.

—¡Anda! ¿Así que ahora soy la reencarnación de la Virgen María? ¿Hay una sola teoría que tenga una ínfima probabilidad de que sea cierta?

—Otra hipótesis que gana mucho peso es que la NASA experimenta con la fabricación de bebés en el espacio.

—Eso es algo que aclararé con el director de vuelo, porque no recuerdo haber ofrecido mi vientre en alquiler espacial. —Giannina

usó pequeños impulsos de sus manos y pies para girar en el aire—. ¿Eso es lo mejor que los periodistas y blogueros de todo el planeta han sido capaces de especular? A veces me sorprende la cantidad de tiempo y de recursos que pierde la gente hablando de tonterías. ¿Por qué no focalizan todos los esfuerzos en soluciones a los problemas más acuciantes a los que se enfrenta la humanidad? Somos insectos que debaten sobre la tonalidad del color de la zapatilla que nos va a aplastar.

—Bueno, en realidad hay otra teoría.

—¿Cuál?

—Hay quienes afirman que una de las astronautas que te acompañan en la estación espacial es en realidad transexual, y todo ha sido fruto del amor en gravedad cero.

—¡Sandeces! —sentenció Giannina, y volvió a dirigir la vista al globo azul. Buscó en él la respuesta que Yelena no había podido darle.

CAPÍTULO TRECE

LA TRIPULACIÓN FLOTABA frente al equipo de comunicaciones en la cabina de la Estación Espacial Internacional, ya que la NASA y Roscosmos la convocaron para definir un plan de acción. Primero habló el responsable americano de la misión.

—Hemos evaluado la situación y hemos decidido que culminaremos la misión sin demora. No sabemos qué efectos adversos tendrá la radiación para... para... el bebé —comentó con esfuerzo al atragantarse con la palabra, que le raspó la garganta por ser ajena al vocabulario funcional que había dominado durante las misiones pasadas.

—¿Eso qué significa? —preguntó Yelena.

—Pues como vuestra aeronave Soyuz tuvo un escape de líquido refrigerante, no podemos arriesgarnos a que haya algún problema durante vuestra entrada en la atmósfera terrestre. Por eso adelantaremos la siguiente misión de envío de material con una nave Dragon de SpaceX para que regreséis en ella —explicó el responsable americano.

—¿Cuándo? —Esa vez fue Svetlana quien formuló la pregunta.

—En dos semanas.

La noticia fue una losa para Giannina. Le resultaba imposible asimilar que estaba embarazada. Era una realidad que su mente se resistía a procesar. Pero después de la ecografía y de haber visto la minúscula forma vibrante en la pantalla, ya no podía obviar la evidencia y negar su realidad.

A ella también le chirriaba la palabra «bebé», pues la asociaba con algo natural, el resultado del amor o de un tropiezo entre las sábanas. Algo que no se aplicaba a ella.

Lo suyo era impuesto, resultado de una violación fantasma, uno de los delitos más horribles que alguien podía cometer contra su intimidad. Perpetrado por un agresor sin rostro ni nombre, al igual que el niño, que carecía de ambos.

—No me creo que de verdad esté creando vida dentro de mí. Ni todo lo que eso implica. Es más bien un alien implantado, algo ajeno que no es mío. Me siento invadida. Ultrajada.

—Gin, lo que experimentas es muy difícil de asimilar. Recuerda que no estás sola en esto, cielo. Yo estoy aquí contigo, ¿me entiendes?

—Lo sé, Yel. A pesar de ello, me siento perdida. Nunca imaginé que tendría que enfrentarme a algo así. No sé qué hacer. Siempre he perseguido ser astronauta y viajar al espacio. Y todas las decisiones que tomaba me acercaban a esa meta. En cambio, ahora estoy perdidísima.

Yelena la tomó con cariño del brazo.

—Es normal sentir miedo e incertidumbre en tu situación, querida. Juntas buscaremos soluciones. Todos contamos con muchas opciones; el primer paso consiste en identificarlas para que luego tomemos una decisión. Tal vez haya alternativas que aún no has considerado, ¿sabes?

—Supongo que llevas razón. No me puedo quedar eternamente aquí flotando en dudas. Necesito opciones. ¿Y si aborto y acabo con el problema de raíz antes de que se convierta en algo más? ¿Antes de que me destruya por dentro? ¿Acabará eso con el sufrimiento? Aunque ahora que están prohibidos los métodos abortivos en los Estados Unidos, igual tengo que ir a México o a Italia...

—¿Y si tienes al niño y lo das en adopción? O a la niña, que todavía no sabemos el sexo...

—Es verdad. De todas formas, no sé si sería capaz de dejar que otras personas cuiden de él, o de ella, después de que lo haya llevado conmigo durante el embarazo. Y sobre todo si conseguimos superar el parto. ¿Tú podrías?

—Puf, no lo sé. Es algo muy personal. Hay gente que lo hace. Sí considero que es mejor que un bebé crezca en una familia que lo quiera y se ocupe de él a que esté en un entorno que lo rechace.

—Supongo que también podría quedármelo y cuidarlo yo sola... No sé ni lo que digo; puede que el feto ni sea viable.

—No tendrías por qué hacerlo sola, querida. ¿Tus padres no te ayudarían?

—Sí, supongo que sí. Estarían encantados de convertirse en abuelos. En ese caso tendría que mudarme con ellos, y sería una regresión a mi infancia... Puf, menudo lío. Además, ¿cómo afectaría a un niño crecer con burlas porque lo consideren hijo de un alienígena, o del Espíritu Santo, o cualquier otra chorrada de las que dicen por ahí? Quizá tengamos que cambiarnos de nombre...

—¿Crees que la NASA tiene algo parecido al servicio de protección de testigos? —preguntó Yelena.

—No sé. Ojalá. Esa es otra; me pregunto qué hará la agencia. Si me ayudarán de alguna manera, me querrán convertir en un experimento viviente, o simplemente correr un tupido velo y hacer como si nada de esto jamás hubiese pasado. ¿Crees que me convencerán de que actúe contra mi voluntad, o se olvidarán del tema en cuanto aterricemos?

—Seguro que te ayudan —dijo Yelena.

—Eso espero. Aunque no creo que esté catalogada en la lista de enfermedades por accidente laboral. Sigo sin saber qué he hecho para acabar en esta situación.

—Es lógico.

—¿Crees que la criatura ha sufrido algún daño irreversible debido a la radiación, la microgravedad y las condiciones del espacio? ¿Crees que sobrevivirá, considerando que no podemos determinar el origen? Es todo tan surrealista...

—No lo sé, cielo. Sé que son muchas cosas, pero piensa que todo va a salir bien; ya lo verás.

—Ahora mismo soy incapaz de pensar eso. Una parte de mí desearía que hubiese un aborto espontáneo. A veces deseo que desaparezca sin más. Que se disuelva como un mal sueño. Como si nunca hubiese existido. Que se esfume por sí solo, por arte de magia, igual que ha venido, para que todo vuelva a la normalidad.

—Cielo, intenta pensar en positivo y encontrarás la solución.

—No es fácil ser positiva en un momento así, Yel. No tengo ni la medicación de ácido fólico que minimice los riesgos de malformaciones cerebrales y de la espina dorsal.

—Empieza dando gracias porque ese proyectil te rozó el brazo y no dio de lleno en el casco. En tal caso, todo habría acabado.

—Bueno, visto así...

—¿Ves? De lo malo, no te ha tocado lo peor, ¿me entiendes? Sigues viva. Sigues respirando. Te enfrentas a un problemón, ahí te doy toda la razón. Pero no es el final de la partida. Solo otro reto más al que te enfrentas. —Giannina revivió la escena con la chica en el lago, solo que esta vez había intercambiado los roles—. Recuerda todos tus logros. Has llegado hasta aquí y te has convertido en astronauta. Créeme, muy poca gente lo ha conseguido. Por otro lado, miles de madres superan el ciclo de gestación cada día. Muchas se sobreponen al embarazo, ya sea a través de un aborto o por un parto. No digo que sea fácil, te ha tocado vivir algo muy duro. Lo que quiero es que tengas presente que eres una de las mujeres más fuertes que conozco. Has logrado mucho y estoy convencida de que triunfarás ante este desafío. Yo y toda la gente que te quiere te apoyaremos en esta nueva etapa.

—Gracias, Yel —dijo Giannina, y se le escaparon unas lágrimas.

—Además, todavía tienes algo de tiempo para reflexionar y prepararte para lo que viene.

—Supongo que tienes razón, Yel. Volver a la Tierra no va a ser fácil para mí. No quiero fingir que lo será.

—Nadie espera que lo finjas, cielo. Estás pasando por algo terrible. Pero volver es el primer paso. No hacia el olvido, sino hacia la reconstrucción de tu vida, como quien recompone un espejo roto y descubre belleza en sus cicatrices.

—Me asusta. No sé qué va a hacer la NASA conmigo. ¿Qué va a pensar el mundo? Y sobre todo... ¿Qué significa tener esto dentro? No me siento madre. Me siento... invadida. Necesito aferrarme a algo. A una certeza, por pequeña que sea. Supongo que tienes razón, y aunque el retorno en sí no arregle nada... me da un punto de partida.

CAPÍTULO CATORCE

SVETLANA SE SENTÓ de nuevo a los mandos de una aeronave; esta vez dirigía una Dragon Crew. Aunque el vehículo podía viajar de forma autónoma, la piloto realizó cursos de formación acelerados. Le pidieron que se familiarizara con la tecnología y peculiaridades del vehículo espacial americano, por si la intervención humana se volvía imprescindible en caso de emergencia. Una vez cerraron todas las escotillas y la tripulación se sentó en la amplia cabina, que era muy diferente al estrecho espacio de la Soyuz, comenzaron la secuencia para desacoplarse de la Estación Espacial Internacional.

Conforme el vehículo tripulado se alejaba del puerto de acoplamiento, Svetlana cerró la célula aerodinámica de protección del morro, llamada nariz cónica. En ese preciso momento, los aplausos resonaron en la sala de control, transmitidos a través del sistema de comunicación. En el interior del compartimento, el ambiente era una mezcla de anticipación y tensión. El tiempo parecía transcurrir de manera eterna a medida que la nave atravesaba el espacio, enfrentándose al frío y la vastedad del universo. Los paneles de control mostraron datos precisos y vitales, y el silencio solo fue interrumpido por la voz calmada y profesional de Svetlana, que se comunicaba con el centro de control.

Giannina había sido testigo de escenas parecidas en innumerables ocasiones. Había visualizado una infinidad de videos en YouTube en los que distintos transbordadores de la NASA y Roscosmos regresaban triunfantes a la superficie tras exitosas misiones en órbita. Cada logro la llenaba de emoción, ya fuera un despliegue de los paracaídas o un aterrizaje sin contratiempos. Sin embargo, en los momentos más bajos, atraída de manera morbosa

hacia lo trágico, también había visto vídeos de desastres aeroespaciales.

Mientras descendían, pensó en el terrible accidente del transbordador Columbia en 2003. Un pequeño trozo de espuma aislante se había desprendido del tanque de combustible al lanzarse. Esto había perforado el ala izquierda del transbordador y había llevado a la muerte de todo el equipo. O el fatídico vuelo de la Soyuz Once, en el cual tres cosmonautas habían perdido la vida debido a una avería en una escotilla que los había dejado sin oxígeno. También recordó el desastre del Challenger en 1986, en el que los tripulantes habían perecido en una descomunal explosión, fruto de un fallo de las juntas tóricas que separaban los propulsores.

Pensó en todos los fallos técnicos durante las maniobras de retorno a la Tierra que podían acabar con ella y con sus compañeras. Solo un desliz, un error en el cálculo, y todo acabaría: la vida se desvanecería sin más, una vela apagada por la brizna. La idea le pareció tentadora por un instante. No tendría que enfrentarse a las consecuencias, a las decisiones que la atormentaban ni a la angustia que la seguía como una sombra.

Pero al mismo tiempo, algo en su interior se resistía: una parte que no quería rendirse aún, que pedía tiempo, que albergaba esperanza, aunque fuera incierta. Al igual que le había dicho a Maia en el lago, sabía que con esa opción todo se terminaría, que la partida se daría por concluida. Y eso, en el fondo, no era lo que deseaba cuando intuía que aún tenía poder para cambiar el rumbo, aunque no supiera cómo. Se comprometía a seguir adelante, a pesar del abismo que se abría ante ella, a pesar del monstruo de problemas que la avasallaba. Ansiaba vivir, aunque la vida le estuviera exigiendo más de lo que pensaba que podía dar.

Los ingenieros y la piloto trabajaron en sincronía, asegurándose de que la cápsula seguía el rumbo preciso y completaba la reentrada sin contratiempos. El proceso de descenso comenzó de forma suave. La nave entró en la capa atmosférica e incrementó de forma progresiva la velocidad, debido a la atracción gravitatoria. Los recuerdos del pasado se entrelazaron en la mente de Giannina con las imágenes del retorno, al igual que había ocurrido durante el

despegue al inicio de la misión. Recordó que de niña miraba el cielo nocturno con ojos brillantes y soñaba con explorar el universo y desentrañar sus misterios. Su dedicación y tenacidad la habían llevado hasta donde estaba, y en ese momento, mientras contemplaba la belleza del planeta desde la ventana, se preguntó qué rumbo tomaría el destino y cuál sería el propósito de su existencia, convertida en víctima de un hecho inexplicable. Las respuestas a estas preguntas la eludían y profundizaban el desasosiego.

El módulo espacial necesitó casi nueve horas de maniobras a través de las órbitas hasta que se acercó a la gruesa capa interior de la atmósfera terrestre. Jadeando como si de una maratón se tratase, la comandante activó los propulsores y se lanzaron de lleno al siguiente capítulo de su viaje de retorno.

Otra preocupación de la que Giannina no conseguía desprenderse en ese momento era el impacto que el regreso tendría en el feto, aunque aún no había tomado una decisión sobre qué hacer con él. Hasta la fecha, cuando había enfrentado situaciones de riesgo, si algo salía mal, las repercusiones se limitaban a sí misma.

En ese instante era diferente. Por increíble que le pareciese, todas las pruebas realizadas hasta el momento indicaban que albergaba una nueva vida en su interior, y si ocurría una tragedia, no solo estaba en juego su existencia, sino también la del nonato.

Cargaba una nueva responsabilidad. La inquietud no terminaría con el amerizaje. En cuanto volviese a casa, tendría que tomar decisiones que aún no sabía cómo gestionar. Le costaba pensar en términos de «bebé» o «hijo». Sentía que la mala suerte la había hecho enfermar, siendo uno de los síntomas la creación de otro ser humano. Sabía que la realidad de la maternidad inesperada la perseguiría para siempre, sin importar si elegía el camino con o sin el pequeño polizón que llevaba dentro.

La nave continuó el camino hacia la superficie y Giannina se preparó para su siguiente capítulo vital, marcado por la maternidad impuesta. Ni los aplausos ensordecedores que retumbaron en la cabina conforme los paracaídas se desplegaban, ni siquiera los que se escuchaban desde el exterior durante el amerizaje en las

tranquilas aguas del golfo de México, calmaron el desasosiego. La misión aeroespacial que tanto había anhelado y que podría ser la única que viviría, estaba a punto de concluir, pero no como lo había imaginado.

Mientras la euforia y el júbilo reinaban por todas partes, se encontraba sumida en una profunda introspección. Había invertido tanto tiempo, tanto esfuerzo, y dedicado tantos sacrificios a esa misión, que sentía un *collage* extraño y desconcertante. En ella palpitaban sentimientos de inquietud y desesperanza. La experiencia en el espacio abrió un abismo de incertidumbre. Fue el recuerdo de lo que había dicho Yelena lo que le ofreció un salvavidas al que aferrarse. Se prometió que encontraría fuerza para los siguientes pasos. Quizá esa experiencia, por terrible que pareciera, no era el fin, sino un nuevo horizonte, una oportunidad para redefinir su existencia. Podría reinventarse más allá de la carrera aeroespacial, no solo encontrarle sentido, sino darle uno nuevo a aquello que ahora rechazaba: la posibilidad de ser madre.

En el instante en que las puertas se abrieron y la luz penetró en el habitáculo, la asaltó una determinación silenciosa. Para enfrentar el futuro, se aferró a las palabras de Yelena. Pensó que podría navegar ese mar de dudas, que cada avance la llevaría a un destino que debía descubrir. Los vítores de la tripulación resonaron durante la celebración del exitoso regreso. Contrastaron con el aislamiento de Giannina, que observaba con serenidad el lienzo de decisiones en blanco que se desplegaba ante ella. Entendía que era el momento de trazar nuevos planes, de recuperar la autonomía sobre su propia vida y de encontrar un propósito renovado en esta etapa por venir. Lo haría con la misma pasión y valentía que la habían impulsado a embarcarse en el viaje que la había llevado hasta el espacio. No era el final, era una transformación forzada, y ella decidiría qué forma tomaría.

Anheló la sensación de ingravidez cuando notó que la embarcación se mecía en las aguas mexicanas. Había estado envuelta en una especie de burbuja que, al estallar, hizo más evidente el peso de la realidad. Una vez a bordo del buque de rescate, el sol la cegó al quitarse la escafandra del traje. La brisa

marina la llenó de energía y esperanza. En ese instante, recordó todo lo hermoso y significativo de la vida: la familia, los amigos, los desafíos a los que se había enfrentado y que había superado con muchísimo esfuerzo. Aquellos con los que había estirado sus capacidades hasta límites que consideraba inalcanzables.

Por mucho que lo intentaba, le resultaba difícil deshacerse de la sensación de que fuera el fin del mundo: estaba embarazada y no entendía por qué. Cada vez que la asediaba la mentalidad derrotada, acudía a los consejos de Yelena. Buscó el lado positivo. No se trataba de un cáncer terminal ni de una enfermedad degenerativa que afectase las habilidades cognitivas. Desconocía qué decisión tomaría en cuanto al embarazo: si abortaría o daría al bebé en adopción. Pero, por primera vez, una leve curiosidad asomó: ¿Y si, contra todo pronóstico, se lo quedaba y llegaba a quererlo?

Lo que sí decidió fue aferrarse a la certeza de que, con tiempo y apoyo, encontraría una salida. No era solo cuestión de sobrevivir, sino de reconstruirse. Incluso sin que hubiese descubierto la salida, podía sentir que poco a poco recuperaba la confianza en sí misma para dar con ella.

El equipo de recuperación logró transmitirle parte del júbilo por el éxito del amerizaje, ayudándola a sentirse mejor mientras comenzaba a comprender que existía una realidad más allá del infortunio.

De golpe, las celebraciones de la unidad de rescate marino se vieron interrumpidas por un estruendo ensordecedor que sacudió las aguas en las que se encontraban. Una explosión hizo que una de las lanchas de socorro que formaba parte de la comitiva de bienvenida, estallara en llamas de manera fulminante. El caos y la confusión dominaron el ambiente mientras los presentes descifraban lo que estaba ocurriendo.

—¡Oh, Dios mío! —escuchó decir a la persona que la sujetaba mientras la ayudaba a quitarse el traje.

—¿Qué ha pasado?! —gritó otro tripulante del barco, que ayudaba a Yelena a salir de la cabina de la Dragon.

El miedo y la preocupación se apoderaron de ella. El pequeño germen de alegría por el retorno que había empezado a modelar, se

transformó de repente en angustia y desesperación, no solo para ella, sino también para todo el equipo.

El personal del buque grúa observó desconcertado la escena que tenían frente a ellos. El resto de las lanchas en las que viajaban los llamados hombres rana se acercaron al navío accidentado y auxiliaron a los supervivientes hasta que fueron engullidas por las llamas provocadas por nuevas devastadoras explosiones. La fuerza de las deflagraciones lanzó a los pasajeros del buque nodriza al suelo o por la borda, incluida Giannina. El impacto con el agua fue tan fuerte que le robó el conocimiento en medio del caos.

CAPÍTULO QUINCE

LE DIO UN vuelco el corazón al soñar que caía en picado desde la Estación Espacial Internacional. La cristalera de la cúpula desde la que había contemplado el planeta en tantas ocasiones se desvaneció y la arrojó a un viaje de retorno no planificado. Tenía el cuerpo protegido solo por un traje de exploración, cuando en realidad debería viajar dentro de una aeronave acompañada del resto de la tripulación.

La sensación de ingravidez que tanto había disfrutado en órbita se desgarró y dejó paso a una succión hacia el vacío, brutal y descontrolada. La atmósfera terrestre la recibió con una fuerza implacable y sometió al traje y a la piel a una intensa fricción en el descenso, que la quemaba sin dolor conforme la convertía en una estrella fugaz, arrastrándola en una alucinación desgarradora.

El temor y la desesperación se acumularon en un nudo en la garganta que hizo imposible emitir grito alguno. También dificultaban la respiración y forzaban al corazón a un palpar desbocado. Se precipitó en caída libre hacia la superficie terrestre, ante la atenta mirada de nubes inmóviles que ignoraban sus llamadas de socorro. Cada segundo se alargaba sin límite, y la certeza de que aquella pesadilla albergaba una premonición la sumió en un abismo de ansiedad. El impacto al llegar al suelo fue tan real que la sacudió del sueño y la devolvió a la realidad.

A pesar de que abrió los ojos jadeante y aturdida, con el cuerpo tenso cual estaca, no se deshizo de la imagen del descenso, que impregnó su cerebro con una pegajosa sensación de terror. Conforme se despertaba, desenmascaró la visión por lo que realmente representaba: una ficción tejida por la mente. El cerebro empezó a usar la lógica para atar los cabos. Entendió que, si hubiese

saltado de la base orbital, se habría quedado flotando en órbita. Sin embargo, este no representaba el mayor problema que la amenazaba.

Al revivir la pesadilla, el miedo a una caída física desde el espacio se transformó en las decisiones que debía afrontar en la vida real. Las opciones con las que haría frente al embarazo indeseado seguían presentes, y cada una conllevaba consecuencias trascendentales. Se esforzó por despejar la niebla de la ilusión y ordenar los fragmentos dispersos del final de la misión, que comenzaban a materializarse en la memoria: el meticuloso desacople de la cápsula Dragon Crew, el descenso a lo largo de la atmósfera, así como el instante exacto en que cruzó la escotilla y posó los pies en el barco de rescate.

Los recuerdos de las explosiones la arrollaron súbitamente. Revivió el terror que había experimentado ante el caos. Los ruidos ensordecedores, la confusión, cómo se había desplomado al mar y el desmayo se presentaron ante ella con una intensidad desgarradora.

El miedo de que algo saliera mal durante la misión la había acompañado desde que la habían seleccionado para el puesto. Nunca había pensado que todo pudiera salir tan mal una vez hubiera regresado a la Tierra, después de haber amerizado, flotando a cientos de kilómetros al este de Florida. Sobre todo, cuando se trataba de lo que parecía la parte sencilla del proceso de retorno.

Se esforzó en abrir mucho los ojos, pescando la poca luz que alcanzaba a penetrar en la estancia. Sintió un mareo físico y emocional, y fue incapaz de descubrir dónde se encontraba.

De repente, un suave aroma a flores silvestres la acarició por sorpresa, pues esperaba descubrir el característico aroma aséptico de las instalaciones de la agencia aeroespacial estadounidense. La fragancia envolvente la embriagó. Parecía encontrarse en el corazón de un invernadero deslumbrante, repleto de plantas exquisitas.

Al poner los pies descalzos en el suelo, tanteando en la oscuridad, sintió la suave y lisa tarima de madera, cuya temperatura contrastaba con el cálido lecho en el que yacía. La sensación fresca de la madera bajo sus pies la conectó con el sitio en el que se hallaba. Al ser consciente de que estaba descalza, se preguntó cómo

habría salido del traje presurizado, la indumentaria que llevaba puesta al salir de la nave antes de las explosiones que provocaron que perdiese el conocimiento. No recordaba haberse despojado del equipo, lo cual añadía otro enigma a la lista.

Al palpar la seda del pijama que la cubría, una certeza se corporizó: al contrario de lo que esperaba, no se encontraba en ninguna instalación gubernamental americana. La lujosa textura del pijama y el ambiente exquisito del dormitorio apuntaban a una ubicación muy distinta a la que correspondía después del amerizaje, según el protocolo de la NASA.

Intentó serenarse y no dejó que el miedo la dominase. Se levantó de la mullida cama con el firme propósito de descubrir dónde estaba y qué había sucedido. En el instante en que se puso de pie, una voz surgió de la nada, azotándola con la misma fuerza con la que lo hizo la fragancia que la envolvía. Retrocedió al instante y volvió a sentarse sobre el colchón.

—Buenos días, querida niña, ¡Dios la salve! —pronunció en inglés una voz suave con un marcado acento extranjero, y acto seguido se encendió una tenue luz.

Giannina se giró con brusquedad hacia el foco del sonido y probó a identificar a la persona que la acompañaba en la habitación mientras sus ojos se adaptaban a la iluminación. Aunque el delicado tono de la voz la invitaba a mantener la calma, no podía fiarse de la desconocida, que al iluminar la estancia acabó con la esperanza de descubrir a su alrededor a las compañeras de misión.

A medida que se le acostumbraba la vista fue examinando su entorno: un espacio amplio y decorado con mucho estilo. Los cuadros elegantes que adornaban las paredes mostraban escenas bíblicas y añadían un toque clásico al ambiente. Los muebles de diseño aportaban un aire de sofisticación, creando un escenario muy refinado, parecido al de un museo o un restaurante exclusivo. Dirigió la mirada a cada rincón, desesperada por localizar cualquier señal de que algún otro ser humano estuviera allí, pero solo se topó con el vacío.

—Voy a levantar las persianas; creo que un poco de luz natural la ayudará a despejarse.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Disculpe mis modales. Me llamo Elia Batallé, y es un grandísimo honor conocerla.

La sombra cogió poco a poco forma y color a medida que las persianas invitaban al sol a inundar el cuarto, revelando una figura fornida y de corta estatura. En medio de la enigmática atmósfera, observó con curiosidad a Elia. Trató de descifrar sus intenciones. De desentrañar las incógnitas que acumulaba bajo la piel.

Antes de volver a solicitar a Elia que le explicase dónde la habían llevado, no pudo evitar admirar la impresionante panorámica que escondían las persianas que habían quedado recogidas. Observó un mar azul, que danzaba en coreografía con las nubes que lo navegaban desde lo alto, aquellas que había admirado desde la plataforma orbital y que había recordado en su pesadilla. Al principio, Giannina pensó que se encontraría en alguna parte de Florida. Luego, al observar la vegetación que adornaba la costa, intuyó estar en Cuba o en las Bahamas, por ilógico que resultase ese razonamiento.

—Hola Elia, yo me llamo Giannina.

—Sé cómo se llama, señora Christofonti; no se imagina el honor que es para mí conocerla por fin —repitió Elia con una sonrisa.

—Elia, ¿puedes decirme dónde estoy y qué hago aquí?

—Entiendo que tenga muchas preguntas. El médico ha confirmado que, salvo por la contusión, está ilesa. No se preocupe, los señores Etxegarai pronto le darán respuesta a todo lo que necesite saber.

Giannina frunció el ceño, el asco se mezclaba con la confusión. ¿Un médico desconocido la había examinado mientras estaba inconsciente? ¿Y quiénes eran los «señores Etxegarai»? Su voz, aunque temblorosa, encontró algo de su habitual firmeza.

—¿Los señores Etxegarai? ¿Por qué voy a hablar yo con ellos? ¿Dónde estoy, Elia? ¡Necesito saberlo ahora mismo! ¡No voy a moverme hasta que me lo digas!

Elia mantuvo una sonrisa serena, inquebrantable.

—Imagino que primero querrá darse una ducha y comer algo —dijo Elia, y le mostró el opulento baño, en el que las paredes

parecían una única pieza de mármol, cubiertas de láminas tan amplias y perfectamente acabadas que no logró distinguir las juntas.

Giannina la miró fijamente. Una ducha era tentadora, sí, su cuerpo clamaba por ello, pero su mente científica y su necesidad de control la impulsaban a la resistencia.

—No sé todavía quién eres ni por qué estoy aquí. No voy a ducharme hasta que me digas qué está pasando. ¿Quién eres tú? ¿Quiénes son los Etxegarai y por qué estoy en esta... mansión? ¡Yo debería estar en una instalación de la NASA, siguiendo un protocolo médico estricto!

—Lo sé, dulce niña. Enseguida todas sus dudas serán resueltas. Venga, vístase y coma algo, que yo voy a buscar a los señores Etxegarai. Arden en deseos de hablar con usted. Ellos pondrán fin a la incertidumbre. Le he preparado un desayuno y ropa de su talla; espero que encuentre algo de su agrado en el armario. De lo contrario, dígame qué necesita y yo se lo conseguiré —ofreció Elia, que abrió los armarios empotrados y descubrió numerosos vestidos, pantalones y blusas de multitud de tonalidades y tejidos—. Coja lo que desee; es todo para usted.

Giannina sopesó esas palabras. La idea de la comida, sumada a la prometida ducha, empezó a quebrar su resolución. Intuyó que no conseguiría lo que quería en ese momento. Los Etxegarai eran la clave, y Elia no soltaría prenda. Si quería respuestas, tendría que participar en su juego. Con un resoplido de frustración se puso de pie; la tarima fría bajo sus pies era un recordatorio de su vulnerabilidad, igual que la dificultad de mantener el equilibrio después de vivir en microgravedad.

—Está bien —dijo con voz áspera, sintiendo cada músculo protestar y agarrándose a la pared para no caerse—. Pero que quede claro Elia: después de la ducha, quiero respuestas.

Con mayor agilidad de la esperada por la edad que aparentaba y por el sobrepeso, Elia desapareció detrás de la puerta de roble que daba acceso al dormitorio. El sonido de las llaves al echar la cerradura le confirmó la sospecha de que no la consideraban una invitada con autorización para moverse con libertad. La habían secuestrado. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Quién era esa

señora? Al llegar a la puerta, siguiendo los pasos de Elia, giró la manija y comprobó que ella la había cerrado con llave.

Lo primero que hizo fue acercarse al amplio ventanal que dominaba la vista de la costa. Admiró fascinada el paisaje de terreno rocoso que se desplegaba ante ella y evocaba las imágenes del planeta Marte que tanto había estudiado en el pasado. La escena se volvía única y embriagadora con la aparición de palmeras y cactus que coloreaban de verde el suelo cobrizo. Consiguió distinguir una larga escalera que la guio hasta una piscina excavada en plena roca. Constituía una obra de arte natural en armonía con el paisaje abrupto y la exuberante vegetación. El agua cristalina brillaba bajo los rayos del sol, invitándola a refrescarse en ese oasis inesperado.

Al seguir con la vista el descenso del acantilado, descubrió que culminaba en un embarcadero, en el que varios veleros blancos y azules se zarandeaban al ritmo de las olas. Las embarcaciones representaban la combinación perfecta entre lo moderno y lo tradicional. Se reconoció en ellas a sí misma, presa de unas amarras que no la dejaban zarpar y regresar al hogar.

Por mucho que se esforzaba, fue incapaz de descubrir nada con lo que identificar su ubicación. No pudo reconocer ninguna señal de civilización. No vio casas ni edificios que indicasen la presencia de núcleos urbanos. Tampoco divisó a nadie a quien pedir auxilio. Daba palos de ciego con las escasas pistas que Elia le había ofrecido. Las vistas paradisíacas, la constante referencia a los señores Etxegarai, la apariencia de origen hispano de Elia y su pronunciado acento al hablar inglés formaban piezas dispersas, insuficientes para resolver el rompecabezas. Eran detalles con los que no consiguió descifrar si se hallaba en territorio estadounidense o si, por el contrario, la habían llevado hasta Sudamérica.

«¿Cómo he llegado a este enigmático lugar?», se preguntó. Estaba sola en un escenario desconocido, en manos de extraños. Tras el amerizaje con la nave Dragon y los accidentes que se desarrollaron, esperaba que la NASA y las fuerzas armadas americanas hubieran sido las encargadas de rescatarla y llevarla de vuelta a casa junto con el resto del equipo.

¿Qué querían sus captores de ella? ¿Por qué la habían encerrado en aquel misterioso lugar? Las posibilidades se le agolpaban sin que llegara a ninguna conclusión. Por un lado, tenía la inquietante teoría de un secuestro: ¿De verdad la habían raptado con el objetivo de exigir un rescate? Por otro lado, existía la remota posibilidad de que hubiese sido encontrada a la deriva y la hubieran rescatado de un naufragio accidental. Prefería el escenario de rescatadores samaritanos, pero entonces no tendría sentido que la hubieran encerrado en la lujosa estancia.

«¿Quién será esta gente?», rumió, merodeando por la habitación. Había sido encarcelada, aunque también había recibido ciertas atenciones. La oferta de ropa y de una ducha, junto con la cama en la que pudo recuperarse de la conmoción, aportaron señales contradictorias que generaron más incógnitas que respuestas. La mención de un médico, que había valorado su estado mientras yacía inconsciente, le provocaba una mezcla de alivio y suspicacia. Consideraba una buena señal que se preocuparan por su estado de salud, siempre que el interés de sus captores no estuviese relacionado con extraerle órganos, algo que había leído alguna vez en el periódico. O peor aún, el feto que llevaba dentro.

Su instinto la alertaba para protegerse, pero una parte de ella sentía que también debía cuidar al ser indefenso en su interior. La incertidumbre y el miedo se mezclaban con una creciente necesidad de hacerse cargo de la criatura, aunque desconociera cómo. No sabía aún si estaba lista para aceptar esa vida ni qué camino tomaría. Pero una cosa se volvió clara en su interior: no permitiría que otros decidieran por ella. Si tenía que decidir sobre el bebé, sería ella quien tomase las riendas.

La presencia de la criatura en su vientre, que hasta entonces había sentido como un secreto lejano, comenzó a tomar forma en su mente, como un objeto no identificado que apareciera en el borde del radar. Comprendió que esa vida formaba parte de ella y que ya no podía ignorarla. La preocupación aumentó al dudar si el doctor que la había examinado era consciente de la existencia del pequeño individuo, y si había podido comprobar que el bebé también estuviese bien. No tenía nombre, no sabía qué haría con él y aún

así, no podía evitar preocuparse. ¿Sabrían sus captores que estaba embarazada? ¿Sería eso lo que buscaban?

Después de dar vueltas por la estancia durante un rato sin hallar una solución clara, tomó una decisión: seguiría el consejo de Elia y se daría una ducha. Se aferró con ansias al deseo de sentir el chorro caliente sobre su piel, después de meses de confinamiento espacial. Era una tentación irresistible.

Con cada gota que recorría su cuerpo, sentía cómo aumentaba el nivel de surrealismo que la rodeaba. El contacto con el cálido líquido, tan familiar y cotidiano, adquiría un significado distinto tras los meses en el espacio sin acceso al agua corriente. Maravillada, observó las gotas que caían en cascada y obedecían, igual que la lluvia, a la fuerza de una gravedad que la arrojaba de nuevo en un manto invisible.

En el momento en el que vio el reflejo de su cuerpo desnudo en la mampara del baño, imaginó cómo el embarazo afectaría a su físico. ¿Revertiría los cambios y recuperaría una imagen corporal acorde con los estándares de belleza impuestos por la sociedad que no podía dejar de querer satisfacer?

Al terminar, se adentró en el amplio vestidor, rebuscó entre las perchas y las dejó caer, pues su subconsciente seguía convencido de que la ausencia de gravedad haría que las prendas flotaran en vez de caer al suelo de inmediato. Finalmente, eligió ropa que le pareció cómoda, lista para salir corriendo en cuanto tuviera la oportunidad. Apenas se hubo vestido, comenzó con los estiramientos y recordó así la rutina de dos horas de ejercicio diario en la Estación Espacial Internacional. La necesidad de acostumbrar al organismo a moverse en el campo gravitatorio de la Tierra la impulsó a realizar cada estiramiento con precisión y concentración. Paró de repente cuando un leve golpeteo resonó en la puerta, acompañado del sonido de la cerradura cuando la desbloquearon.

CAPÍTULO DIECISÉIS

GIANNINA SE QUEDÓ inmóvil en medio de la lujosa habitación, con el cuerpo en tensión y los músculos contraídos por el miedo y la inquietud. Su respiración era profunda, pero cada inspiración parecía más difícil que la anterior, como si el aire en el cuarto estuviera viciado, denso, desprovisto de oxígeno o casi solidificado. ¿Quién llamaba a la puerta? ¿Sería Elia de nuevo? ¿Vendría acompañada de los señores Etxegarai que había mencionado en su primera conversación?

Su respiración se agitó mientras se posicionaba de espaldas a la pared, frente a la puerta, junto a la mesilla donde descansaba la lámpara que Elia había encendido al despertar. La rozó con los dedos, calculando su peso y el mejor punto para sujetarla: pensaba usarla como arma si la situación se complicaba. No quitó la vista de la entrada, alerta, lista para huir en cuanto vislumbra la más mínima oportunidad. Sin embargo, los segundos angustiantes pasaron sin que nada ocurriese. La llamada en la puerta se repitió, esta vez con mayor insistencia, lo que agudizó la tensión en el ambiente. Se dio cuenta de que le daban la cortesía de elegir cuándo recibir visitas.

—Adelante —susurró.

La puerta se abrió a trompicones y reveló la imponente figura de un hombre de aspecto serio y dominante. Los cabellos negros contrastaban con las arrugas que le marcaban el rostro. Giannina lo observó con sorpresa conforme el hombre agachaba la cabeza al entrar, una especie de ritual adquirido con el que evitaba golpearse con los marcos de las puertas debido a su extraordinaria estatura.

Una vez dentro, sus ojos la examinaron con detenimiento, profundos y penetrantes. Le recordó a la tasación de una joya. La

presencia del desconocido generó en ella una mezcla de intriga y temor. Terminado el examen, el hombre extendió los brazos y se dirigió a ella con entusiasmo.

—¡Aquí estás, bendita! De una sola pieza. ¡Dios te salve! — exclamó, y acercándose hacia ella, añadió—: No sabes cuánto nos alegramos de verte por fin en pie, hija mía.

Sin pedir permiso, tomó la mano para besarla, con una reverencia que resaltó aún más su elevada altura. Una vez que terminó el saludo protocolario, el desconocido se hizo a un lado y dejó paso a otra figura, la de una mujer mucho más pequeña que él, pero de edad similar. Tenía el rostro caramelizado por el sol y el cabello salpicado de canas, lo que mostraba que, a diferencia del esposo, no ocultaba con tinte los estragos de la edad.

—Dios bendito. ¡No me lo puedo creer! Es un milagro que estés aquí en pie —dijo la mujer que, imitando al predecesor, cogió la mano de Giannina y también la besó, exclamando—: es un grandísimo honor conocerte, estimada niña. Me llamo Nuria, y este es mi esposo, Jacobo. Es un orgullo para nosotros acogerte en nuestro santuario. Hemos anhelado este momento desde que el mundo se enteró de tu santísima concepción.

—Seguro que estás hecha un lío, llena de dudas sobre cómo has acabado aquí —dijo Jacobo.

—Así es —consiguió decir Giannina.

—Desde la noticia sobre tu prodigioso embarazo, hemos movido cielo y tierra para ponerte a salvo —explicó Jacobo—. Puede que no lo sepas todavía. Eres excepcional, un, un... —Se entrecortó por la emoción hasta que su mujer completó la frase.

—¡Un milagro divino!

—¡Exacto, un milagro divino! —corroboró Jacobo—. Eres un fenómeno inaudito, hija mía. Tú y el fruto de tu vientre. Por eso temíamos por vuestra seguridad. Nos aterraba que la NASA os convirtiese en ratas de laboratorio y practicase experimentos con vosotros día y noche. Que hiciera cualquier barbaridad de las suyas y no aceptase y respetase lo que sois. O bien que alguna panda de locos pudiera haceros daño.

—Por eso nos movilizamos para protegerte —continuó Nuria—. Queremos que sepas que todos los miembros de nuestra congregación haremos cuanto esté en nuestras manos para cuidaros, a ti y al niño que llevas en tu vientre —dijo entre sollozos—. Perdona nuestro entusiasmo, querida. No contengo las lágrimas de la emoción que siento. Llevamos toda la vida esperando este momento.

—Sigo sin saber quiénes sois.

—Es comprensible que tengas muchas dudas, querida niña —dijo Nuria—. Somos miembros de una prelatura católica cuyo objetivo en el mundo es difundir y vivir las enseñanzas del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia. Desde nuestra fundación, perseguimos la salvación del mundo y de todas las almas que contiene. Siempre nos hemos planteado una tesis: ¿Qué sucedería si el Padre Celestial, o su Hijo, volvieran a reencarnarse? Querida niña, tú y tu milagrosa concepción, sois la respuesta a todas nuestras plegarias. Tu propio nombre lo indica: Giannina Christofonti, que significa fuente de Cristo, llena de la Gracia del Señor. Estás aquí porque nuestro Señor te ha elegido como Inmaculada Madre de Cristo y Madre de todos nosotros. Eres la pieza clave de nuestra misión: reviviremos las sagradas escrituras y seguiremos el camino del Hijo de Jehová en la Tierra durante la Segunda Venida.

—Nuestro objetivo es protegerte y asegurarnos de que puedas cumplir con tu destino. Dios te salve, Giannina —susurró Jacobo.

—Oficiaremos en breve una misa para darte la bienvenida al Reinicio. Elia te enseñará el traje que hemos elegido para la ocasión y te guiará hasta nuestra ermita —indicó Nuria.

Las explicaciones de los señores Etxegarai le provocaron pavor. Yelena ya le comentó que había gente que, al enterarse del embarazo misterioso en el espacio, la consideraba la reencarnación de la Virgen María. Deseó estar con Yelena. Nunca pensó que alguien así la secuestraría tras la misión espacial. Si lo había entendido bien, Nuria y Jacobo pertenecían a ese grupo y estaban convencidos de que tenían que revivir las Santas Escrituras.

¿Qué significaba todo eso? ¿Que venerarían al niño, o niña, pues todavía desconocía el sexo, como hijo de Dios? ¿Y luego qué?, ¿lo

crucificarían como a Jesucristo? La sola idea le provocó una oleada de náuseas, acentuando la opresión en el pecho y el vértigo que le nublaba los pensamientos. Destruyó toda esperanza de que el secuestro pudiera llegar a su fin rápidamente, como ocurriría si solo buscaran un soborno.

En su lugar, si en realidad los consideraban reliquias vivientes, los retendrían a ella y al bebé de manera indefinida, condenados a cadena perpetua. La idea desencadenó un escalofrío que le recorrió toda la espalda. La descolocaba la idea de que la considerasen la Inmaculada Madre del Señor y que estuviese vinculada a una misión religiosa.

No daba crédito a lo que había oído. Tenía que tratarse de un error. Que los captores hubiesen confundido las palabras que habían usado porque pertenecían a un idioma extranjero, lo que había resultado en un macabro contexto.

Ella era atea, astronauta, científica, y la situación en la que se encontraba no podría ser más desconcertante. Ante tal revelación, incapaz de reaccionar, el miedo la asoló sin control. El raciocinio chocaba con las creencias religiosas de sus anfitriones, y sentía que estaba atrapada en el epicentro de una enajenación que no rompería con argumentos lógicos.

CAPÍTULO DIECISIETE

PARALIZADA, SIN SABER cómo romper el hechizo que embrujaba a sus captores, siguió el guion que le marcaron. Una vez disfrazada con la indumentaria que le ofrecieron, Elia y otros dos acólitos, los cuales no se presentaron, la invitaron a salir de la habitación. Por un momento no se movió, insegura de adónde la llevarían y qué harían ahí.

Nuria dijo que oficiarán una misa para darle la bienvenida a la prelatura. La perspectiva de ser venerada como una figura sagrada, de ver a su hijo convertido en un mártir, le revolvía el estómago. Aun así, se esforzó por mantener la calma, diciéndose que, al menos, era un ritual religioso, no una tortura física inmediata ni un rito satánico. Preferiría quedarse en la habitación, pero no vio alternativa y la superioridad numérica hizo que sucumbiese a la petición.

La llevaron por los pasillos de la lujosa villa, decorada con tapices y cuadros que representaban más escenas bíblicas: la anunciación, la última cena o el juicio final. El eco de los pasos resonó por las salas que atravesaron, desnudas de cualquier mobiliario común. Todos iban en silencio y nadie le dio explicación alguna. Memorizó el camino y localizó posibles vías de escape. Cuando alcanzaron un portón con decoraciones en alto relieve, que parecía la puerta de entrada de una iglesia romana, por un instante pensó que llegarían al exterior si la atravesaban.

Sus sueños se resquebrajaron en cuanto abrieron con esfuerzo el portón de cobre, debido al gran peso. En lugar de la luz del sol, la puerta reveló una gruta de paredes de piedra, que acogía una escalera con interminables escalones, los cuales descendían a la penumbra. En ocasiones, la suave brisa que serpenteaba por la gruta traía consigo susurros indistinguibles que acechaban en las

profundidades y emergían desde las sombras. Cada paso que dio la alejó del mundo que conocía y la sumergió en una dimensión paralela, de la que no sabía escapar.

La procesión se detuvo frente a una antigua puerta de madera. Con gestos silenciosos, Elia la instó a que pasase a la sala que se ocultaba detrás. Entraron en una hermosa y lúgubre capilla, mucho más amplia de lo que habría esperado. Velas en el altar creaban sombras danzantes en los muros de roca conforme la luz chocaba con las figuras de los miembros del Reinicio, que esperaban la llegada de la invitada de honor. Al verla, entonaron cánticos en latín. Parecía el epicentro de un ritual que nunca imaginó que presenciaría.

No sabía qué hacer. Pensaba todo el rato en salir corriendo, aunque creía que no iba a encontrar la salida sin que la atraparan. Habría preferido mil veces que la hubiesen secuestrado para pedir un rescate económico al Gobierno americano, porque entendía la avaricia mejor que las creencias de los indeseados anfitriones.

—El ángel Gabriel anunció a María —rezó Jacobo con una voz imponente que la sacó de sus pensamientos y silenció a la par los cánticos de sus acólitos. Él ya no llevaba la ropa con la que la había visitado en la habitación. En ese momento lo cubría un manto púrpura—. Y fue concebida por obra y gracia del Espíritu Santo.

—Dios te salve, María... —pronunciaron el resto de las figuras ataviadas con túnicas blancas cubiertas por capas negras. Los cinturones, decorados con cruces, cálices y palomas doradas entrelazados por ramas de espinos, resplandecieron a la luz de las antorchas que iluminaban la sala. Lo que más la atemorizó fueron los capirotes con que cubrían sus rostros, iguales a los que portaban los miembros del Ku Klux Klan.

—He aquí la esclava del Supremo —anunció Jacobo al mismo tiempo que Nuria acompañaba a Giannina al centro del altar.

El público estalló en ovaciones. La habían obligado a vestirse con ropajes ostentosos, cuyos acabados dorados también resplandecían bajo la luz de las antorchas. Hizo un esfuerzo por seguirles la corriente, si bien no sabía cuánto tiempo podría fingir sin escandalizarse.

—Hágase en nosotros según tu palabra —continuó Jacobo.

—¡Santa María, ruega por nosotros! —exclamaron todos de nuevo, eufóricos.

Quería gritar que no se llamaba así. Que no encarnaba a ninguna santa. Se reprimió por la futilidad del mensaje. Por lo que veía, los presentes creían en algo con fervor, y ella no iba a cambiarlo con sus palabras. Actuó como una actriz encima del escenario que interpretaba un papel que no le pertenecía. Entendió que había caído en manos de una secta fanática. Miedo era todo lo que respiraba. Se preguntó qué sería de ella. Si alguien la rescataría. Si el Gobierno americano o sus padres conseguirían localizarla y llevarla a casa. Deseaba una vida cotidiana, lejos de un culto que no comprendía. La misa continuó y ella obedeció el guion que le impusieron. Intentaría entrar en su juego mientras preparaba una estrategia de escape.

—El Verbo del Todopoderoso se hizo carne y habitó entre nosotros —continuó Jacobo.

La exaltación de los fieles aumentó exponencialmente. Cada frase del maestro de ceremonias componía el verso de un conjuro que avivaba su fuego interior y los arrojaba al éxtasis.

—Ruega por nosotros, Santa Madre del Creador, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo. ¡Oremos! —continuó Jacobo—. Oh, Padre nuestro que estás en los Cielos, infunde en nuestra alma tu Gracia. Tú, que en la anunciación del Ángel nos has revelado la encarnación de tu Hijo, por la pasión y la cruz, condúcenos a la gloria de la resurrección. Por Cristo nuestro Señor.

—Amén —dijeron todos.

Giannina salió corriendo. Por más que intentó seguirles la corriente a los secuestradores, tratando de mantenerse serena, las últimas palabras de la liturgia oficiada por Jacobo rompieron el dique de autocontrol. Huyó, igual que el cordero ante el aullido del lobo. La urgencia espoleó cada zancada que dio, aterrada por la secta de fanáticos. Se lanzó hacia las escaleras que llevaban a la superficie, chocando primero con desconcertados numerarios y después con los muros de piedra.

Pese a sus esfuerzos por seguir a rajatabla el plan de entrenamiento físico en la Estación Espacial Internacional, su cuerpo no se había aclimatado todavía a la gravedad. Apenas llegó al portón de cobre, que custodiaba la entrada de la gruta, el intento de escape fue interrumpido por dos enmascarados, que la interceptaron justo cuando cruzaba el umbral de la capilla subterránea. Desesperada, forcejeó en vano para liberarse de sus manos. Nuria, Jacobo y otros miembros del Reinicio pronto la alcanzaron.

—¿Qué pasa, hija mía? —preguntó Nuria.

—¡ESTÁIS LOCOS! —chilló Giannina, e intentó recuperar el aliento tras la carrera—. ¡Yo no tengo nada que ver con todo esto! Soy astronauta. Algo salió mal en la misión espacial y me quedé embarazada. Sé que hay una explicación científica para ello. No es obra de vuestro Dios, un ángel o el maldito Espíritu Santo —farfulló con voz entrecortada por el esfuerzo de la carrera a través del pasadizo de la misteriosa capilla subterránea.

Las miradas de los congregados la transportaron a un mundo ajeno, donde la racionalidad y su verdadera identidad no tenían cabida. Se sintió más sola que nunca, atrapada en un torbellino de fe y misticismo. A medida que las palabras se desvanecían, reinó el silencio. Sintió la presión de decenas de ojos juzgándola por no colaborar. Porque pensaba diferente y no aceptaba esa versión de la realidad. Escuchó sus latidos acelerados, la resonancia de la respiración agitada y la cacofonía de una voz interior que se esforzaba por recordarle quién era.

—La voluntad del Todopoderoso es la que te ha traído hasta nosotros —dijo Jacobo.

—Te rescatamos y te trajimos aquí para cuidarte y enseñarte la verdad sobre quién eres y cuál es tu cometido entre los hombres —explicó Nuria.

—Dejad que me vaya para que hable con la NASA, con mi familia. Os lo ruego...

—No puedes irte, pequeña niña. No podemos permitir que te hagan daño. Tenemos que protegerte, ¿no lo comprendes? —insistió Nuria.

—No quiero que me protejáis vosotros. Además, ni siquiera sabéis si el bebé es niño o niña —respondió Giannina.

—No estás aquí por tu voluntad. Tú, al igual que nosotros, estás aquí por obra de la providencia divina. Llevas dentro de ti a un hijo varón. No podía ser de otra manera. Así lo han corroborado las pruebas médicas que te hemos practicado. El Altísimo tiene un plan para todos nosotros. Salvaremos tu alma y la de todos los mortales —aseguró Nuria.

La noticia de que el bebé era un niño la distrajo brevemente de su agobio, dejándole sentir por unos segundos una chispa de sorpresa y algo similar a una esperanza tenue.

—Redimiremos el pecado del mundo —añadió Jacobo.

Viendo lo inútil que le resultaba discutir con ellos, forcejeó de nuevo, pero se la llevaron a rastras mientras escuchaba hablar a Jacobo.

—Todo será más fácil en cuanto aprendas a colaborar. Necesitas tiempo para ver con claridad el camino que el Padre Celestial ha marcado para ti.

CAPÍTULO DIECIOCHO

ABRIÓ LOS OJOS con dificultad. Sintió un dolor que le penetraba por la cabeza y le atravesaba todo el cuerpo. Tenía el cerebro nublado, igual que había ocurrido con las explosiones sufridas en el barco tras el retorno de la estación espacial. La diferencia estaba en que en ese momento eran las imágenes de los feligreses vestidos de nazarenos las que veía en bucle infinito, amenazándola con utilizarla a ella y al bebé para revivir las escrituras bíblicas.

A pesar del intenso dolor de cabeza, se reorientó y analizó la enrevesada situación en la que se encontraba. El instinto se activó en un destello repentino y le recordó que necesitaba escapar de la prisión en la que estaba atrapada. Esta vez estaría dispuesta a todo para lograrlo. El problema residía en que su cuerpo no respondía. Estaba agotada y requería que hiciese varios intentos antes de que algún músculo se moviese, similar a un recién nacido que aún no controlaba sus extremidades. Al percibir la figura que la acompañaba, experimentó una sensación de *déjà vu* al encontrarse en la misma habitación en la que había despertado después del amerizaje. En esta ocasión, Elia tardó menos en hablarle.

—¡Dios le salve! ¿Se encuentra bien, querida niña?

—¿Por qué me hacéis esto?

—Tranquilícese, todo está bien. Relájese y descanse.

—Me habéis maniatado —comentó observando las cintas que sujetaban sus extremidades a la lujosa cama.

—Con ello evitamos que se haga daño a sí misma o al bebé. No se preocupe. Los dos están a salvo. Solo necesita descanso y pronto entrará en razón.

Volvió a forcejear sin conseguir deshacer las ataduras.

—¿Por qué no me dejáis ir?

—¿No entiende lo importante que es usted? No solo para nosotros, sino para el mundo entero.

—Necesito huir de aquí —murmuró más alto de lo que habría deseado.

—No puede huir del destino. Nadie puede. El Reinicio solo busca ayudarlos a usted y al Mesías que lleva en el vientre, ¿por qué nos rechaza? —preguntó Elia, visiblemente turbada.

—¡Porque no llevo ningún mesías dentro de mí!

—Sssh, no se altere. Tiene que descansar.

—Todavía no sé ni dónde estamos.

—Se encuentra en nuestro santuario español, en una isla del archipiélago canario que pertenece al Reinicio. Aquí están seguros, de verdad.

—¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué no os basta con el rezo, igual que a la mayoría de los creyentes?

—Los creyentes católicos sabemos que rezar es esencial, pero no suficiente. Dios nos llama a actuar, y por Él nos esforzamos con dedicación y fe, sabiendo que nuestra labor tiene un propósito divino. Trabajamos incansablemente y con devoción, confiando en que nuestras acciones son guiadas por su voluntad y contribuyen al bien común, incluso cuando los frutos no son inmediatos. Él guía nuestros esfuerzos. Ya le explicó la señora Etxegarai que somos una prelatura de la Iglesia, que contribuye a la misión evangelizadora del catolicismo. Asistimos a nuestros feligreses, y a todos aquellos que requieren ayuda para descubrir a Cristo en la cotidianidad, en la vida familiar, en el ámbito laboral e incluso en las esferas políticas. Promovemos entre fieles católicos de toda condición una vida coherente con la fe, sobre todo en las circunstancias ordinarias, y protegemos así a la humanidad de todos los pecados que la asolan.

El resplandor de la lámpara que había en la mesilla de noche destacó unas líneas marcadas en el rostro de la carcelera, un testimonio de años dedicados a una causa que ella consideraba sagrada. Si las cintas no lo hubiesen impedido, habría probado suerte usando la lámpara como arma.

—¿Cuál es vuestro rol dentro de la Iglesia? —preguntó, ya que usar la violencia no era una opción.

—Las tensiones con otras congregaciones religiosas son intensas. Por desgracia, hay quienes buscan sus propios intereses, se aferran a sus privilegios, y olvidan el verdadero propósito de la creencia católica. Eso está destinado a cambiar. Con usted junto a nosotros, lograremos unificarlos a todos bajo la única verdad de la fe. Ya lo verá.

—¿A qué te refieres?

—Cada orden posee una interpretación diferente de la Biblia y de los mensajes que Dios nos ha legado, lo que genera un conflicto interno constante. En lugar de unirnos frente a las fuerzas de las tinieblas y sus tentaciones, las disputas internas nos desvían de nuestro auténtico propósito. Ya lo dijo el señor Etxegarai: con usted a nuestro lado, colaboraremos en armonía para cumplir los designios divinos. Todos deberán unirse en apoyo al Mesías y a la Santa Madre.

—Entonces, ¿vuestro poder se limita a la Iglesia católica?

—Existen numerosos políticos y empresarios a nivel mundial que forman parte del Reinicio. Dado que el trabajo duro es nuestro camino hacia Dios, ayudamos a nuestros feligreses a que tengan carreras profesionales exitosas. A su vez, ellos financian nuestras misiones evangelizadoras.

Le resultó aterrador que este tipo de sectas fuesen legales y que influyesen en tantos aspectos de la sociedad civil. Que los gobiernos permitiesen que sus atrocidades quedasen impunes. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que eran ellos, el Reinicio, los que debían de haber orquestado el asalto a la comitiva de la NASA y las explosiones que habían acabado con la vida de todo el personal de rescate. La sola idea de que pudieran ser tan crueles y poderosos le oprimía el pecho.

Con toda probabilidad, también habrían matado a Yelena. Cuánto añoraba la presencia de su amiga, su voz sensata, su compañía en ese infierno. En ese momento, sola frente a la locura, el peso de su ausencia era casi tan abrumador como el de su propia situación. Si sus captores eran tan poderosos, ¿qué esperanza tenía de escapar?

CAPÍTULO DIECINUEVE

EL RESENTIMIENTO HACIA los secuestradores aumentó según pasaron los días. No solo por los crímenes que habían cometido cuando habían asaltado al equipo de rescate de la NASA y la habían apresado, sino también por la profunda hipocresía de sus creencias. Predicaban bondad, amor y ayuda al prójimo, pero la mantenían cautiva. Además, planeaban utilizarlos, a ella y al feto que portaba, para una terrorífica agenda. Le resultaba incomprensible que tantas personas se aferrasen a una misma ilusión, amparadas en relatos plasmados en antiguos textos sagrados, y actuaran de forma coordinada llevando a cabo atrocidades de tal magnitud. Se sentía como un delfín atrapado en un acuario, lejos del vasto mar.

Los fanáticos la controlaban en todo momento, restringiendo sus movimientos, dejándola confinada en una lujosa jaula de hormigón. No les bastaba con recluirla, también pretendían someter su voluntad. En ciertos momentos de lucidez, la idea de morir parecía una opción más atractiva que permitir que la secta ganara. A veces pensaba que, si no podía liberar su cuerpo de aquella prisión, al menos liberaría su mente. Sin embargo, no podía acabar con su vida bajo la atenta mirada de sus captores.

No siempre estaba preparada para tomar la misma decisión drástica que la chica del lago, a quien le había dicho que la vida, por oscura que pareciera, siempre nos reservaba una nueva oportunidad, que la partida no acababa hasta que la vela se apagaba. Otras veces, la aterraba rendirse. ¿Y si solo tenía que aguantar un poco más hasta que fuese rescatada o encontrase la ocasión para escapar por sí misma? La muerte sería una derrota segura. Aunque el Reinicio perdería, ella no tendría ninguna opción de victoria.

A pesar de que se había entrenado para sobrellevar el aislamiento en la Estación Espacial Internacional, la frustración la consumía porque no había elegido el lugar dónde estaba. En la prisión santuario, Elia se convirtió en la principal conexión con otro ser humano. Nunca tendría el mismo vínculo afectivo con ella que con Yelena, pero poco a poco estableció una relación con la captora.

Con un trato amable, la tentaba a sucumbir al síndrome de Estocolmo, algo imposible dado que las raíces del cariño que le ofrecía emanaban de unas creencias que jamás compartirían. Por ello, ese vínculo nunca sería sincero. Detestaba el fanatismo de la cuidadora que la mantenía encerrada en la jaula de cristal del santuario. Sin embargo, no pudo evitar sentir una punzada de tristeza al imaginar el dolor oculto tras aquellos ojos firmes. Aunque jamás florecería una amistad en esas condiciones, llegó a comprender que el dogmatismo nacía del miedo y la desesperanza.

Una noche, durante una cena con Elia, Giannina se atrevió a formular la pregunta que llevaba tiempo guardando desde que la conoció en el santuario.

—¿Cómo acabaste en el Reinicio?

Las palabras salieron con un matiz de curiosidad y respeto. La mirada de Giannina se posó en las manos de Elia, que dejó los cubiertos sobre el plato; la miró con intensidad, preparando una respuesta. Sus ojos se encontraron con una serenidad que ocultaba tormentas pasadas. Suspiró después de que las palabras que había mantenido en silencio durante tanto tiempo hallasen el camino hacia el mundo exterior.

—Era enfermera. Estaba casada con un médico que, pese a una vocación de sanar a los desconocidos, me maltrataba. El amor que debía unirnos quedó atrapado en las sombras de un carácter agresivo, de la violencia que nunca imaginé que fuera a sufrir en mis carnes. A pesar de todo, yo lo quería con toda el alma. A veces pienso que me aferraba a la esperanza de que volviésemos a los tiempos de nuestro noviazgo, en los que su cariño y su delicadeza me llenaban de alegría. Creía que en cuanto le diese el hijo que tanto me demandaba, todo retomaría el cauce correcto. Pero, cuando por fin me quedé encinta, una de sus últimas palizas me

arrebató la posibilidad de ser madre y dejó un vacío desgarrador que me abrió los ojos. —Elia cogió un pañuelo para secarse las lágrimas antes de seguir—. El Reinicio me devolvió la fuerza para vivir. Me guió por el sendero que Dios tenía para mí. Gracias a ellos, usé la fe a modo de brújula y encontré en ella el bálsamo que sanó las heridas de la pérdida del bebé. Fue un proceso duro hasta que conseguimos meter a mi exmarido entre rejas. Desde entonces, he canalizado mi experiencia para ayudar a otros a través del prelado, con el fin de que Dios se sienta orgulloso de mí.

—¿Nunca has pensado en abandonar el Reinicio? —preguntó Giannina, buscando una grieta en la lealtad de Elia hacia la congregación.

—Es cierto que la orden exige una adhesión total al grupo, lo que implicó el distanciamiento de mis seres queridos, la rotura de lazos afectivos y el abandono de todas las actividades previas a la iniciación. Echo de menos el contacto con familiares y parte de mi vida pasada, pero nada de eso me salvó de las tinieblas. Solo el prelado consiguió guiarme hacia la luz. Solo gracias al Reinicio conseguí renacer.

Giannina guardó silencio, dejando que las palabras le calaran hondo. Por primera vez, sintió que aquella mujer no era solo su captora, sino también alguien marcada por heridas reales, alguien que había encontrado en la fe una tabla de salvación. Aquella idea, aunque la incomodaba, empezó a remover algo en su interior.

Comprendió, con una punzada de tristeza, cómo la vulnerabilidad extrema y la pérdida podían abrir la puerta a la manipulación, cómo la fe podía convertirse en un refugio tan poderoso que cegara ante la verdad más obvia, incluso ante la crueldad. No justificaba las acciones de Elia o del Reinicio, pero por un instante entendió a la mujer rota que se escondía bajo la fachada de celadora devota.

CAPÍTULO VEINTE

LOS SERMONES DE sus secuestradores le devoraban el pensamiento como un enjambre de insectos hambrientos, ansiosos por arrancarle el juicio pedazo a pedazo, convirtiendo su mente en un pantano traicionero. Sin embargo, gracias a su instinto de supervivencia, logró encontrar la determinación necesaria para resistir y no sucumbir a los picotazos. Era difícil sostener el equilibrio psíquico en medio de tanta convicción.

Se preguntaba qué dinámicas hacían que tantas personas cayesen en la trampa de la secta. ¿Cuántos habrán sido engañados, como Elia, seducidos por las promesas de la orden en los puntos oscuros de sus vidas, y habrían quedado atrapados en la red? ¿Cuántos otros habrían sido inculcados desde pequeños, moldeados por dogmas que nunca cuestionaron, sin conocer siquiera el pensamiento crítico, creyendo que obedecer era la única opción para ser normal y no desencajar?

Rechazó la pléyade de mentiras repetidas una y otra vez por los Etxegarai y sus secuaces, como larvas que incubaban para quebrantar la cordura. Giannina se defendió. Encarnaba a una mujer de ciencia; se aferraba a los hechos y a lo irrefutable como si fueran su tabla de salvación. Ni siquiera el enigma inexplicable del embarazo, que los sectarios aseguraban haber «resuelto», logró quebrar su sistema de valores. La razón no solo fue un escudo: también fue el último bastión de humanidad y lógica, una chispa que se negó a extinguirse en medio del dogma.

A medida que suavizó la actitud y fingió descartar las intenciones de huir, empezaron a hacerle pequeñas concesiones. La jaula de hormigón en la que la habían encerrado se ensanchó cuando la dejaron franquear los muros de la habitación.

Vagó por los terrenos de la finca, aprovechó estos privilegios con cautela y observó el horizonte del mar que se extendía ante ella. La vista despertó ecos lejanos de sus vivencias pasadas, recuerdos de cuando había contemplado ese mismo vasto océano desde las estrellas. Nuria la acompañó en muchos de los paseos por los jardines del santuario, aprovechando toda ocasión para adoctrinarla.

—Cada uno de nosotros tiene un propósito —le dijo un día—. El Todopoderoso tiene un plan para cada oveja de su rebaño, y el nuestro es crucial. A pesar de todo lo que el Creador nos brindó en el pasado, incluido el sacrificio de su hijo Jesucristo, caemos reiteradamente en el pecado. La humanidad necesita que la redimamos y la purifiquemos de nuevo. Y tú eres la clave para ello.

—No entiendo que tanta gente os siga y os apoye.

—La inclinación inherente de las personas a creer en algo es insaciable. Nosotros alentamos a los seguidores a que encuentren el camino en una causa llena de significado y de promesas que nutran un entusiasmo espiritual. Proporcionamos rituales sinceros y les pedimos sacrificios, pues son el único medio para que alcancen el Paraíso, se liberen de sus pecados y calmen sus inquietudes vitales. Cuando las confesiones tradicionales no abordan los desafíos de la sociedad moderna, ofrecemos un sistema de creencias renovado que brinda un propósito superior, una visión clara para el futuro y un gran plan.

—¿Cuál es vuestro gran plan? —preguntó Giannina.

—La Iglesia católica ha estado en decadencia durante décadas. El papa actual cree que la modernización es el sendero correcto, por lo que resquebraja las líneas fundamentales marcadas por Dios y las Santas Escrituras. Las graves desviaciones doctrinales y morales que el sumo pontífice promueve a modo de ideas innovadoras, empezando por la normalización de la homosexualidad, el aborto o el sacerdocio de las mujeres, amenazan la integridad y pureza de nuestra fe. En lugar de ser el vicario de Cristo en la Tierra, se ha convertido en un instrumento de herejía. Diluye nuestros dogmas y confunde a los fieles, cuando debería marcarles un itinerario claro en consonancia con la verdadera fe. Sus decisiones han quebrantado la

tradición apostólica, profanando el nombre de Dios y desafiando su Santa Voluntad.

—¿Qué haréis al respecto?

—No nos quedaremos de brazos cruzados. Asumiremos las riendas del catolicismo y refundaremos la institución con normas renovadas. Nos aseguraremos de que esté liderada por devotos comprometidos con Jehová. Fieles a la altura de las exigencias del momento histórico que nos toca vivir —respondió Nuria—. Los feligreses saben que tú y tu hijo sois nuestra salvación. Debemos dedicar todos los recursos y medios de la Iglesia para cumplir el Plan Divino.

—¿A qué te refieres?

—El Vaticano, su poder y todas las riquezas que ha atesorado a lo largo de los siglos han sido reunidos para ejercer la sagrada autoridad y cumplir con la voluntad divina. Ahora que tú y el Mesías de tu vientre os encontráis entre nosotros, debemos asegurarnos de que todos esos medios os ayuden a cumplir vuestro destino: la salvación de la humanidad.

—¿Así que pretendéis utilizarme para tomar el control de la Iglesia?

Nuria no emitió respuesta alguna, solo le sostuvo una mirada siniestra que le provocó un escalofrío a Giannina en la espina dorsal. Enfrentarse a la malévola figura de la secuestradora y a las descabelladas ambiciones de la secta intensificó el deseo de escapar.

Aun así, continuó fingiendo sumisión. Se dio cuenta de que aparentar que sucumbía al adoctrinamiento era la mejor estrategia para desenvolverse por el laberinto sectario. Ninguno de los que la mantenían cautiva consideraba imposible su conversión al credo, algo que repetían incansablemente en rezos. Subestimaban el tiempo necesario para tal metamorfosis. La simulada subordinación dio frutos y le otorgó acceso a otras áreas del complejo. De hecho, de manera sorprendente, también consiguió dispositivos electrónicos sin conexión a internet.

El primero fue un lector digital que, además de novelas, también le proporcionó revistas que Elia actualizaba de forma regular. Se convirtió en la única ventana al mundo exterior, pese a que los

captos se aseguraron de que no apareciese ninguna noticia que mencionara a la famosa astronauta desaparecida. Le pareció irónico haber estado más informada sobre la actualidad orbitando el espacio que estando en la superficie.

Con el trascurso de los días, le ofrecieron una tableta que contenía música, películas, series y material informativo sobre embarazos, partos y el cuidado de los bebés. Cada día manipulaba los dispositivos e intentaba acceder a las redes wifi que encontraba, pero nunca contactó con el exterior.

Si hubiera profundizado en estudios informáticos y se hubiera convertido en una hábil *hacker*, habría sorteado las restricciones y habría enviado un mensaje a sus familiares. Por desgracia, los miembros del Reinicio censuraron todo tipo de libros y artículos que pudiesen ayudarla a adquirir los conocimientos de tecnologías de la información necesarios para conectarse con la red y pedir ayuda.

Poco a poco comprendió que el principal valor que extraería del material literario y audiovisual residía en estrategias con las que salvaguardar la cordura. En un archivo de la *tablet* encontró una colección de libros, que quizá habían pertenecido a un antiguo propietario del dispositivo. Leyó sobre cautivos ficticios y reales, aprendió técnicas con las que sobrellevó el sufrimiento del confinamiento y mantuvo el enfoque.

El primer libro que la marcó fue *¿Quién se ha llevado mi queso?*, de Spencer Johnson. En él encontró lecciones con las que asimiló pequeños cambios con rapidez, lo que la ayudó a adaptarse a las grandes transformaciones a las que era sometida. Aceptó así la máxima de que nada era constante, y que lo importante residía en la mentalidad que adoptaba frente a los cambios. No era cuestión de cuán drástico fuera el cambio, sino de cuán bien ella se adaptaba a él.

Desde que tomó conciencia del embarazo, no había dejado de preguntarse por qué le había tocado a ella sufrir ese trauma, por qué no le había ocurrido lo mismo a alguna de las compañeras. Tampoco entendía la razón por la cual había sido una secta —y no el Gobierno— quien la había llevado a tierra firme.

En el ensayo, aprendió la historia de dos pequeños ratones con una mentalidad flexible, en contraste con los humanos liliputienses, que solo se quejaban de su mala suerte sin hacer nada para cambiarla. La moraleja fue clara: no solo debía aceptar los cambios inevitables. Tenía que enfrentarlos de manera instintiva, igual que lo hicieron los ratones. Aprender a adaptarse en lugar de lamentarse, por muy drásticas que fuesen las transformaciones.

Enfrentar los cambios indeseados no bastó para que mantuviese la cordura durante el cautiverio. Otro libro la ayudó a comprender el trasfondo de la existencia enmarcada por las dificultades que enfrentaba: *El hombre en busca de sentido*, de Viktor Frankl. En él, el autor describía su experiencia como prisionero de campos de concentración nazis. Él, a la vez neurólogo, psiquiatra y filósofo, descubrió el sentido de la vida a través del sufrimiento y la capacidad humana de trascender las dificultades y de encontrar la verdad incluso en los momentos más duros.

Con este libro, Giannina dio con un propósito para seguir adelante frente a la adversidad. Aprendió que «a una persona se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas, elegir su actitud ante cualquier circunstancia». Comprendió también que la búsqueda de sentido es la fuerza principal que impulsa al ser humano; que no se trata de evitar el sufrimiento, sino de encontrarle una finalidad a la existencia. Decidió que no escaparía únicamente de la prisión en la isla, sino que construiría un futuro junto a las personas que quería e incluso con aquellas que aún no conocía, entre ellas su propio hijo.

El embarazo, que hasta entonces había sido la causa de su desgracia, una manifestación inexplicable de su trauma, comenzó a cambiar de significado en su mente. Ya no lo percibía solo como una prueba de la locura de su situación, sino también como la promesa de una vida nueva, un futuro que dependía de ella.

Memorizó una frase que había leído en el libro, originalmente de Nietzsche: «Quien tiene un porqué para vivir, puede soportar casi cualquier cómo». Y eligió a ese hijo, aún no nacido, como su porqué. Tener una razón para vivir —una persona, una meta, una vocación— podría sostenerla incluso en los peores momentos.

Así Giannina cambió la forma en que percibía la imagen del bebé, dejando de verla como un peso insoportable para convertirla en el mayor aliciente para resistir. En medio de aquella oscuridad, el pequeño ser que crecía dentro de ella se volvió una chispa de vida y de sentido, un motivo para no rendirse, para luchar contra las cadenas invisibles y recuperar su libertad.

Gracias a otro ensayo de autoayuda y motivación, *El Secreto*, de Rhonda Byrne, Giannina desarrolló una actitud positiva y resolutiva, aquella que Yelena le había sugerido que tomase, pero que hasta ese momento tanto le había costado asimilar. Comenzó a cuestionar no solo las creencias ciegas de los seguidores del Reinicio, sino también sus propios miedos. Cimentó la posibilidad de no solo sobrevivir, sino también de aceptar su estado como un faro que iluminase el camino hacia su liberación. Por medio de lo que denominaba la ley de la atracción, fue capaz de focalizarse en sus objetivos de forma positiva y centró los pensamientos en aquello que más deseaba. Desde entonces, utilizó sus emociones como guía, se comprendió mejor a sí misma y se centró en encontrar una salida a las difíciles circunstancias que la oprimían, con el objetivo de alcanzar sus metas personales.

Una mentalidad de crecimiento, que evitase que las tinieblas de la desgracia la engullesen, no sería suficiente. Por eso, se sumergió en la vasta biblioteca que le proporcionaron y leyó varios relatos sobre escapistas y prófugos de grandes cárceles: *Papillon*, de Henri Charrière, *Rita Hayworth y la redención de Shawshank*, de Stephen King, y *iGo-Boy! Memorias de un hombre entre rejas*, de Roger Caron. Estos relatos le sirvieron de inspiración para idear su propio plan de fuga.

CAPÍTULO VENTIUNO

SI NO HUBIESE sido por el pequeño detalle del secuestro y la compañía que le habían impuesto, otras personas pagarían un precio elevado por aquel alojamiento. Disfrutarían de unas vacaciones en el lujoso complejo de la isla paradisíaca. La piscina desbordante de la villa ofrecía vistas impresionantes de los acantilados adornados con aves pescadoras. Cualquiera se deleitaría escuchando durante horas el sonido de las olas, sumergido en la piscina, sin anhelar la libertad que poseían las criaturas que surcaban los cielos y la de aquellas escondidas bajo las aguas cristalinas.

Decidió que descendería de noche por el acantilado que rodeaba el santuario y alcanzaría uno de los veleros que había amarrados en el muelle privado de la mansión. Por eso estudió en detalle los archivos que probablemente les habían pasado desapercibido a sus captores. Contenían manuales de escalada, de navegación, del uso de la radio de los navíos y de supervivencia en alta mar. Además, analizó mapas detallados del archipiélago español en el que la recluían.

Un golpe de suerte, o quizá de la providencia, que aprovechó al máximo. También devoró textos sobre travesías marinas a nado por si en alguna ocasión se veía privada de la embarcación y necesitaba una alternativa. Visualizó cada paso de su plan de escape por mar, que incluía pasar por la isla vecina situada al oeste y solicitar ayuda a las autoridades. Mantenía la cordura gracias a su nueva ambición: huiría para recuperar su libertad y proteger a ese pequeño ser que crecía en su interior. No permitiría que los fanáticos definiesen ni su destino ni el de su hijo.

Tras semanas demostrando una sumisión ejemplar y argumentando los beneficios del deporte para el bienestar propio y

el del bebé, logró incorporar a su rutina sesiones de natación en la exuberante piscina tallada en la roca del acantilado, justo en el límite del suntuoso condominio. Con ello puso en práctica técnicas detalladas en los libros, con las que mejoró la resistencia en mar abierto. Aunque el tiempo representaba un problema: a medida que avanzaba el embarazo, disponía de menos energía y, por ende, las posibilidades de éxito disminuían.

Entre la misión en el espacio, la reclusión en el santuario y el embarazo se encontró distante de su mejor forma física. Ya no quería romper récords de velocidad; lo importante era escapar. Los casi cuatrocientos mil litros de espacio habitable en la Estación Espacial Internacional fueron una bendición en contraste con la sensación de claustrofobia que experimentaba Giannina en la villa, a pesar de las vistas del inmenso océano que se extendían hasta el horizonte. Los muros de la propiedad no eran los que más la agobiaban, sino el abismo al que las infames intenciones de la secta la querían arrastrar.

Luchó constantemente contra la desesperanza. En algunas situaciones, la idea de alcanzar la libertad algún día parecía desvanecerse por completo. La urgencia por huir aumentó hasta niveles estratosféricos. Fue entonces cuando Nuria la impulsó a caminar y también la alentó a trabajar con una entrenadora. Las náuseas se habían disipado poco después del retorno a la Tierra, y el segundo trimestre transcurrió sin grandes molestias. Aunque su cuerpo le suplicaba descansar durante horas, redujo al mínimo el tiempo que pasaba en la cama. Si dormía, no ideaba ni ejecutaba el proyecto de fuga.

En ocasiones, Nuria y Jacobo la invitaban a misas celebradas frente a la multitud de peregrinos que acudían a la mansión para conocer a la portadora de Cristo Redentor. Incluso la convocaron a cónclaves con los círculos exclusivos del Reinicio, donde se discutían las confabulaciones de la secta. Sabía que la consideraban un símbolo, una fuente inacabable de moral y fe con la que los líderes manipulaban por igual a sus acólitos y a sus oponentes. Había escuchado en varias ocasiones la premisa «Quien controle a la nueva Virgen y al fruto de su vientre dominará el resurgente catolicismo.

—¡Dios nos salve! Actuemos ya, sin demora. Tenemos que tomar medidas... —sugirió uno de los miembros que siempre participaba en las sesiones.

—Por supuesto que tomamos medidas, querido Pablo. Estamos culminando los preparativos —respondió Jacobo.

—Me refiero a algo drástico. Nos acompaña la mismísima reencarnación de la Inmaculada, y sigue confinada en esta isla —replicó Pablo.

—Es por seguridad.

—Es la Virgen Bendita. Debería tener acceso a todos los recursos de la Iglesia católica hoy mismo. Los fieles de todo el mundo han contribuido a su financiación durante generaciones, y justo ahora, en el evento de mayor trascendencia que el catolicismo ha experimentado en milenios, el clero no asume el rol que le corresponde. ¡No asegura la redención de la humanidad con este maravilloso don que Dios nos ha concedido de nuevo! —exclamó Pablo, y señaló con dramatismo la incipiente barriga de Giannina a sus catorce semanas de embarazo.

—Comprendo tus sentimientos, amigo mío —intentó calmarlo Jacobo—. Recuerda que tenemos una agenda. Cada elemento de nuestra estrategia es imprescindible para que logremos nuestros objetivos. No podemos dejar ningún detalle al azar.

—Podríamos estar en el Vaticano mañana mismo, reclamando lo que nos corresponde, como nuevos apóstoles que acompañan a María, Madre del Señor, y al hijo de ambos, Jesucristo, en la gran misión —prometió Pablo.

—Sabes que los cardenales no lo ven de esa manera —rebató Jacobo—. No nos van a recibir con las puertas abiertas para darnos el control de la Santa Sede. No contamos con suficientes cardenales de nuestro lado. La mayoría son un grupo de vejestorios que se sienten abrumados por la situación actual. No están a la altura de las circunstancias que nos han tocado vivir. Se obsesionan con mantener el *statu quo* y no con seguir el camino que el Señor demanda.

—Precisamente por eso debemos actuar sin dilación. ¿De qué sirve un papa sobre la tumba de San Pedro si no trabaja para cumplir los designios del Altísimo?

—Eso cambiará —intervino Nuria al ver que Jacobo no apaciguaba al insurgente—. Nuestra campaña de *marketing* digital ya está dando resultados. El número de visitas a nuestra web, de nuevos miembros y de donaciones ha aumentado exponencialmente.

—Con solo algunas imágenes de nuestra bienaventurada, acompañadas de las palabras adecuadas, hemos logrado persuadir a multitudes de nuestra visión. Ahora bien, sin respaldos suficientes, estaremos condenados al fracaso. Es fundamental que haya bastante gente que nos apoye. Son los únicos que pondrán a nuestra Santísima María y al bendito Hijo en el epicentro de la cristiandad.

Giannina no se acostumbraba a la forma en que se referían a ella. Hablaban de una persona extraña que jamás había conocido. Por mucho que participara en encuentros donde discutían premisas que ella consideraba fruto de una enajenación mental, había aprendido a no estallar ni rebatir sus locuras.

—No desesperes, querido amigo. Recuerda que la Biblia elogia la paciencia; es parte del fruto del Espíritu Santo que se desarrolla en nosotros cuando seguimos a Cristo —dijo Jacobo.

—Gracias por el sermón —replicó Pablo.

—Hemos debatido esto en repetidas ocasiones. Solo el poder de las masas derrocará al alto clérigo. Nuestra bendita *madonna* es la llave para controlarlo. La semilla de Dios germinará hasta que encienda el alma de los creyentes. Con ellos aseguraremos que la comunidad católica y sus activos sean destinados a la única causa que nos une a los aquí presentes —expuso Nuria.

—Si vamos mañana al Vaticano y exigimos las llaves, acabaremos entre rejas. Mientras que, si continuamos con nuestra hoja de ruta y movilizamos a las multitudes, ni la Guardia Suiza ni los *Carabinieri*, ni las fuerzas armadas italianas podrán impedir que cumplamos nuestra misión —dijo Jacobo.

—Es imperativo que ganemos el favor de la opinión pública. Ya sabemos que la ingeniería social demanda tiempo. Estoy contigo en que tenemos ante nosotros una ardua tarea. Aun así, lograremos que la institución eclesiástica adopte filosofías democráticas. Que los dogmas recojan las inquietudes, los deseos y las verdaderas

necesidades de los fieles, en lugar de imponer lo que unos cuantos falsos profetas con alma de déspotas dictan como verdad —explicó Nuria.

—Por eso es crucial que sigamos el plan. Una vez hayamos canalizado la fe de un número suficiente de personas, utilizaremos la plataforma de voto electrónico iVot. Con ese *software* llevaremos a cabo elecciones por todo el planeta. Someteremos a votación democrática cuál debe ser la posición de la Santa Sede: respaldar a la Virgen en esta Segunda Visitación que la gracia del Altísimo nos ha otorgado para liberarnos de los pecados que nos asolan, o mantenerse ciegos e impasibles ante la realidad —señaló Jacobo.

—Con la ayuda de nuestra Reina de los Cielos, ganaremos ese referendo con contundencia —aseguró Nuria, saboreando la victoria que tanto anhelaba—, y nadie negará que el deseo de los devotos es que el Vaticano cumpla la función que le toca: que proteja y allane el camino de nuestro Salvador.

—En el instante en que convenzamos a esa masa crítica sobre la legitimidad de nuestro enfoque, todos los medios de la Iglesia se dedicarán a un único fin: proteger a la Madre Inmaculada y a nuestro Redentor —explicó Jacobo con tal éxtasis que la saliva era disparada contra el público a cañonazos—. De esa forma nos aseguraremos de que Satanás no pueda interferir en la tan necesaria salvación del mundo. En ese momento cumpliremos con nuestro deber y ejerceremos legítimamente la fuerza. Entonces sí arrebataremos a esos clérigos carentes de visión el control del Estado Vaticano y todo lo que este representa.

—Solo así lograremos que el Reinicio encabece al cristianismo para guiarlo durante el próximo Advenimiento del Mesías —dijo Nuria—. Solo así vivirá la vida que ninguno de nosotros tendrá, experimentará la muerte que ningún ser humano padecerá, y resucitará de entre los muertos como nadie lo hará. Solo así vencerá el pecado y nos salvará a todos.

CAPÍTULO VENTIDÓS

CADA PASO POR el recinto de la finca, cada mirada hacia las aguas saladas que la envolvían, le susurraba «Huye». La lucha por mantenerse fiel a sí misma y evitar la locura estaba en su punto más intenso. Avanzaba por un sendero agobiante, entre los ecos de sermones distorsionados por el misticismo y las sombras de los secretos del Reinicio. Sus pasos reflejaban su resistencia, recordándole que, incluso en medio de la incertidumbre, la verdad y la razón serían los faros que guiarían su destino.

La mayoría de los acólitos del Reinicio le hacían reverencias cuando se cruzaban con ella en las dependencias del santuario.

—¡La madre del Redentor! —exclamaban.

—¡Ave María!

Algunos le cogían la mano, otros le agarraban la ropa, la tironeaban como si atravesase un bosque de zarzas. Incluso hubo quien se postró a sus pies exclamando: «¡María, Madre de Dios!».

Giannina reprimía las ganas de llamarlos locos y huir, y al mismo tiempo cada roce sobre su vientre le recordaba que no solo estaba peleando por ella, sino también por el niño que tomaba forma en su interior.

En una ocasión, regresaba de uno de sus paseos cuando se encontró con una aglomeración de peregrinos. Los murmullos y susurros de emoción llenaron el aire, creando un coro de devoción. La inquietó el frenesí reflejado en los ojos de los presentes, que aumentaron en número mientras recitaban rezos frenéticos, hasta que una plegaria se alzó por encima del tumulto, cuando uno de ellos alzó la voz con un fervor casi profético.

—¡Tengo que tocar a la Virgen Santísima!

El grito animó a la multitud y propagó en ella la necesidad imperiosa de tocarla, colocándola en el centro de un huracán de adoración desenfrenada. El murmullo creció hasta convertirse en un zumbido, y el enjambre de peregrinos, movido por un fervor irracional, comenzó a estrechar el círculo a su alrededor. Se inclinaban en señal de reverencia, pero sus cuerpos, dominados por la exaltación, se deslizaban hacia ella con una energía incontrolable. Sus labios recitaban oraciones mientras sus ojos se fijaban en su barriga con una intensidad casi salvaje. Y entonces algunos, apresurados por el temor de perder la única oportunidad de ver y tocar a la portadora del Salvador, se abrieron paso a codazos y, con manos temblorosas de emoción, rozaron el contorno de su vientre.

El contacto de los dedos ajenos le provocó un escalofrío. Una mezcla de horror y rabia la recorrió de arriba a abajo. No era solo su cuerpo el que invadían, sino también al hijo que llevaba dentro. Solo ella lo veía como una persona a la que daba forma y cuidaría; para el resto, era un ídolo, la manifestación corpórea de su Dios.

—¡Quitadme las manos de encima! ¡Dejadme pasar! —gritó Giannina.

Intentó apartarlos, reclamó espacio y dignidad. Sin embargo, la masa de devotos era una marea incontenible que se abalanzó sobre ella. En ese instante, el deseo de huir de la ola de adoración alcanzó el clímax.

—Ni él ni yo somos objetos. Ni del Reinicio ni de nadie más. No voy a compartirlo con vosotros. No os pertenecemos.

Las palabras resonaron por los jardines del santuario y provocaron un murmullo de consternación y desconcierto en los peregrinos. Buscó desesperada una vía de escape. Pero la marabunta de fieles era incansable y sus intentos por apartarlos resultaron en vano. Las extremidades no cedieron ante la fuerza de la angustia. Los ojos atónitos se posaron en ella, desconcertados por la reacción de una bestia que esperaban que fuese mansa.

—¡Dios te salve! ¡Tranquila, niña! ¡No le harán ningún daño! ¡Solo quieren admirarla, a usted y a su hijo! —dijo Elia con voz dulce—. Han peregrinado desde muy lejos para estar cerca del Hijo de Dios.

—¡Pensaba que todos éramos hijos de Dios...! —exclamó Giannina y forcejeó para abrirse paso entre el tumulto.

Los presentes, llenos de fervor, siguieron forcejeando, intentando acercarse y tocar a la Santa María, que en poco tiempo quedó aislada de Elia. Empujó con más fuerza a los feligreses que la rodeaban, pero solo obtuvo más resistencia. La náusea la invadió al pensar en lo que estaba a punto de hacer, en la mentira que pronunciaría. No había otra opción. Su mente científica se rebelaba, pero su instinto de supervivencia era más fuerte. Era un papel, una farsa, la única puerta de salida. Así que aprovechó el rol que todos esperaban que ejerciese y gritó.

—¡Queridos hermanos, soy la Virgen María, sin pecado concebida, y llevo en mi vientre el Fruto de Dios, nuestro Señor! ¡Abrid paso para que no le ocasionéis ningún mal ni pongáis en peligro la salvación de la humanidad!

Se sorprendió conforme los fieles le obedecieron porque había usado las ideas que en reiteradas ocasiones habían predicado Nuria y Jacobo. Convertidos en insectos temerosos, crearon una vía por la que avanzó, que cerraron acto seguido, igual que ocurre con una ambulancia en un atasco. Impidieron así que Elia la alcanzase. Giannina consiguió salir de la multitud y corrió hasta la piscina donde entrenaba.

Se descolgó hasta encontrarse frente al precipicio que la separaba de los veleros del puerto. Miró una vez más hacia la mansión que hacía de cárcel y, a falta de otra ruta de escape, arriesgó la vida y descendió por el acantilado.

Posicionó el cuerpo siguiendo las lecciones que había estudiado. Usó los pies de forma eficiente y mantuvo el peso sobre ellos en vez de sobre las manos, igual que si estuviese de pie, para evitar cansarse en exceso. Avanzó poco a poco, sin mirar hacia abajo. Puso al límite la fortaleza mental y controló el estrés en los momentos más tensos, en los que trozos de roca se desprendieron ante ella. Aunque no tenía todo el tiempo del mundo, Elia no tardaría mucho en liberarse de la muchedumbre y descubrir dónde estaba.

Durante semanas escuchó que la secta consideraba la misteriosa concepción un milagro. En cambio, lo que verdaderamente le pareció

extraordinario fue descender aquella ladera tan empinada sin precipitarse al vacío, a pesar del deterioro de su forma física por la reclusión y el embarazo. La alegría alcanzó el punto máximo en el instante en que, finalmente, pisó la arena de la playa que conducía al embarcadero, acompañada de un pequeño latido que le recordaba que no estaba sola en esa huida. Contempló un instante la vía vertical que había recorrido desde la piscina y acto seguido se centró en el siguiente paso del plan.

Corrió hacia el barco que estaba más cerca, un Mistral Gregal 23. Soltó todas las amarras y, con un par de patadas, accedió a la bodega, donde encontró un cabestrante con el que desplegó la vela mayor. El viento la hinchó y ella empujó con todas sus fuerzas el pantalán hasta que la embarcación empezó a avanzar. Puso el velero en marcha, dando varios golpes a los lujosos barcos amarrados alrededor, hasta que salió de la bahía en la que se encontraba el muelle. Giraba el timón con cada colisión, sin tener noción de cuánto debía moverlo para dirigir el navío en la dirección que quería, como si cada golpe fuera una respuesta improvisada al caos que provocaba.

Gracias a lo aprendido, desplegó el foque y cogió más velocidad buscando el ángulo óptimo con respecto al viento para navegar en el punto de ceñida y, a la vez, dirigirse hacia el oeste, hacia la isla más cercana. La imagen del mar abierto, solo limitada por el horizonte, prometía todo lo que ansiaba: la libertad que el Reinicio le había arrebatado.

El yate era un pasaje hacia una vida sin grilletes. El viento aulló y produjo el único sonido que la acompañó, hasta el momento en el que un zumbido la devolvió al máximo estado de alarma. Viró y se orientó en la dirección que le marcaba el sol y entonces los vio: dos embarcaciones neumáticas que se aproximaban en línea recta hacia ella y amenazaban con poner fin a la huida.

Miembros de la secta, vestidos con túnicas oscuras, se aproximaron al velero que transportaba las esperanzas de Giannina. Una de las lanchas estaba liderada por Jacobo, quien, con ímpetu, se levantó en la proa y alzó la mano en señal de detención mientras gritaba algo que ella no alcanzó a escuchar.

Intentó dar esquinazo a sus persistentes depredadores. La segunda lancha, capitaneada por Pablo, se acercó por estribor y lanzó ganchos atados a sogas, uno de los cuales rasgó la vela mayor y provocó que se desinflara. Desesperada, luchó por liberarse de las cuerdas. Cada intento fue frustrado por la destreza y determinación de los sectarios. En el forcejeo, un gancho le desgarró un muslo e hizo brotar la sangre, que se derramó sobre la blanca cubierta del navío. La lancha de Jacobo maniobró y creó olas tumultuosas, zarandeó el barco y dificultó el avance. Al mismo tiempo, los tripulantes del otro navío tiraron de las sogas que habían enganchado al suyo para frenarlo y acercarse a él.

La risa siniestra de Pablo resonó en el aire a modo de cacofonía que desafiaba la audacia de Giannina. Mostró el placer que sentía al disfrutar de un episodio de acción del que había sido privado por la prudencia de los otros líderes. Las olas aumentaron y el velero, atrapado entre las cuerdas y las aguas agitadas, perdió poco a poco empuje hasta casi detenerse. Pablo aprovechó la ocasión y dio el golpe de gracia: saltó a la embarcación y agarró con fuerza a la presa malherida como símbolo de victoria.

CAPÍTULO VENTITRÉS

ELIA MIRÓ A Giannina con expresión severa.

—¿En qué estaba pensando? —dijo—. ¿No se da cuenta de lo insensatas que han sido sus acciones? Ha puesto en peligro nuestra Salvación. Ha puesto en peligro la vida del Niño Redentor.

—No lo puedo soportar más. Tengo que encontrar una salida.

—¡No sea ingenua! Es hora de que deje atrás su comportamiento temerario e irresponsable. Pero no se preocupe, yo me encargaré de que no repita algo así. Ahora tengo que quitarle el libro electrónico y la tableta, y ya no podrá volver a la piscina. ¿Satisfecha?

—Deja que me vaya. ¿Cómo puedes retenerme contra mi voluntad? Me habéis secuestrado.

Elia esbozó una sonrisa fría.

—No lo entiende, querida niña. Pero lo hará. Sé que algún día abrirá los ojos a la verdad. El Reinicio es su camino, el único que le llevará a la gloria. Dios se lo ha asignado.

—Jamás aceptaré ese camino.

—Lo hará. No soy la única que cree en ello. Los señores Etxegarai también tienen fe en usted. Todos en el Reinicio estamos convencidos de que tarde o temprano verá la luz. No pierda la esperanza.

—Sois criminales. Acabaréis entre rejas.

—A veces cuesta entender lo que hace el Señor. Somos humanos y hay cosas que simplemente se nos escapan. Puede parecer que va en contra de las reglas que conocemos, pero lo que de verdad importa es seguir su ley. Él tiene un plan, aunque no lo podemos comprender en su conjunto. Lo que buscamos es la salvación de todos, y esa es la justicia real, la que vale. No hay vuelta atrás. No

hay escapatoria. Estamos aquí por Él y para Él. Somos parte de su propósito.

Como Elia le había dicho, ella no era la única persona que tenía fe en que Giannina despertaría a la realidad y aceptaría el rol que el Todopoderoso le había otorgado. Jacobo y Nuria también creían con fervor que la reclusa cedería. No dejaban escapar la ocasión de pasar tiempo con la Madre del Salvador, aunque todavía no se hubiese convertido a su fe. Borraban así los límites entre lo divino y lo terrenal en sus planes maquiavélicos.

Jacobo adoptaba un enfoque público. Las visitas, siempre meticulosamente orquestadas, se realizaban junto a figuras prominentes del Reinicio: cardenales influyentes, líderes internacionales y titanes empresariales cuyos nombres resonaban en los pasillos del poder. Para él, bastaba con que Giannina apareciera en escena cada vez que necesitaba exhibirla. No era más que una vasija, la incubadora del milagroso bebé con el que pretendía consolidar su posición en la batalla por el dominio de la Iglesia.

Ante su selecta audiencia, Jacobo desplegó su arte de la manipulación. La presentó como el trofeo más sagrado del credo, evidenciando con fervor el control que ejercía sobre la enigmática Portadora de Dios. Con ello, afianzó la autoridad que tanto había cultivado dentro del movimiento.

Antes de cada aparición, Giannina era meticulosamente preparada; su rostro maquillado para ocultar la palidez, su cabello peinado para desviar la atención de su reclusión forzada y su cuerpo ataviado con ropajes amplios que disimulaban cualquier signo de maltrato. La observaban día y noche. Apenas la dejaban a solas en el baño. Querían convertirla en un animal dócil, pero su mente, por pura fuerza de voluntad, lograba mantener una expresión serena, casi etérea, que sus captores interpretaban como misticismo y los visitantes como gracia divina. Las interacciones eran siempre breves, coreografiadas, evitando cualquier oportunidad para un contacto prolongado o una pregunta incisiva.

En ocasiones, las altas esferas del grupo no llegaban solas; venían acompañadas de parejas y familiares. Algunos de los asistentes parecían movidos por la curiosidad, mientras que otros lo

hacían impulsados por una necesidad apremiante. Giannina se preguntaba si todos eran conscientes de que estaban colaborando con delincuentes que la mantenían cautiva contra su voluntad. Parecían ciegos a esa realidad, obnubilados por la fe. Con una devoción inquebrantable, anhelaban la cercanía, las palabras o incluso el roce con la Madre del Cristo, aquella que gestaba al mismo Dios que la había creado a ella.

El seguimiento constante evitaba que Giannina se revelase como una fiera enjaulada. No era capaz de reaccionar con la fuerza y determinación que su instinto le dictaba para encarar a los visitantes. Quería recriminarles sus actos, la connivencia con sus secuestradores, su egoísmo por estar dispuestos a abusar de una inocente solo para satisfacer sus necesidades espirituales y encontrar en ella las respuestas que buscaban. Ella representaba un puente entre el mundo material y el celestial, una puerta hacia la misma Gracia que se decía que fluía a través de ella, y todos actuaban dispuestos a pisotearla a ella y sus derechos con tal de llegar a su destino.

Por otro lado, Nuria buscaba con ahínco momentos íntimos con Giannina durante los paseos por las lujosas instalaciones del complejo. Quería conectar con la rehén, ansiosa por doblegarle la voluntad para convertirla en una marioneta de la fe. Transformarla en otra acólita más que cumpliese sus órdenes, subyugada por el carisma.

—¿Tomaréis el Vaticano por la fuerza? —comentó Giannina al finalizar la misa con la que agradecieron que el intento de fuga hubiera concluido sin tragedias mayores, aparte de la laceración en la pierna. La voz era suave, como un susurro ahogado, y se quebraba a intervalos, entrecortada por los efectos del cautiverio. Cada palabra requería un esfuerzo enorme, como si sus labios tuvieran que luchar contra una niebla que enturbiaba su mente.

—Solo si no hay una transición ordenada —corrigió Nuria.

—Pero el papa no va a apoyaros.

—Nuestra fe nos orienta. Sabemos que debemos ayudaros a ti y a tu hijo a cumplir vuestra misión. Si el papa y los cardenales no están dispuestos a honrar el mandato como vicarios de Cristo, es

nuestro deber privarlos de toda responsabilidad, derrocarlos y llevar a cabo la voluntad del Señor.

—¿Empuñaréis las armas, lucharéis y mataréis por ello?

—Es posible que sea necesaria una guerra santa —respondió Nuria.

—Entonces, morirá gente, ¿eso no te preocupa? —se exaltó Giannina.

—La existencia en este mundo es solo un tránsito en nuestro viaje hacia la eternidad. No olvidemos, sin embargo, que nuestra verdadera vida no culmina aquí. El Altísimo nos ha prometido un destino eterno en el paraíso junto a él, un lugar donde el sufrimiento y el dolor carnal serán solo recuerdos lejanos. Nuestra misión en esta vida es prepararnos para ese encuentro sublime, viviendo con amor, fe y obediencia. Lo que de verdad importa no es lo que dejamos atrás, sino lo que cosechamos para la vida eterna que nos aguarda. Lo esencial es vivir conforme a los mandamientos divinos, para que, al final de nuestros días, seamos recibidos en los brazos del Creador, en la luz y la paz del Juicio Final.

Giannina no podía permitir que la gente muriese a manos de los que consideraba fanáticos terroristas, pero era incapaz de avisar a nadie de lo que sabía. La impotencia era un nudo en su garganta, una prisión invisible tan sólida como los muros de la villa. Tenía la información, la verdad más aterradora, pero estaba atrapada en un silencio impuesto.

Todos los que la rodeaban eran cómplices del macabro complot y cada intento de comunicación se desvanecía ante la vigilancia constante y la ausencia de medios. La astronauta, acostumbrada a resolver problemas complejos y a tener el control de su entorno, se sentía como un insecto atrapado en una red, consciente de la catástrofe que se avecinaba, pero sin poder mover un solo hilo para detenerla.

Estaba incomunicada y no podía pedir ayuda para que la rescatasen. Aunque deseaba acceder a un dispositivo conectado, siempre estaba muy controlada y ni con la tableta ni con el libro electrónico había conseguido conectarse a ninguna de las redes disponibles.

El tiempo no mostró compasión y una mañana escuchó los gritos de alegría que resonaban en el interior de la mansión. Salió de la habitación y Elia la esperaba igual que siempre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Giannina.

—¡Hemos ganado la votación! —anunció Elia, exultante, dándole un abrazo.

—¿Sobre la Iglesia?

—Así es. La gran mayoría de los fieles ha respaldado de manera unánime el deseo de que la Santa Sede te canonicé, confiando en que se facilite con ello el tan esperado Segundo Advenimiento de Jesucristo Redentor.

—Y ahora, ¿qué pasará?

—Si el papa y los cardenales ignoran la voluntad del pueblo, tendremos que asegurarnos de que reciba el tratamiento que se merece. De que se cumplan los designios de Jehová.

—¿Una guerra contra el Vaticano?

Elia asintió. La mirada inocente que vestía habitualmente mudó a un rostro implacable al reprimir una sonrisa, para que no fuese tan obvia la alegría que le provocaba la batalla inminente.

—¿Cómo siendo católicos podéis preferir la guerra y el sacrificio humano que implica, en lugar de la paz y el diálogo?

No recibió respuesta. La atmósfera en la villa, protegida por muros inexpugnables, había cambiado notablemente respecto a los primeros días tras su llegada. Al principio, los habitantes —excepto la reclusa forzada— irradiaban una serenidad casi ritual. Sumidos en un retiro espiritual, parecía que la claridad se había instalado en sus almas. Solo Pablo dejaba entrever una ansiedad creciente, deseoso de pasar a la acción. Nuria y Jacobo, en cambio, encarnaban una inquietud más sutil, disimulando su impaciencia bajo una concentración férrea que guiaba cada paso de su estrategia.

Sin embargo, algo comenzaba a deshilacharse en ese tejido de quietud. Giannina, que al principio se resistía, había terminado por acostumbrarse a la calma, a ese ritmo sosegado que envolvía cada rincón.

Todo cambió tras la victoria en las urnas digitales. La armonía que antes parecía inquebrantable empezó a mostrar fisuras,

pequeñas pero persistentes. Los rezos, antes melodiosos, adquirieron un tono más urgente, casi suplicante. Los feligreses, que caminaban con la cadencia de quien no teme al tiempo, en ese instante aceleraban el paso, como si el suelo ardiera bajo sus pies.

Consolidado el poder en las redes sociales, los dirigentes del prelado comenzaron a esparcir una ansia palpable entre los suyos. La sensación de sosiego se desvaneció, y los sectarios comenzaron a moverse apresurados, impulsados por la impaciencia y sumidos en un estado de alerta constante. La serenidad que antes dominaba el santuario se transformó en bullicio, donde la emoción desbordada y la furia teñían las voces de los creyentes.

Después de días sin salir de la habitación, como castigo por su último intento de fuga, por fin Nuria le permitió que pasease de nuevo por los jardines de la finca. Así ambas pudieron despejarse de la vorágine del santuario tras el exitoso sufragio.

—¿Has experimentado esa sensación en la que anhelas algo durante mucho tiempo y, en cuanto lo obtienes, te causa desazón? ¿Cómo un plato delicioso y a la par muy picante? En nuestra cultura, tenemos un dicho que reza: «Sarna con gusto no pica».

—¿Qué es todo este alboroto?

—La situación es increíble. ¡Tenemos un sinfín de trabajo por delante! No perderemos ni un segundo. Actuaremos con celeridad y así aprovecharemos el impulso de nuestra campaña. Lograremos la transformación que la comunidad católica necesita.

—¿Con eso quieres decir que daréis un golpe de estado en el Vaticano?

—Nuestra intención es asegurarnos de que la Iglesia cumpla con su gran propósito. Es la intermediaria del Todopoderoso en la Tierra y sus recursos deben enfocarse en la realización de la voluntad divina. Y dado que nos encontramos en los albores de la parusía, no podemos permitir que el papa y algunos cardenales, cegados por el poder y la avaricia, arrastren a toda los discípulos de Cristo en esa negligencia.

Giannina se detuvo y contempló el mar que la separaba de la libertad.

—El alto clero no está dispuesto a escucharnos. Ni siquiera a los fieles, quienes por medio de la votación han expresado el deseo de anteponer tu futuro y el de tu hijo a cualquier otro objetivo de la institución. Por extensión, priorizan el papel del Reinicio en el cristianismo por encima de todo lo demás. Si los líderes más prominentes del Vaticano no reconocen sus errores, al quedarnos de brazos cruzados nos volveríamos cómplices de la indolencia que cometen. Por eso debemos actuar ahora.

—¿Por qué estáis seguros de que sabéis qué es lo correcto, que vuestros enemigos están equivocados?

—El Reinicio ha estado preparándose para este momento durante siglos. Esa es la razón por la que hemos sido tan diligentes en cuanto nos enteramos de tu existencia.

—¿Eso os da el derecho de promover una cruzada para dominar la Iglesia?

—A lo largo de los tiempos, los fieles han fortalecido la fe con donaciones y trabajo arduo, han evangelizado al rebaño del Señor y han expandido el catolicismo fundado por el apóstol San Pedro. Es lo que dio lugar a las primeras cruzadas, cuando el papa Urbano II aprovechó el ruego del emperador bizantino Alejo I para pedir a clérigos y nobles que reconquistaran Jerusalén, debido a la amenaza que representaba la expansión musulmana que atenazaba Constantinopla. El pecado y la codicia arrasan a todo humano que cede ante la tentación, seducido por un demonio que no descansa. Las ovejas descarriadas han corrompido las instituciones que deberían preservar la fe cristiana. Por eso las purgas son inevitables en ciertas ocasiones: no puedes persuadir a un jardín invadido por maleza para que cambie su naturaleza. Erradicaremos las malas hierbas desde la raíz y restauraremos la armonía. Esa es nuestra misión.

—No me puedo creer que me uséis para justificar vuestro ataque al Vaticano, para usurparle al papa el trono. ¿Todo lo que queréis son riquezas y poder?

—La silla gestatoria ha caído en desuso desde hace tiempo; es solo un símbolo, un medio para un fin. Igual que el dinero, dado que a la gente siempre le impresiona la apariencia superficial de las

cosas. No son nuestro fin ulterior. Lo que deseamos es que la Iglesia y sus fieles se acerquen más al Altísimo. Que cumplan con el propósito que este les ha confiado.

—Sigo sin entender por qué estáis tan seguros de que conocéis los deseos de Dios.

—Dios es omnisciente, omnipotente y omnipresente. Nos alcanza a todos, incluso si no te das cuenta. Se comunica con nosotros de innumerables formas. No obstante, algunos de nosotros captamos el mensaje con mayor claridad que otros. Nuestra fe nos guía hacia lo correcto. Quien escucha con el corazón, percibe la voz de nuestro Señor con nitidez. Quien interpreta con atino las Sagradas Escrituras, dispone de un mapa inequívoco para orientarse.

—Esa supuesta conexión directa con vuestro Dios no os da derecho de aniquilar a cualquier persona que se cruce en vuestro camino.

—Entiéndeme, no le deseamos el mal a nadie, pero no permitiremos que el demonio triunfe. Que arrastre al inframundo a toda la humanidad por culpa de algunos herejes. A veces, hay que tomar decisiones difíciles. Tu hijo no siempre sabrá qué hacer ni estará dispuesto a seguir el sendero que tú consideras correcto. Siendo madre, usarás todos los medios a tu disposición para protegerlo y cuidarlo, ¿verdad?

—¿Por qué no habéis luchado con la misma pasión para desenmascarar a los sacerdotes que han abusado de tantos niños indefensos? ¿Por qué no castigáis a aquellos que encubren a los clérigos pederastas? ¿Acaso creéis que fue Dios, y no el demonio, quien deseó el sufrimiento de esos niños?

—Los designios del Señor son insondables para los mortales. Nosotros, como aquellos que nos precedieron, protegemos y guiamos a los fieles y a todas las almas posibles. Haremos los sacrificios necesarios para garantizar la salvación del mundo entero. La complejidad del plan divino es abrumadora. No obstante, Dios lo diseñó con un propósito, de la misma manera en que creó al ser humano. Es imposible abarcar lo que Él es y hace, dado que es infinito. Basta con que entiendas que Él te ama y te ha otorgado el don más especial imaginable. Llevas a su hijo y, por lo tanto, lo

llevas a Él en tu vientre. Otra cosa que me gustaría que entendieras es que nosotros te honramos por ser portadora del Eterno. Deberías agradecer el rol que te ha concedido. Cientos desearían estar en tu lugar. Millares de creyentes rezan por ti y te adoran a diario. Todavía te venerarán más, tan pronto como culminemos nuestra obra. Sé prudente. No luches más contra tu destino y acepta el camino que el Altísimo te marca.

CAPÍTULO VENTICUATRO

—LOS TEXTOS SAGRADOS son claros, María y José marcharon a Belén por ser la ciudad de sus ancestros —dijo Jacobo, y centró la mirada en Nuria con agresividad. Detestaba discutir con ella en público—. La ciudad de Belén tiene una larga historia sagrada. Allí nació y fue ungido el rey David. Allí sepultaron a Raquel tras el nacimiento de Benjamín, que junto con sus hermanos varones formaron las Doce Tribus de Israel. Pero sobre todo, allí nació José, y es allí donde fue alumbrado Jesús de Nazaret.

—No es necesario que me recites todos los pasajes bíblicos de memoria, querido Jacobo —respondió Nuria—. Comprendo la importancia que tiene Belén en las Santas Escrituras. Sin embargo, no estamos aquí para recrearlas palabra por palabra.

Giannina observaba la batalla dialéctica en primera fila, desde la silla que le reservaban siempre que el concilio se reunía en la ermita bajo la lujosa mansión del santuario.

—La Biblia es la palabra de Dios hecha escritura; ha guiado a la humanidad desde que abandonamos los cultos paganos y las religiones politeístas —dijo Jacobo.

—Han transcurrido dos milenios desde la muerte y resurrección de Cristo, un marco temporal que ha forjado los cimientos de la fe y la reflexión —alegó Nuria—. No podemos abordar la Biblia de manera literal.

Giannina ya no se sorprendía de las túnicas que vestían los miembros del santuario, ni de los capirotos que les otorgaban un aire fantasmagórico, mientras las sombras danzaban al compás de las antorchas, cuyas llamas oscilaban con los vaivenes de la brisa subterránea.

—¿Por qué no consideramos la Basílica del Santo Sepulcro en el Gólgota, que es el lugar más sagrado del cristianismo y la meca de peregrinación cristiana? Fue testigo del calvario de Cristo crucificado. Alberga la tumba vacía de Jesús, donde fue enterrado y resucitó —comentó Elia, sorprendiendo por igual a Nuria y a Jacobo.

—Mis queridos hermanos, puede que la vía sencilla sea el cumplimiento paso a paso de los Textos Sagrados. No obstante, el objetivo del Reinicio no es hacer lo fácil; nuestro objetivo es hacer lo correcto —dijo Nuria—. Que el cumplimiento del plan divino no sea únicamente una cacofonía histórica. Sabéis bien que lo importante es que evitemos repetir a pies juntillas los pasos que no tuvieron un éxito rotundo, ya que el pecado campa a sus anchas por el mundo que habitamos. Nuestro deber no es copiar el pasado. Debemos dar forma al futuro en este momento trascendental de la historia humana, considerando la realidad que vivimos. Que no nos paralice la nostalgia ni nos seduzca la comodidad del conformismo. Este es el tiempo de los valientes, de quienes se atreven a imaginar un porvenir más justo, más luminoso, más humano. Tenemos que enfrentar la oscuridad que amenaza al mundo entero, igual que en las épocas de Sodoma y Gomorra, antes de que el diluvio universal arrasara con todo. Si bien las escrituras han de servir de guía, no son un manual de instrucciones. Seremos nosotros los que forjemos nuestro camino y seguiremos los designios que el Señor nos da cada día de nuestras vidas. ¿Por qué creéis que se proclama a Dios rogando y con el mazo dando? Este dicho recalca el valor de entrelazar la súplica espiritual con la acción diligente. Nos mueve a que trabajemos y nos esforcemos para que consigamos lo que deseamos, amparados por la gracia divina. Cuando digo que trabajemos, me refiero a que pensemos y actuemos. Por mucho que contemos con la benevolencia celestial, es fundamental que nos apliquemos y tracemos nuestro sendero para que alcancemos nuestras metas.

Giannina percibió en esa mirada la dualidad del discurso: una creencia inquebrantable en la guía celestial y, al mismo tiempo, la ineludible responsabilidad de la acción humana. Le resultaba irónico que el discurso de Nuria subrayara de forma tan evidente que, por

valiosas que fuesen la devoción y la oración, solo alcanzaban verdadero significado cuando se complementaban con el esfuerzo individual y la acción, la misma conclusión a la que había llegado con sus lecturas.

—Belén es un símbolo; miles de peregrinos recorren una infinidad de kilómetros para visitar el sitio en que nació Jesús — comentó uno de los presentes.

—Si el triunfo de la luz sobre las tinieblas hubiese sido total, no habría pecado hoy en día. Pero eso no será así hasta el día del Juicio Final. Debemos encontrar nuestro destino. Todos los aquí reunidos queremos devolver la Iglesia a los devotos. Los resultados de la votación son testimonio de los deseos de la cristiandad. Es la materialización de nuestro lema: un creyente, un voto. Si guiamos ahora a nuestra María hacia Belén, para que dé a luz ahí al Hijo del Señor, crearemos una estampa evocadora: una escena con un buey y una mula, semejante a los belenes navideños que todos conocemos. Aparte de una belleza simbólica, esa no es la imagen que nos dará el impulso necesario en nuestra lucha. —Nuria dio un tiempo para que se calmara el murmullo antes de seguir—. Es imperativo, queridos compañeros —continuó con aspavientos previos a un truco de magia que engatusaba al público—, que vayamos a la Santa Sede. Ahí es donde está nuestro lobo disfrazado de cordero. Esas son las murallas con las que el papa y sus compinches defienden su corrupción. Con esa simbología es con la que obstaculizan que el próximo Advenimiento del Cristo Redentor nos libre de todo pecado y salve a la humanidad. Es el más alto emblema de dominio y avaricia; lo primero que hay que arrebatarnos para que dejen de ser una amenaza para el Altísimo y su voluntad.

Cada vez un mayor número de creyentes asentía a la exposición de Nuria y le daba la razón.

—Una cosa es que nuestros feligreses conquisten el Vaticano, y otra muy distinta es que nuestra Virgen, concebida sin pecado, entre en ese lugar. ¿Qué pasa si la hieren en la batalla...? —rebatía un miembro, temeroso de que perdieran el talismán de la secta.

—No subestimes la fuerza del simbolismo. Esta joven y el fruto del vientre sagrado son lo más potente que hay ahora mismo sobre

la faz de la Tierra. Un manantial de fe y divinidad que avivará los corazones de nuestro ejército de fieles y otorgará a nuestras huestes el valor necesario para que logren la victoria sobre nuestros enemigos.

De nuevo, un murmullo de aprobación acompañó la intervención de Nuria y recorrió la gruta en la que se encontraba reunida la asamblea.

—Pues precisamente por el gran valor que representa, no deberíamos llevar al Cristo no nacido a la batalla... —discutió el feligrés.

—«No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios» —recitó Jacobo, que decidió apoyar a Nuria al ver que el sínodo aceptaba sus razonamientos.

—«Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa» —continuó Nuria el salmo, conteniendo la sonrisa que le provocó el apoyo de Jacobo y de casi todo el concilio, y añadió—: No perderemos la batalla si tenemos al Todopoderoso de nuestro lado. Todos nuestros fieles lucharán hasta la victoria, con mayor ímpetu todavía si los acompaña la vívida y perfecta representación de nuestro Creador, encarnada en esta bella *dona*.

Giannina recordó lo que Nuria le había dicho en privado: «Sería sabio que aceptaras con gratitud el honor del papel que has sido destinada a representar. Cientos desearían estar en tu lugar. Millares de creyentes rezan por ti y te adoran».

—Permitidme unirme a vuestra causa —dijo Giannina, provocando que todas las miradas se volvieran hacia ella. La sorpresa se apoderó del auditorio al escucharla romper su silencio—. Si vosotros arriesgáis la vida, yo estaré a vuestro lado y garantizaré vuestro éxito.

Cada palabra fue un trago amargo, una traición a sí misma y a la razón que la definía. Sentía la bilis en la garganta, la repugnancia de pronunciar esas locuras, de asumir el papel grotesco que le habían impuesto, igual que había hecho antes de su intento de fuga con el velero, pero la supervivencia y la libertad de su hijo eran más importantes que su orgullo. Era un precio que estaba dispuesta a pagar, las veces que hiciese falta.

Después de las huidas fallidas, vislumbró en el asalto a la Santa Sede una nueva ocasión para escapar. Todos estarían ocupados enfrentándose a las fuerzas de seguridad del Vaticano, y ella aprovecharía la distracción para fugarse. Además, encontraría ayuda en medio de Roma con mayor facilidad que en mitad del océano Atlántico o en Cisjordania.

Nuria la contempló con recelo. Esa contribución dio el golpe de gracia y decantó la situación a su favor. Convenció al sínodo de llevar a su invitada al Vaticano para que diese a luz allí. No obstante, la desconfianza fue palpable, pues sabía que aún no habían logrado convertirla de corazón al credo, y se preguntó qué tramaba.

—¡Dios te salve, María! —exclamó desde el fondo de la sala uno de los asistentes a la reunión.

—¡Con María y su hijo, somos invencibles! —gritó otro.

—Te llevaremos con nosotros hacia la victoria —aclaró un tercero.

La devoción impulsó poco a poco a los allí reunidos, que coreaban el nombre de la santa no beatificada.

—Parece que hemos llegado a un consenso, queridos hermanos —proclamó Jacobo, una vez que logró aplacar el ímpetu desatado en el cónclave del Reinicio—. La Madre de Dios y su hijo nos acompañarán en la contienda; insuflarán fortaleza en nuestra guerra contra los herejes hasta reconquistar la Santa Sede.

La sala estalló de nuevo en vítores llenos de fervor.

CAPÍTULO VENTICINCO

TRAS MESES CONFINADA en la villa de la isla, finalmente superó los muros de la prisión, aquellos que, por mucho que lo había intentado, no había logrado traspasar por sí sola. Con una mezcla de ansia y desconfianza, se adentró en el paisaje desconocido que se extendía al otro lado de los límites del refugio, aquel que la rodeaba desde su llegada, pero que nunca había conseguido explorar. La visión que se le presentó fue tan imponente como cautivadora: los bosques de laurisilva, los barrancos que se inclinaban como si saludaran al mar y los pitones moldeados en la lava, envueltos por nubes que parecían quedarse atrapadas en la isla como le había ocurrido a ella.

Sin embargo, más allá de la majestuosidad del paisaje que la rodeaba, su atención se centró en la comitiva que la acompañaba, decidida a estudiar a aquellos que la observaban con una vigilancia implacable. Eran precisamente ellos quienes representaban su mayor amenaza, aquellos que debía evadir a toda costa si realmente deseaba escapar. Su mente ya había trazado el plan: aprovecharía el clímax de la batalla en el Vaticano para huir.

El comportamiento de los feligreses siempre le había recordado al de un hormiguero, donde cada individuo conocía su función y colaboraba de manera silenciosa para alcanzar un objetivo común. Y entonces, con el respaldo del sufragio, el bullicio alcanzó niveles insostenibles. Giannina pensaba que actuaban con tal libertad únicamente porque se hallaban protegidos por los muros infranqueables que los separaban del resto del planeta.

Por eso, se sintió completamente desconcertada al descubrir la impunidad con la que la secta se movía fuera de la finca. Era impensable que pudieran desplazarse en un convoy armado, llevar a

una mujer prisionera hasta un aeropuerto, subirla a un avión privado, volar miles de kilómetros hasta Roma y aterrizar sin que la policía los detuviera, los interrogara o, al menos, controlase sus pasaportes.

Albergaba la esperanza de que, en el curso de la travesía, alguna agencia de seguridad española o italiana los interceptara y pusiese fin al secuestro. Anheló en cada segundo del viaje que algún agente de control aduanero, de tráfico o incluso de la Interpol interviniese y la rescatase.

Sin embargo, a medida que la limusina avanzaba, Giannina observó la calma con la que los guardias del Reinicio interactuaban con ciertos policías o guardias de seguridad, sin que nadie llegase a revisar su carga. En el aeropuerto, la discreción con la que su avión privado fue gestionado, junto con las conversaciones entre Jacobo y algunos oficiales de alto rango, fueron una muestra más de la dimensión del poder del Reinicio. No era solo devoción ciega, era una red de influencia y corrupción que se extendía mucho más allá de lo que ella había imaginado. Ninguna entidad gubernamental les bloqueó el camino.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Giannina a Nuria en cuanto pusieron pie en el aeropuerto romano de Fiumicino y se acomodaron en el interior de una lujosa Mercedes-Maybach S680.

—Aprovecharemos la liturgia que el papa oficiará en la plaza de San Pedro durante la celebración de la Pascua. ¿No te parece poético? Justo en el momento en que la Iglesia conmemora la Resurrección del Cristo Redentor, al tercer día de la crucifixión, presentaremos de forma oficial tu llegada y la del hijo de Dios que llevas dentro, ante el catolicismo y toda la humanidad.

—¿No teméis que algo salga mal?

—No hay nada que temer cuando Dios camina a tu lado. A diferencia del ataque al papado perpetrado por las familias paganas en el siglo VIII, nosotros hemos orquestado cada paso de esta operación con una precisión milimétrica. Nuestros fieles reciben las instrucciones que actualizamos constantemente a través de la aplicación de mensajería Telegram, asegurando que cada movimiento esté sincronizado. Ningún miembro de nuestra

congregación se rendirá hasta que cada rincón del Vaticano esté bajo nuestro control, hasta que logremos restaurar la unión entre el poder terrenal del catolicismo y el celestial, forjando nuevamente el vínculo divino que debe gobernar el globo.

—Las autoridades italianas no van a quedarse de brazos cruzados viendo que asaltáis la Santa Sede. Estamos en el siglo ^{XXI} y no hay ningún grupo religioso tan influyente que pueda hacer lo que quiera.

—Dios está en todas partes, y nuestra congregación también. Nada ni nadie puede impedir que los planes de nuestro Señor sean ejecutados.

—¿Cuál es mi papel en todo esto?

—Tú misma te ofreciste para elevar la moral de nuestras tropas. De todas formas, no te preocupes. No vamos a montarte en un caballo para que encabeces nuestras huestes. Nos basta con tu imagen, que se proyectará en todas las pantallas de la plaza, en los móviles y en cualquier dispositivo, no solo en Roma, sino también a lo largo de Italia y del mundo entero. ¿Estás preparada para hacer historia?

CAPÍTULO VENTISÉIS

LA SALA DE operaciones desde donde controlaban la invasión del imperio papal se encontraba en un conjunto de apartamentos que ofrecían una vista panorámica de la plaza y la basílica de San Pedro. Al adentrarse en la estancia, quedó impresionada por el nivel de equipamiento que encontró en ella, el cual rivalizaba con el centro de control de Houston. Las paredes estaban repletas de pantallas que mostraban imágenes de lo que pronto se convertiría en el campo de batalla. Transmitían escenas capturadas por cámaras personales que diversos miembros del Reinicio llevaban consigo, lo que permitía a los cabecillas sumergirse en la acción en primera persona.

—¿Cómo sabéis que es el papa y no un doble quien oficiará la misa?

—Digamos que contamos con información de primera mano que confirma que el Sumo Pontífice está aquí —respondió Nuria, señalando una de las pantallas.

Giannina reconoció al propio papa, claramente visible en primer plano. Estaba rodeado por su séquito de ayudantes, que lo asistían mientras se vestía con los ropajes destinados a la liturgia. No era una retransmisión oficial del evento; las imágenes eran tomadas por una cámara oculta que portaba un miembro del círculo más cercano al obispo de Roma. Observó con detenimiento y descubrió una serie de tomas adicionales del líder de la Iglesia católica, captadas desde distintos ángulos y distancias. Varios infiltrados de la secta formaban parte del séquito papal. Era otra muestra del alcance de los tentáculos del Reinicio. Le resultaba casi imposible asimilar que todo lo que veía fuera real. Jamás había imaginado que presenciaría una invasión del Vaticano, y mucho menos en primera línea.

La masa de creyentes abarrotaba la plaza de San Pedro en el instante en que el papa emergió de la basílica. Vestido con ropajes litúrgicos blancos, avanzaba lentamente, arrastrando su avanzada edad, seguido por una procesión de clérigos que portaban cruces, cirios y biblias. El público lo acogió en un silencio reverencial mientras los altavoces esparcían por toda la Ciudad del Vaticano los cánticos en latín del coro.

Tomó asiento en el trono dispuesto en el centro del escenario, donde realizaría el Rito de la Resurrección. Tras la bienvenida de un sacerdote, el pontífice se dirigió al público.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* —Alzó sus manos con un gesto de bienvenida antes de añadir con solemnidad—: *Pax Vobis.*

—*Et cum spiritu tuo* —respondió la multitud.

—¡Dios os salve! —interrumpió de pronto una voz imponente. Jacobo apareció en todas las pantallas de la plaza, proyectado como un profeta moderno. Su imagen eclipsó la ceremonia, desconcertando a creyentes, clérigos y parte de la Guardia Suiza.

—Queridos hermanos, hoy no solo conmemoramos la resurrección de Cristo hace dos mil años, sino que también celebramos la Segunda Venida.

Acto seguido, las pantallas mostraron a Giannina, vestida de Virgen María, acariciándose el vientre, como salida de un cuadro de Bartolomé Esteban Murillo. Aunque jamás había usado tal indumentaria, su rostro era inconfundible. La secta había manipulado las imágenes con tecnología avanzada, haciendo su colaboración innecesaria.

El sumo sacerdote y algunos de sus ayudantes quedaron perplejos al ver cómo los rostros de la mayoría de los presentes se cubrían con capirotes de nazarenos, al igual que habían hecho tantas veces en las liturgias del santuario isleño. Impulsado por la ira, el papa trató de levantarse y parte de su equipo de seguridad se apresuró a sacarlo del estrado. Sin embargo, su intento de ponerlo a salvo fue rápidamente frustrado por los miembros de la secta infiltrados en su séquito. Uno de sus asistentes más cercanos lo obligó, con desprecio, a permanecer sentado en el púlpito, frente a

la multitud que observaba desconcertada el cambio de guion. Una parte de los espectadores quedó horrorizada, incapaz de entender lo que estaba sucediendo en realidad.

—Dios le dijo al apóstol: «Tú eres Pedro, sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» —exclamó Jacobo—. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.

La tensión creció. Los drones comenzaron a sobrevolar la plaza, zumbando como una amenaza latente conforme se posicionaban estratégicamente en los tejados cercanos. Unos vehículos blindados bloquearon las calles adyacentes.

Los seguidores encapuchados se movilizaron con fervor. Giannina observaba desde la sala de control los acontecimientos con creciente desesperación. Su pecho martilleaba con angustia. La Guardia Suiza intentó reaccionar, pero fue superada por la fuerza y el número de los invasores. Varios miembros de la secta actuaron con rapidez y precisión, neutralizando a los guardias e inmovilizándolos con bridas antes de que pudieran usar sus armas. Lo mismo hicieron con los cardenales y sacerdotes que se encontraban en el escenario: fueron reducidos sin contemplaciones y atados, incapaces de ofrecer resistencia. Todos ellos fueron tomados como rehenes.

Jacobo contempló con satisfacción cómo una multitud de discípulos sometía progresivamente a sus enemigos, sintiéndose orgulloso de que sus planes se ejecutaran a la perfección. La pequeña porción de personas que no llevaba el rostro cubierto observó, desconcertada, las pantallas. No comprendían lo que estaban presenciando. El resto siguió los acontecimientos con fervor, ansioso por unirse al asalto inminente.

CAPÍTULO VENTISIETE

—EL SEÑOR, EN una gracia infinita, nos ha concedido el maravilloso don de enviar de nuevo a su Hijo, que es la luz de nuestra salvación. Jesús regresa para juzgar a vivos y muertos. Para consumir la salvación de los fieles. Su venida no es simplemente un juicio para los impíos, sino el advenimiento del reino eterno, que erradicará el mal y restaurará la gloria eterna de la creación.

Conforme hablaba Jacobo, la Guardia Suiza intentaba acercarse al papa. Sin embargo, los soldados del culto los neutralizaron con fusiles de asalto de gran calibre. El ruido de los primeros disparos no impidió que Jacobo continuara con su alocución, a pesar de los gritos de terror de los feligreses desesperados, que intentaban huir del caos. Giannina contemplaba los altercados con la esperanza de que las fuerzas de seguridad romanas pusiesen fin a la operación del Reinicio de un momento a otro.

—Un nuevo Cielo y una nueva Tierra serán forjados, donde la muerte, el llanto y el dolor no tendrán lugar. El glorioso regreso de Cristo será la culminación definitiva de la redención, el cumplimiento de la promesa para todos los que han creído. El vientre de esta Santísima Virgen alberga al Hijo del Todopoderoso, que de nuevo ha sido enviado para liberarnos de nuestros pecados mediante el sacrificio.

Ocultando su exaltación, escudriñó a los presentes, controlando cada detalle de la operación. El rugido de los blindados fue más atronador conforme abrían fuego contra los vehículos de las calles adyacentes, acompasado a los disparos de los seguidores encapuchados que doblegaron con una fuerza implacable los intentos de la Gendarmería de aplacar los disturbios y retomar el control de la situación.

—La principal misión de la Iglesia católica es evangelizar, el proselitismo religioso, lo que implica difundir la doctrina, predicar la fe y las virtudes cristianas. Ahora bien, eso es lo que dice el diccionario. Lo que dicen las Santas Escrituras es que debe unir a los hombres con el Padre para vivir su vida, su amor y su verdad. Debe anunciar a Jesucristo y al Evangelio, abrazando sus enseñanzas, colaborando con Él en un servicio de salvación a la humanidad.

Las palabras de Jacobo reverberaron con fuerza en los muros, sembrando el terror entre los feligreses desconcertados, que luchaban por escapar de las balas que llovían a su alrededor. A su vez, encendieron el júbilo de los acólitos, sedientos de sangre y victoria. Una música coral tenebrosa comenzó a resonar desde los altavoces, envolviendo el discurso con una atmósfera siniestra. El líder continuó con su intervención, dirigiéndose a los asistentes y a los miles de telespectadores que se sumaban a la transmisión, cuyo número aumentaba exponencialmente a medida que la noticia del ataque en el Vaticano se difundía por todo el planeta.

—En este momento crucial, cuando Dios nos reenvía a su propio hijo a través de esta Santísima Inmaculada, el papel del catolicismo es más importante que nunca. Este supuesto vicario de Cristo, junto a muchos de los cardenales y obispos, reniega de su sagrado deber —proclamó Jacobo con un desprecio tan intenso que los ventanales de los edificios colindantes vibraron—. Todos ellos han dado la espalda no solo a los deseos del Altísimo, nuestro Señor, sino también a los de su pueblo. Han perdido de vista lo que deberían hacer. Ya sabéis que todos los fieles católicos, mediante sufragio democrático, han decidido que la Iglesia debe respaldar a esta Santísima Virgen como portadora del cuerpo de Cristo, asumiendo así su función principal de evangelización. ¿Y qué han hecho ellos? ¡NADA! En una flagrante negligencia, el actual líder del catolicismo y sus secuaces han decidido dar la espalda tanto a la voluntad divina como a la popular.

Dejó que sus palabras calaran hondo en los seguidores, alentó en ellos una sensación de injusticia que avivaba una reacción en cadena de furia y ansias de violencia. A Giannina le parecía increíble

que la organización estuviera de verdad a punto de tener éxito en el asalto a la Santa Sede.

La cruda realidad de la invasión la golpeó con una fuerza aterradora al ver, a través de las pantallas, cómo los blindados del Reinicio hacían uso de su potencia de fuego para desarticular los vehículos de las fuerzas defensoras, conforme los drones lanzaban explosivos sobre el equipo de seguridad y la Gendarmería, desatando el caos y aniquilando a sus víctimas. Le sorprendieron tanto los medios como la absoluta y desalmada eficacia de su agresión.

—Los actuales líderes de la Iglesia han fallado —bramó Jacobo—. Han dado la espalda a la voluntad divina y popular. Han vuelto el rostro a Dios y han desoído la voz del pueblo. Hoy, el Reinicio corregirá su error.

Los vítores estallaron en un rugido atronador. De nuevo vibraron todos los edificios. Los miembros de la secta, que durante años habían permanecido al servicio del pontífice, se abalanzaron sobre él con un propósito inconfundible. En una secuencia coreografiada por la cólera y el fanatismo, lo despojaron de las vestiduras con el odio acumulado por años de servicio encubierto. Con enorme brutalidad, lo prepararon para revivir el calvario de Cristo narrado en la Biblia: le colocaron una corona de espinos y lo obligaron a arrastrar una cruz hasta el obelisco de la plaza.

—No os preocupéis, hermanos. El Reinicio terminará con este sinsentido hoy mismo. Nos aseguraremos de que el papa, que tanto tiempo ha malgastado sobre la tumba del apóstol san Pedro que yace en esta misma colina, se sacrifique por el pueblo para expiar todos sus pecados.

A medida que los drones descendían sobre las fuerzas de seguridad, los explosivos estallaban con precisión sobre los vehículos que intentaban sortear los acorazados para alcanzar el campo de batalla. Las columnas de la basílica se resquebrajaron bajo el estruendo. Las fuerzas defensoras fueron aniquiladas por las llamadas «abejas guardianas», aeronaves letales que sembraban fuego y muerte desde el cielo.

—Salve, María —gritaron unos.

—¡Por la Virgen! —exclamaron otros.

—¡*Deus vult!* —sentenció Jacobo.

El sol brillaba tenuemente sobre la basílica, la principal iglesia del catolicismo, alargando las sombras en la sala desde la que Giannina ponderaba sus escasas opciones. La agonía martilleaba su pecho, mezclada con una creciente determinación. Cuanto más drásticas eran las medidas del Reinicio, más se avivaba en ella el deseo de liberarse, de escapar para criar a su hijo lejos del fanatismo de la secta. Aunque se sentía impotente ante la atrocidad que se desataba, su pensamiento más persistente era la necesidad de proteger a su hijo no nacido.

—¡Levantaos, hermanos siervos del Señor! ¡Hoy, el Vaticano caerá y la era del Reinicio comenzará! ¡Que el mundo sepa de nuestra misión! ¡Luchad y devolved a la Virgen María y a su Hijo, el Salvador, aquello que les pertenece!

El clamor incitó a los seguidores, que derribaron al papa sobre la cruz de madera que le habían obligado a cargar y lo crucificaron. Ni los desgarradores alaridos que profirió ni la sangre que manó de sus heridas lograron detener sus atrocidades. Los gritos fueron ensordecidos por las explosiones y los disparos que sacudieron las calles romanas mientras la batalla se extendía. Giannina se postró de rodillas, estremecida ante las dantescas imágenes. Aunque cerrara los ojos y se tapase los oídos con las manos, seguía siendo testigo de los horribles crímenes del culto.

La tragedia se hacía más insoportable bajo el peso aplastante de la culpabilidad que la oprimía. Se sentía responsable, como si sus decisiones o su mera existencia hubieran desatado aquella ola de violencia y muerte. Si hubiera podido alterar el curso de aquellos fatídicos eventos, quizá nadie habría perdido la vida. Si no hubiese nacido, si no se hubiera quedado embarazada de manera misteriosa durante la operación espacial, o si hubiera logrado escapar a tiempo de la isla santuario, tal vez no habría dado a esos fanáticos sin escrúpulos la excusa que necesitaban para atacar con tal salvajismo el Vaticano.

La culpa que amenazaba con consumirla se transformó en una chispa de coraje. La imagen de su hijo, latiendo dentro de ella, se

superpuso a la visión del horror y le ofreció una razón para luchar. Giannina decidió que, aunque su embarazo era un misterio, ese hijo no podía ser solo motivo de miedo o remordimiento. En medio del caos, se aferró a la esperanza de que su bebé fuera una luz en la oscuridad, un símbolo vivo de resistencia y futuro.

Espoleada por la última detonación, salió corriendo hacia la puerta de la sala de operaciones del Reinicio. En cuanto la abrió, un fusil de asalto y su portador le bloquearon el paso. Acto seguido, se dirigió a una de las ventanas más cercanas, pero antes de que pudiese accionar la manija, unas manos férreas la apresaron y con sorprendente delicadeza la invitaron a tumbarse en el suelo, de donde no la dejaron moverse.

—Ni se te ocurra volver a intentar eso —amenazó Nuria sin apartar la vista de los monitores.

Los drones seguían zumbando en el cielo. Las deflagraciones de la carga destrozaron las columnas de la basílica y otros edificios sagrados, y los pintaron de ceniza. Los estallidos resonaron en las cristalerías, mezclados con los gritos de auxilio de los peregrinos, que habían elegido el peor día para asistir a una misa oficiada por el papa. Las detonaciones dejaban su eco suspendido en el aire. Lo que quedaba de la Guardia Suiza, respaldada por la Gendarmería y los militares allí destinados, se enfrentó a duras penas a los frenéticos invasores. Estaban superados en número y pronto claudicaron ante la ferocidad de los enemigos.

Cuando las huestes sectarias tomaron el control absoluto de la Ciudad del Vaticano y sus alrededores, la luna despuntaba majestuosa sobre el cielo romano, bañando la plaza de San Pedro con un resplandor plateado que mantuvo a raya la oscuridad creciente. La paz que normalmente envolvía la ciudad-estado, que un día cualquiera habría sido interrumpida solo por el bullicio de los turistas disfrutando de sus vacaciones en la capital italiana, ahora había sido rasgada violentamente por el estruendo de la violencia y el caos desatados por la secta.

La organización religiosa emitió un comunicado, proclamando su victoria sobre el clero y declarando su dominio sobre el mismísimo corazón de la cristiandad. Anunciaron una nueva era de dominio

para el prelado, a la vez que lanzaban una amenaza mortal: sacrificarían a los cardenales y clérigos tomados como rehenes si las autoridades italianas se atrevían a detenerlos. La rapidez y la determinación con las que la facción había tomado el mando de la Santa Sede dejaron a todos en estado de *shock*, enfrentados a un dilema cuyas consecuencias eran dramáticas e imprevisibles.

Siguiendo la profecía que Nuria y Jacobo habían compartido durante las reuniones de planificación en el santuario de la isla, el Vaticano estaba ya bajo el dominio total de su grupo. Las autoridades de todo el mundo observaron, pasivas, mientras se asentaba una nueva soberanía eclesiástica en medio de la república italiana.

La luna continuó su ascenso, iluminando con una luz macabra la plaza de San Pedro, mientras las calles recobraban la calma en la oscuridad de la noche, si bien nada ni nadie desmaquilló la sangre ni los escombros de la contienda.

La batalla por el alma de la Iglesia católica había concluido de forma fulminante, y el destino de millones de fieles se encontraba en un equilibrio precario, tan frágil como la piel de Giannina que sucumbía ante las bridas que la ataban. Apenas podía creer que el prelado hubiera logrado tomar el Vaticano con semejante eficacia. Aún albergaba la esperanza de que, si lograban sus objetivos, sería una victoria efímera: ningún gobierno permitiría que extremistas ultracatólicos quedaran impunes de crímenes tan sangrientos. Pero la realidad la golpeó con brutal claridad. Una vez más, estaba equivocada.

CAPÍTULO VENTIOCHO

RESIDIR EN EL corazón del Vaticano era un contraste radical con el santuario de la isla canaria. El alojamiento que le asignaron estaba situado en una de las zonas más exclusivas del palacio apostólico, rodeado de espacios imponentes que irradiaban solemnidad y grandeza. La habitación era enorme, decorada con opulencia, de techos altos recubiertos con molduras doradas que formaban intrincados patrones. Las paredes, revestidas de paneles de madera oscura, exhibían delicados tallados que narraban escenas religiosas y momentos históricos de la Iglesia, si bien nadie había retratado todavía el reciente asedio a la Santa Sede. Grandes vidrieras permitían que la luz natural inundara la estancia, iluminando la lujosa alfombra persa que cubría el suelo de mármol.

Quizá era una de las pocas almas que había experimentado el confinamiento en el santuario de la isla. Allí no conoció a nadie más que hubiera sido retenido por la fuerza. Sin embargo, Elia le había contado que no era la primera reclusa en la ciudad pontificia. Poco antes de partir del santuario, le había explicado que, durante el siglo XIX, los papas habían quedado atrapados en ese mismo estado, como respuesta a los intentos del Gobierno italiano de limitar su influencia. Esa situación había persistido hasta que Mussolini había otorgado a la Sede Apostólica el estatus de estado independiente dentro de la república italiana. Ella era la última reclusa de la Santa Sede. Cuando había visitado Roma con sus padres de niña, nunca hubiera imaginado que aquellos exuberantes muros cargados de historia y adornados con majestuosas obras de arte renacentistas se convertirían alguna vez en su prisión. Cada pasillo, cada sala, cada estancia del Vaticano le recordaba a la galería de un museo, donde

el eco de sus pasos reverberaba incansablemente, siempre acompañados por los de Elia.

La rapidez con la que el Reinicio tomó el control del Vaticano no dejaba de sorprenderla. Lo mismo ocurría con la naturalidad con la que sus nuevos habitantes se movían por allí. Parecía que nada grave había sucedido, que las atrocidades que habían cometido eran solo fruto de su imaginación.

En medio de aquel escenario, las víctimas caían en el olvido, mientras que el miedo a represalias no parecía preocupar a ninguno de los miembros del prelado. Los fanáticos ultracatólicos estaban concentrados en su siguiente meta, impulsados por una fe inquebrantable que los blindaba contra cualquier atisbo de remordimiento. Se consideraban los elegidos de Dios, convencidos de que su victoria en la Tierra estaba garantizada, seguida de su ascensión al paraíso prometido.

Guiados por el mismo fervor que en su día impulsó a los cruzados, aplastarían a todo adversario que se interpusiera en su camino. Esa convicción los llenaba de un entusiasmo desmedido, alimentada por la inercia de su éxito reciente, aunque sus opiniones sobre el siguiente paso comenzaban a divergir.

—Silencio —pronunció Jacobo—: ¡Que Dios nos salve!

Estaba sentado en la sala de audiencias Pablo VI, frente a la imponente y perturbadora escultura de la *Resurrección*, obra de Pericle Fazzini. Para Giannina, aquella obra no evocaba a Jesús regresando del otro mundo, sino a Lucifer, deleitándose con las almas condenadas por el Reinicio. La figura de Cristo, envuelta en una lucha contra la oscuridad, parecía desvanecerse, reemplazada por la sombra de un ser que triunfaba sin piedad sobre el dolor ajeno.

Jacobo, encaramado en el trono, hacía girar lentamente el anillo del Pescador entre sus dedos, como si saboreara cada giro del poder usurpado. La efigie de San Pedro con su red —emblema de una autoridad arrebatada— capturaba la luz con un destello frío, reflejo de una ambición que no conocía límites.

—No debemos precipitarnos. Es evidente, queridos hermanos, que todos estamos emocionados por lo que hemos conseguido. De

todas formas, como decía Maquiavelo, el vulgo se deja seducir siempre por la apariencia y el éxito. No podemos permitir que el fuego de la victoria nos consuma. Si el ego nos ciega y no medimos nuestros pasos con cuidado, perderemos todo el terreno conquistado.

—No hay nada mejor que una buena estrategia, fruto de una planificación cuidadosa —lo apoyó Nuria, sentada junto a él.

—¿Cuál es esa estrategia? —cuestionó un miembro de la junta directiva por videoconferencia.

—Debemos obtener el respaldo de suficientes líderes seculares, querido hermano —respondió Nuria.

—¿Quién va a avalar el uso de la fuerza para derrocar un gobierno, aunque sea el de una teocracia como el Vaticano? ¿Quién va a perdonar la crucifixión del papa? —preguntó el dirigente.

—Así como el martirio de Cristo fue esencial en su época y lo será nuevamente, el sacrificio del depuesto obispo de Roma será un catalizador más para nuestra victoria —respondió Jacobo, apretando con firmeza los reposabrazos del trono—. Aprovecharemos la potencia simbólica de una tradición religiosa que ha perdurado en el tiempo, volviéndola a nuestro favor. Recuerda que nuestra campaña mediática contra el papa ha sido un éxito rotundo. Lo hemos difamado hasta el extremo de que, al final, la gente ha llegado a aborrecerlo, culpándolo de todos los escándalos de abuso sexual que él mismo ha encubierto, como si fuera el autor directo de aquellos actos atroces. Pero volviendo a tu primera pregunta, la vasta mayoría de los gobernantes que se cuelgan una cruz del cuello, aquellos que al despertar se postran ante el Creador para pedirle que los mantenga en el poder, aquellos temerosos de una autoridad superior y que no comprenden el papel que deben desempeñar en la providencia divina, ven en nosotros la única luz capaz de guiarlos a través de la oscuridad. No saben cómo enfrentarse a la nueva realidad de la fe; están desorientados ante este cambio de paradigma.

Paró un momento y estudió la reacción del concilio.

—Nosotros, queridos hermanos, junto a todos nuestros fieles, representamos un camino que puede guiar a todas esas ovejas

desorientadas por las tinieblas, con el consuelo de no estar solos en esta travesía por el mundo terrenal. Somos un aliado inestimable para legitimar gobiernos impopulares. Harán uso de una estrecha colaboración con el Reinicio para limpiar la imagen pública y beneficiarse del empujón del prodigioso don de la parusía.

—¿Cuál será entonces nuestro siguiente paso? —farfulló otro de los integrantes.

—Redoblabremos nuestros empeños en el ámbito de las redes sociales. Produciremos contenido que mantenga a la opinión pública a nuestro favor. También dedicaremos recursos a estrategias diplomáticas, evaluando con cautela quiénes son nuestros posibles aliados, qué actores se encuentran en un momento de indecisión y serán persuadidos mediante razonamientos o negociaciones pertinentes y, por último, quiénes respaldarán nuestra causa por inacción.

—¿Nada más? ¿Qué destino aguarda a nuestra Virgen?

—Ya discutimos que no hay mejor lugar para celebrar la festividad de la Natividad como la Santa Sede.

—Dicen que la Virgen tiene dones curativos —comentó otro de los presentes.

—Eso son solo mitos, querido Zoido. Recuerda las palabras de Mateo 7:6: «No den lo santo a los perros, ni echen sus perlas delante de los cerdos, no sea que las pisen y se vuelvan contra ustedes y los despedacen» —intervino Nuria.

—«Se abrirán entonces los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; saltará el cojo como un ciervo, y gritará de alegría la lengua del mudo. Porque aguas brotarán en el desierto y torrentes en el sequedal». Si esta niña alberga el cuerpo de Cristo, beber su sangre sanará todo mal —contraatacó Zoido.

—La nueva Virgen es intocable —sentenció Nuria.

—Si no lo probamos, no lo sabremos. A muchos de nosotros nos vendría bien un pequeño milagro. Solo dispongo de un año de vida por el maldito cáncer. Estaría muy interesado en hacer de conejillo de Indias para comprobar si los mitos son ciertos.

—Mi madre está moribunda. Si una gota de esa sangre la puede sanar, merece la pena intentarlo —aseguró otro.

—Lamento mucho vuestras tragedias —interrumpió Jacobo—, las propias y las de vuestros familiares y allegados. No obstante, nos asomamos a una espiral muy peligrosa. El Señor no nos ha mandado al Hijo para que abusemos de él con fines egoístas. No podemos desangrar a la Madre de Dios, igual que no es prudente destripar a la gallina de los huevos de oro. El Señor es todopoderoso y nos guía a lo largo de su obra. Si decide llamar a uno de nosotros o a nuestros seres queridos para sentarnos a su lado en los cielos, es un honor que acogeremos con humildad.

—Hablas así porque no eres tú quien enfrenta la muerte —protestó Zoido.

—Todos la enfrentamos desde que nacemos. Es la faceta intrínseca de la vida y la puerta de entrada a la vida celestial. Cuando llegue mi hora, recibiré con honra la llamada de Dios y la bienvenida al Paraíso. Ahora bien, en este instante, os ruego que aplaquéis vuestra codicia y ambición. Hemos llegado muy lejos y aún tenemos mucho por alcanzar. Es imperativo que permanezcamos unidos, procedamos con cautela y no cometamos ningún error.

Ni las aberraciones que había presenciado durante el asalto al Vaticano ni el terror que había vivido en la emboscada al equipo de rescate de la NASA durante su regreso del espacio lograron infundirle tanto pavor como las palabras de Zoido y la manera con que la miró mientras las pronunciaba.

No permitiría que le hicieran daño, ni a ella ni al niño que tomaba forma en su interior. Los latidos de su corazón retumbaron como arietes en sus entrañas. De repente, una extraña y suave sacudida, un delicado golpecito proveniente de su vientre, la dejó desconcertada. Se llevó las manos a la incipiente barriga, mirando a los sectarios con el miedo palpable de que pudieran cumplir sus aterradoras amenazas en cualquier momento.

La sensación se repitió. Una burbuja explotó en su interior, desvaneciéndose al instante, y comprendió que eran los primeros movimientos del bebé. Había analizado las pruebas a las que la sometieron en la estación orbital, había enfrentado las consecuencias de una concepción extraña, como las náuseas, y había sido testigo de los profundos cambios que su cuerpo

experimentaba mientras formaba una nueva vida. Sin embargo, nada le había revelado tan vívidamente su estado de gestación como esas primeras pataditas. Aquellos pequeños movimientos terminaron de romper el hechizo de negación y rechazo que había llevado consigo desde que había recibido la noticia del embarazo. Aterrada por los delirios del Reinicio, necesitaba conectar con él.

—Sé que tienes mucho miedo, igual que yo. Pero te prometo que saldremos de esta juntos. No permitiré que ni estos locos ni nadie te hagan daño.

Una vez terminó el concilio, se dirigió a Elia, horrorizada.

—¿Quieren desangrarme?

—La fe puede ser muy fuerte y difícil de controlar. A veces se muestra como algo bueno, y otras como algo oscuro. Hay personas que, al no entender bien el mensaje espiritual, lo interpretan de forma confusa y lo transforman en ideas vacías de esencia que circulan sin reflexión ni renovación. El miedo y la obsesión pueden llevarlas a cometer actos terribles en nombre de esa fe.

—No podéis permitir que me mutilen.

—Tranquilícese, querida niña. Nada malo les pasará ni a usted ni al bebé. Los señores Etxegarai jamás lo permitirían.

CAPÍTULO VENTINUEVE

LAS EXPRESIONES DE los adeptos que se topaba por los pasillos de la Santa Sede le provocaban escalofríos. No la observaban con amor ni la deseaban físicamente. La miraban como un objeto preciado, un cofre que guardaba un tesoro invaluable, imbuido con el respeto que otorga lo incomprensible. Una trampa capaz de desatar una maldición al activarse.

La primera vez que había escuchado que ella o su hijo pudieran poseer propiedades curativas, no le había dado mayor importancia. Lo había considerado otra de las fantasías de los sectarios, parte de su enajenación mental. Sin embargo, tras el asalto al Vaticano y la ferviente creencia de algunos líderes del Reinicio en los poderes curativos de su sangre y la del bebé, su corazón se aceleraba cada vez que cruzaba miradas con un desconocido en los pasillos sombríos de la Santa Sede.

El miedo había arraigado en su pecho, una inquietud que crecía con cada paso, cada murmullo, cada encontronazo inesperado. La discusión en el concilio, sumada a la mirada de Zoido, las amenazas de extraerle su sangre y la del bebé para propósitos alquímicos lo habían cambiado todo. A pesar de estar recluida y de la presión psicológica a la que la sometían, había dado por sentado que el Reinicio velaría por su integridad física. Pero en ese instante dudaba si Elia o los Etxegarai tendrían capacidad para protegerla si aquellos fanáticos sectarios intentaban exprimirla para sanar sus enfermedades.

La urgencia de escapar fue mayor que nunca, sin margen para dudas ni esperanzas. Temía que alguien la atrapara como una araña a su presa: la inmovilizara, la drenara, la convirtiera en un cascarón colgante que solo conservara el eco de lo que había sido.

Imaginó cómo podría eludir a Elia, pero, incluso si lograba hacerlo, no sabría adónde dirigirse. La ciudad-estado, con su inmensidad laberíntica, conformaba un escenario inabarcable, y aunque las salidas de emergencia estaban señalizadas con los típicos letreros verdes, desconocía qué o quién podría esperarla al otro lado de esas puertas llenas de secretos. Tras el asalto, el recinto sagrado se convirtió en el cuartel general de la secta, y la vigilancia era más intensa que nunca. Nuria le explicó que el Reinicio hacía todo lo posible por proteger su nuevo bastión, para no perder el símbolo del poder que habían adquirido en la escena internacional.

A pesar de la feroz batalla librada y el clima de emergencia que la siguió, la asistencia que la secta le brindó durante su embarazo no se vio afectada. Portaba la entidad más preciada sobre la faz de la Tierra, y por ello le siguieron proporcionando cuidados exhaustivos, asegurándose de que las molestias del embarazo fueran mínimas. Pusieron a su disposición una ginecóloga, una matrona, un nutricionista y un fisioterapeuta. Todos trabajaban en equipo y velaban por el bienestar de la Nueva Virgen. Se preguntó si en algún rincón existiría alguna mujer embarazada que recibiera un cuidado tan completo. Si habría miembros de la realeza o de una dinastía económica que fuesen tratados mejor que ella, si bien eso no suponía ningún consuelo al cautiverio.

La matrona, integrante del equipo que la cuidaba, le recomendó una sesión de acupuntura para aliviar sus malestares. Giannina nunca se había sometido a un tratamiento de esta técnica milenaria, y le resultaba sorprendente que una secta ultracatólica mostrara tanto interés en que se sometiera a un procedimiento de origen asiático. Por suerte, Nuria conocía bien los beneficios de este método y no le dejó casi alternativa.

—Es beneficioso tanto para la madre como para el bebé. Diversos estudios respaldan esta práctica. Tú, que eres madre de todos, debes aprovechar los avances médicos para contribuir al bienestar del Redentor.

Una mañana, Elia guio a Giannina a la instalación medicalizada. Se trataba de un espacio de sobria modernidad. Las paredes blancas, salpicadas de detalles dorados, reflejaban una luz suave

que entraba a través de las vidrieras de colores. Camillas se alineaban a ambos lados de la estancia. Eran decenas, idénticas, de acero inoxidable, relucientes bajo la luz blanca y clínica. Unas cortinas translúcidas colgaban entre ellas, como velos suspendidos. Alrededor, los equipos médicos de última tecnología emitían destellos de luz, mostrando los signos vitales de los heridos durante la batalla. Aquellos que estaban conscientes rompieron la quietud del ambiente, marcada por el incienso que flotaba en el aire y los suaves cánticos que se filtraban desde la capilla cercana para alabar a la Madre de Cristo.

La matrona la acompañó a una sala privada, lejos de las miradas de los feligreses. A un costado, una mesa de instrumentos quirúrgicos estaba perfectamente ordenada, con las agujas de acupuntura dispuestas en paralelo con meticulosa precisión. La camilla, equipada con cojines ergonómicos, se adaptaba al paciente, y su sistema hidráulico permitió a la especialista ajustarla con exactitud.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —preguntó la terapeuta y le tomó la mano para comprobar el pulso.

—Bueno, siento molestias en la espalda y en el sacro, si bien lo que me matan son las muñecas. Apenas puedo levantar peso con la mano derecha.

—Es normal que tu cuerpo se debilite desde los dientes hasta los tendones de tu muñeca —explicó la matrona, aplicando una ligera presión con los dedos índice y corazón en la muñeca—. Se debe al incremento de peso, los cambios hormonales y la retención de líquidos. Además, el bebé extrae nutrientes de tu organismo para desarrollarse y fortalecerse. Tu pulso parece ligeramente elevado, concuerda con el de una mujer embarazada —añadió con una sonrisa y dijo—: ¿Me enseñas tu lengua?

Giannina asintió, sorprendida por la petición, y siguió las indicaciones.

—También la zona inferior —indicó la matrona. Giannina levantó la lengua en respuesta—. Está un poco enrojecida. Seguro que también padeces estreñimiento y acidez estomacal.

—Sí, ambas cosas.

—Comprendo. Con el tratamiento aliviaremos las molestias provocadas por el calor que emana de tu cuerpo para dar vida a tu bebé. Por favor, recuéstate.

Obedeció sin dudar, pero un destello de curiosidad la desvió momentáneamente. Por el rabillo del ojo, descubrió algo en la mesa: el teléfono de la matrona, que yacía junto a las agujas. Un sobresalto la recorrió cuando el aparato vibró, produciendo un castañeteo agudo, como el tintineo de pequeñas campanillas, al chocar contra la fría superficie metálica de la mesa auxiliar. Sintió que el móvil había respondido a sus intenciones, si bien fue la matrona quien se disculpó por la distracción, visiblemente avergonzada. Dado que acababa de colocarse los guantes, no pudo desbloquear la pantalla mediante las huellas dactilares, por lo que introdujo un código, que Giannina se grabó a fuego en la memoria.

«Dos, dos, tres, ocho. —Repitió en un ciclo constante la llave de escape—. Dos, dos, tres, ocho».

—Te voy a introducir estas finas agujas de metal en puntos específicos. Al estimularlos, lograré armonizar las fuerzas yin, que están asociadas al frío y la pasividad, con las fuerzas yang, que simbolizan el calor y la energía activa de tu organismo. Este equilibrio restaurará el flujo de tu energía vital, el *qi*, aliviando así los dolores que estés experimentando. ¿Estás preparada para comenzar con las punciones?

Giannina asintió y la especialista le insertó la primera aguja justo entre las cejas.

—¿Cómo te sientes hasta ahora? Si por algún motivo te encuentras incómoda, házmelo saber. Recuerda que nada de lo que hago debería causarte dolor.

—Entendido.

—Este punto es excelente para relajar la mente y estimular la energía de tu organismo —indicó aplicando otra aguja en la frente.

Cada vez que la matrona se giraba y cogía la siguiente aguja, Giannina posaba la vista en el *smartphone* para comprobar que nadie se lo había llevado. Deseaba cogerlo y comunicarse con el mundo exterior.

—El siguiente punto en el canal del intestino grueso aliviará el exceso de calor del que hemos hablado, el cual provoca la acidez estomacal y los problemas intestinales —explicó la terapeuta y colocó con delicadeza otra aguja cerca del codo izquierdo.

Giannina no podía dejar de preguntarse cómo iba a conseguir el móvil sin que la matrona la viera. La amabilidad y la simpatía de la mujer despertaban en ella una tentación de pedirselo directamente, sin tapujos. Por otro lado, sabía que no podía confiar en nadie vinculado al prelado. Le había quedado claro que todos los miembros, al igual que Elia, antepondrían la fe a cualquier compasión que pudieran sentir por su víctima.

Tras la quinta aguja, Giannina actuó movida por el miedo a que se le escapara una ocasión única. En cuanto la matrona tomó otra aguja, sin pensarlo dos veces, posicionó la punta de la que tenía clavada en el brazo contra la pared cercana a la camilla. Con los dientes apretados y el corazón a mil por hora, aplicó fuerza, haciendo palanca en un movimiento brusco, hasta que la sangre tiñó la fría estancia vaticana.

El agudo grito que emitió hizo que la matrona se sobresaltara y tirase todas las agujas al suelo, móvil incluido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la matrona.

—No lo sé —respondió Giannina compungida. No por el dolor de la herida autoinfligida, sino por el temor a que el móvil se hubiese roto en la caída, echando a perder su plan.

—¡Vaya por Dios! —exclamó la especialista alarmada por la sangre—. ¡Cuánto lo siento! Quédate aquí, buscaré gasas para curarte y enseguida vuelvo —prometió la matrona.

En cuanto la matrona cruzó la puerta, Giannina se precipitó hacia el móvil tirado en el suelo. Lo tomó con manos temblorosas, dejando un rastro de sangre sobre las baldosas. Lo manipuló con torpeza, casi sin atreverse a mirar, temiendo que la pantalla no reaccionara, que el cristal estuviera hecho añicos, que todo hubiese sido en vano. Lo escondió entre la ropa interior, apretándolo contra su piel como si pudiera fundirse con ella. La invadió una oleada de emociones: desesperación, miedo, y una súplica muda a un Dios en el que no creía. Se esforzó por pensar en positivo, en visualizar el móvil

funcionando y a ella llamando a sus padres para pedir ayuda. Fue gracias a una certeza que la sostenía: haría lo que fuera necesario para proteger a ese bebé. Aunque el mundo se desmoronara, aunque ella misma se rompiera.

Deseó que las prendas que llevaba pudieran soportar el peso del único lazo que la conectaría con la realidad. Con una respiración entrecortada, se recostó y cubrió con una almohada la herida provocada por la aguja que había arrancado. Justo entonces, Elia entró en la habitación, con el rostro marcado por la confusión. La matrona y Elia la atendieron, curaron sus heridas y le quitaron el resto de las agujas que tenía todavía clavadas. Al terminar, Giannina se disculpó alegando agotamiento y solicitó retirarse a su dormitorio, el único lugar donde Elia le permitiría estar sola.

Cuando estuvo dentro, sacó el móvil con cautela, susurrando el código: «Dos dos tres ocho». Apretó el botón lateral y la pantalla se iluminó con una suave luz. Giannina soltó un suspiro tembloroso al comprobar que el móvil funcionaba. No todo estaba perdido. Reveló una imagen del Niño Jesús en brazos de su madre, una obra de Antonio Allegri da Correggio que Giannina no reconoció. Deslizó el dedo sobre la pantalla, estremeciéndose por la sensación de estar siendo observada, y el teclado numérico apareció ante ella. Con manos nerviosas, comenzó a escribir la contraseña que pronunció por enésima vez, con la esperanza de que aquel gesto pudiera ser la clave para escapar de su oscuro encierro.

—Dos, dos, tres, ocho.

El móvil se desbloqueó y mostró el menú al que tenía acceso.

—¡Sí! —exclamó emocionada.

Temblando de la excitación, indagó en el teléfono, se conectó a internet y accedió al correo para escribirles a sus padres:

«Estoy secuestrada en el Vaticano. En Roma. Por favor, sacadme de aquí cuanto antes. Os quiero muchísimo.

Giannina».

Añadió el título «Socorro», y envió el mensaje. Luego, revisó la bandeja de entrada, y seleccionó dos correos. El primero era de su madre:

«Mi amor:

No hay palabras que puedan describir el dolor que siento al saber que estás lejos, en una situación tan injusta y aterradora. Cada minuto sin ti es una herida abierta que no deja de sangrar.

No paro de pensar en ti, en tus ojos, tu risa, tu fuerza. Eres mi vida. Tu padre y yo hacemos todo lo que está en nuestras manos —y más— para encontrarte y traerte de vuelta. No pararemos, ni un instante.

Aguanta, cariño. Mantente fuerte. Piensa en nosotros, en el amor que te rodea. Todo esto pasará. Yo estaré ahí cuando lo haga.

Te ama profundamente, Mamá.»

El segundo era de Maia, la chica del lago:

«Giannina, no sé ni cómo empezar este correo. Algo extraño está pasando... y necesito contártelo. Ayer fui al médico por unos malestares que no entendía, y después de hacerme varias pruebas... dice que estoy embarazada. ¿Te lo puedes creer? Sí, igual que tú. No entiendo nada. Es muy heavy.

Lo más desconcertante es que no hay una explicación lógica. No he estado en ninguna situación que lo haga posible y, sin embargo, el médico asegura que no hay margen de error.

Lo primero que pensé fue en ti. No sé si esto tiene algo que ver con lo tuyo, o si hay algo más que nos está pasando. Me gustaría contactar contigo lo antes posible. Siento que estamos viviendo algo que escapa a lo normal, y no quiero hacerlo sola.

Me encantaría poder hablar contigo. A lo mejor podrías ayudarme a entender lo que nos pasa.

Con cariño, Maia».

Al leer el correo, Giannina sintió cómo una corriente helada le recorría la espalda. No era solo sorpresa: era la confirmación de que lo que le ocurría no era un delirio solitario. Maia —la joven del lago— era víctima de un caso tan enigmático como el suyo. Aquello no podía ser una coincidencia. Tal vez, después de todo, existía una explicación racional, lejos de las teorías místicas del Reinicio.

Intentó volver a la pantalla de inicio, pero deslizó el dedo con demasiada fuerza. De pronto, una serie de noticias la golpeó como

una ráfaga: su nombre aparecía en varias de ellas. Sintió un vértigo eléctrico, como si la realidad se hubiera fracturado.

«La Nueva Virgen conquista la Ciudad Sagrada». «El papa es crucificado por la Virgen». «La Madre del Mesías destrona al papa».

Más allá del estruendo sensacionalista, otros titulares captaron su atención. Hablaban de mujeres y niñas en distintas partes del mundo que, como ella y Maia, habían concebido sin intervención sexual. Casos documentados, inexplicables, pero reales.

Un escalofrío de incredulidad —y, curiosamente, de alivio— la invadió. No estaba sola. Su experiencia no era única, sino parte de un fenómeno global. Y eso, en su mente científica, abría una puerta a la esperanza. Si había más casos, sería más fácil resolver el misterio y desenmascarar el milagro.

Tras semanas de aislamiento impuesto por el Reinicio, sus principios habían comenzado a tambalearse. La realidad parecía conspirar para obligarla a aceptar lo imposible. Lamentaba que tantas jóvenes estuvieran atrapadas en esa misma paradoja. Pero también sabía que, cuantos más casos aparecieran, más fácil sería recopilar datos y más cerca estaría de entender la verdad.

Los artículos frente a ella brillaban con imágenes sugestivas y titulares diseñados para seducir. Sintió la tentación de sumergirse en esa vorágine y leerlos todos, uno a uno, como habría hecho en su vida pasada. Pero se contuvo. Con un gesto firme, pospuso la lectura y se preparó para grabar un vídeo. Necesitaba ayuda. Y esta vez, no pensaba callar.

—Me llamo Giannina Christofonti, soy ciudadana estadounidense y astronauta de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio. En este momento, me encuentro secuestrada en la Ciudad del Vaticano, en Roma, por una secta de extremistas que creen que soy la Virgen María y que llevo en mi vientre a un nuevo Jesucristo. Ruego a quien escuche estas palabras que me auxilie. Les pido que transmitan este mensaje a las autoridades estadounidenses o italianas para que movilicen a la policía o al ejército y me rescaten de estos fanáticos. La situación es crítica: algunos de ellos desean extraerme sangre para convertirla en un remedio milagroso que cure sus enfermedades. No sé qué harán conmigo ni con mi bebé. Son

capaces de cualquier atrocidad; han atacado la Santa Sede e incluso han crucificado al papa. Por favor, les suplico que nos ayuden. Sáquenlos de aquí.

En ese instante, escuchó algo en el pasillo e interrumpió la grabación. Tenía que enviarla o no serviría de nada. En un rápido vistazo, encontró en el menú de inicio del dispositivo de la matrona una aplicación de vídeos cortos. Sin demora, la activó y logró subir el vídeo recién capturado justo antes de que Nuria y Elia irrumpieran furiosas en el cuarto, escoltadas por varios miembros del Reinicio, que registrarían cada rincón en busca del teléfono extraviado por la matrona.

CAPÍTULO TREINTA

—NADIE VENDRÁ A rescatarte —aseguró Nuria mientras caminaba bajo la majestuosidad de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

Avanzó entre las esplendorosas decoraciones de la sala que, por lo general, se llenaba de turistas cuando concluían el recorrido por el Vaticano. En ese momento servía de sala de reuniones para los altos cargos del Reinicio.

—¡Pagaréis por vuestros crímenes!

—Nadie puede desafiar los designios del Todopoderoso.

—Estáis locos. ¡LOCOS! ¿Cómo creéis que las autoridades os permitirán que hagáis lo que queráis?, ¿que atacéis, robéis y sacrificéis inocentes a vuestro antojo?

—No se trata de lo que nosotros queramos, hija mía, sino de lo que quiere Dios.

—Mi mensaje llegará al Gobierno estadounidense y, en cuanto averigüen mi paradero, movilizarán un equipo para liberarme. No van a permitir que una astronauta norteamericana sea secuestrada y retenida como parte de vuestros retorcidos planes.

—¿Crees que no saben ya dónde estás? ¿Que habríamos planeado y ejecutado tu rescate en el golfo de México y tomado el control de la sede papal sin que la CIA se enterara? ¿Acaso vuestro presidente no juró la toma de posesión sobre la Biblia en lugar de usar la Constitución? ¿No fue ante Dios que prometió servir al pueblo estadounidense, defendiendo esa Constitución, la democracia y el bien público, en lugar de hacerlo solo ante los ciudadanos que lo eligieron? ¿Puede que fuese justo a nuestro Señor celestial al que solicitó ayuda para ejercer el cargo con integridad y así prevalecer sobre los enemigos de vuestra nación? ¿Crees que aquellos hombres

que temen tanto al Todopoderoso tomarán medidas contra los fieles que seguimos la Palabra Divina? ¿Que se enfrentarán a nosotros, que protegemos al Mesías en el Segundo Advenimiento y desbrozamos el camino marcado por el Creador?

—No son más que formalidades, parte del protocolo.

—Abraza esa idea si te permite dormir mejor por las noches. No obstante, insisto en que detengas de una vez tus fútiles intentos de escapar. Sabes que son en vano. Tu sitio está en la Santa Sede, junto a nosotros. ¿Ves estas escenas del Antiguo Testamento, con las majestuosas representaciones que Miguel Ángel plasmó para que comprendamos la magnificencia del plan divino? —dijo, y señaló con la mano las infatigables escenas que las observaban en los muros de la Capilla Sixtina—. Abarcan desde la creación del mundo y del hombre con Adán y Eva hasta las consecuencias del pecado original que cargamos. ¿Ves la caída de Noé en la embriaguez? Simboliza el lado más oscuro de nuestra especie, cargada de errores, culpa y dolor por nuestra debilidad terrenal. Eso es lo que buscamos erradicar, y el fruto que llevas en tu vientre lo hará posible.

—Jamás permitiré que toquéis a mi hijo.

—¿Cuándo vas a entender, querida niña, que no es tu hijo, sino el hijo de Dios, y por tanto Padre, Hijo y Espíritu Santo amalgamados en la Santísima Trinidad? Es el Reinicio el que no permitirá que ni tú ni nadie nos arrebate a nuestro Salvador. La misión que Dios nos ha encomendado es salvar a la humanidad. Daremos nuestra vida por ello.

Giannina huyó desesperada sin pensarlo dos veces. Elia, tensa, aguardó el gesto de Nuria para seguirla. Cuando recibió la orden, la alcanzó con facilidad debido al embarazo. Giannina estaba harta de estar encinta. De que no fuese ella quien decidiese sobre su cuerpo, desprovista de toda autonomía. Y al mismo tiempo, una parte de ella se preguntó qué significaba en realidad llevar una vida dentro si no podía regir la suya propia. Lloró por la frustración de que la hubiesen atrapado de nuevo. Forcejeó casi con desánimo, consciente de la inutilidad del intento. Poco después de que Elia pusiera fin al improvisado intento de fuga, Nuria las alcanzó.

—¿Estás loca? —le reprochó—. ¿Qué pasa si te caes por las escaleras en uno de tus ridículos intentos de escapar? —Rabiosa se giró para dirigirse a Elia y le dijo—: Átala a la cama, no podemos permitir que sufra un accidente que ponga en peligro al Salvador.

De pronto, le vinieron a la cabeza tanto el correo de Maia como los artículos que había leído sobre otras mujeres que habían experimentado embarazos misteriosos.

—¿Por qué creéis que llevo al Mesías dentro de mí si hay cientos de mujeres por todo el mundo embarazadas sin que hayan tenido relaciones sexuales?

—Porque tú eres la primera —sentenció Nuria.

—¿No veis que existen varias posibles explicaciones a los embarazos misteriosos? No hace falta recurrir a milagros divinos ni a la llegada de un nuevo Cristo a la Tierra.

—La Biblia nos enseña a recibir con los brazos abiertos a aquellos de creencias frágiles, ofreciendo comprensión y apoyo. Por otro lado, también nos insta a evitar disputas con ellos, porque vivimos basados en la fe, no en lo que nuestros ojos pueden ver. Solo a través de la fe vislumbramos el plan que el Altísimo tiene para nosotros. Nuestra percepción de la realidad está limitada por nuestra mente humana. Solo con nuestros ojos no podremos comprender la obra del Señor. Elia, por favor, llévatela a sus aposentos antes de que haga otra tontería.

—Ya nos la llevamos nosotros —dijo la voz grave de un hombre ataviado con las túnicas características de la secta, y sorprendió por igual a Giannina y a las carceleras.

—¿Zoido? ¿Qué estás haciendo aquí? —le recriminó Nuria.

—Vengo a por la Santa Virgen.

—No es tuya para tomarla a tu antojo —lo amenazó Nuria.

—Eso ya lo veremos.

Zoido hizo un gesto a sus acompañantes, que liberaron a Giannina del fuerte agarre de Elia, y sujetaron con fuerza a las tres mujeres, impidiendo que Nuria utilizara el teléfono para pedir ayuda. Acto seguido, las esposaron con bridas de plástico, que apretaron con tal vigor que la piel cedió bajo la presión e hilos de sangre fluyeron por las muñecas de las esposadas.

—No dejaremos que os interpongáis en nuestro camino — prometió Zoido.

—¡ESTÁS LOCO! ¡No hagas esto! ¡Dios ha mandado a Cristo para salvarnos a todos, no solo a ti! —gritó Nuria.

—Prefiero que comience salvándome a mí; después veremos qué les queda a los demás.

—¡Eres un egoísta, un necio! —chilló Nuria y forcejeó para escapar, como tantas veces había visto hacer a Giannina.

La bala que Zoido le disparó en la frente la hizo callar para siempre. El grito de Elia estalló en el aire, tan desgarrador como el estruendo del cuerpo de Nuria al desplomarse muerto en los pasillos del Vaticano.

—Con temor a Dios y celo por la pureza de la verdadera fe, expío vuestras almas herejes, erradico las sombras de la duda e ilumino el camino de los que quedamos —rezó Zoido. Acto seguido, dirigió el arma contra Elia y le arrebató la vida con la misma facilidad con la que se la había quitado a Nuria.

Giannina soltó un chillido con el disparo enmudecido. Con todo lo que había vivido hasta entonces, el miedo y el rencor que sentía hacia Elia eran profundos. Sin embargo, al ver su cuerpo caer, una punzada de tristeza inesperada la atravesó. Era la muerte de su carcelera, sí, pero también de su única compañía en ese infierno, la única persona que, a su manera retorcida, había intentado «acompañarla».

Zoido guardó el arma bajo la túnica, realizó una seña para que escondieran los cadáveres detrás de unos muebles de la sala en la que se encontraban y, de inmediato, todos se colocaron los capirotes y arrastraron la presa por los pasillos del Vaticano.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó Giannina cuando reconoció al hombre que dirigía al grupo, aquel que en la sala de audiencias había dicho que tenía cáncer terminal y que le quedaba menos de un año sobre la faz de la Tierra.

—Pronto lo descubrirás —respondió Zoido, y la guio por una serie de pasillos enrevesados.

No notó las armas de gran calibre equipadas con silenciadores de los nuevos centinelas hasta que uno de los escoltas enmascarados

disparó dos ráfagas y neutralizó a un miembro de la secta con el que se cruzaron. Su propio deseo se volvió en su contra. Anhelaba escapar del Reinicio y liberarse del cautiverio en la Santa Sede. No obstante, cambiar unos secuestradores por otros no entraba en sus planes, y mucho menos si pretendían extraerle sangre por sus supuestas propiedades sanadoras.

Al salir del edificio, el comando que la escoltaba eliminó rápidamente al equipo de seguridad desplegado en una calle lateral del Vaticano. En ese instante, dos Porsche Taycan negros emergieron de la nada; tan silenciosos que tenían que ser eléctricos. Los vehículos se detuvieron y el equipo de extracción subió a bordo con la captura. Una vez dentro de las berlinas, aceleraron con una fuerza impresionante y atravesaron las calles romanas a toda velocidad. No pasaron ni cinco minutos desde el inicio de la marcha cuando, de repente, los motores se apagaron y las berlinas comenzaron a perder velocidad.

—¿Qué está pasando? —estalló Zoido.

—No lo sé —contestó el chófer.

—¿Por qué estás frenando?

El vehículo disminuyó de velocidad hasta detenerse por completo en medio de un callejón.

—No estoy frenando. El coche no funciona.

—¡Dios mío! No me puedo creer que hayas sido tan inepto como para olvidarte de cargar el vehículo para la operación.

—Por supuesto que lo cargué. Hace nada marcaba que la batería estaba al máximo.

—Pues enciende de nuevo el maldito coche, macho, y sácanos de aquí ahora mismo.

—¡Eso es lo que estoy intentando, maldita sea! Pero no arranca...

—argumentó el conductor y apretó el botón de encendido una y otra vez sin conseguir nada.

—¡Me cago en la puta, salid del maldito coche!

En el momento en que Zoido descendió del automóvil por la puerta del copiloto, el estruendo de un disparo sin silenciador le impactó en la cabeza y lo derrumbó al suelo, al igual que había ocurrido con Nuria y Elia momentos antes. Nuevos proyectiles

destrozaron el parabrisas del Porsche y convirtieron las esquirlas de cristal en metralla que laceró el rostro de Giannina en varios puntos. Intentó contener el dolor y protegerse de más fragmentos ocultándose tras el asiento delantero. Miró entre los dedos lo que estaba sucediendo y, al ver el cadáver ensangrentado de Zoido, pensó que él habría disfrutado de un año de vida completo si no hubiera optado por arriesgarlo todo en busca de una cura milagrosa.

Una nueva ráfaga de proyectiles la arrancó de sus pensamientos y la devolvió a la brutalidad de la realidad. Se agachó rápidamente dentro del vehículo, cubriéndose la cabeza con los brazos esposados, intentando protegerse. Los disparos cesaron tan repentinamente como habían comenzado y, casi al instante, un tercer par de manos la apresó con un vigor implacable y la arrancó del auto eléctrico inutilizado.

La llevaron a rastras hacia una furgoneta vieja, de motor de combustión interno, cuyos aullidos mecánicos rompían el silencio de la noche. Esas manos no parecían humanas, carecían de piel porque estaban envueltas en gruesos guantes. Además, su dueño permanecía completamente encubierto, su rostro invisible, como si la oscuridad misma lo hubiera reclamado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—¿QUIÉNES SOIS? —PREGUNTÓ Giannina, harta de tener que repetir la misma pregunta una y otra vez, ya que no podía elegir su compañía desde su regreso del espacio.

Mientras los escrutaba con mayor minuciosidad, descubrió la razón por la que no había reconocido ninguna cara al principio. Las enigmáticas figuras que los habían abordado a la salida del Vaticano estaban ataviadas con trajes de protección integral de un negro impoluto, que los envolvían de la cabeza a los pies.

—Eso es información clasificada —replicó una voz áspera, distorsionada por la mascarilla.

Aunque hablaba inglés con fluidez, Giannina detectó un acento alemán con ceceo en el conductor. Se hallaba inmovilizada en el compartimento de carga de un furgón.

—¡Dejad que me vaya!

—Eso no ocurrirá. Hemos invertido demasiado en capturarte.

—¿Por qué? ¿Qué os he hecho?

—Deberías agradecernos que te hayamos librado de esos fanáticos religiosos.

—Gracias por rescatarme. Ahora, por favor, liberadme.

—Ya te he dicho que no dejaremos que te vayas.

—Entonces, no me habéis rescatado en absoluto. Me habéis vuelto a secuestrar. ¿Por qué no me dejáis en paz?

—*Silenzio!* —gritó el copiloto en italiano.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y abandonó el asiento en la cabina para adentrarse en el habitáculo trasero.

—No me callaré. No soy un objeto que podáis intercambiar como si fuera una carta de colección. Soy una persona, ciudadana estadounidense, y tengo derechos que deben ser respetados.

—No estás en América, y no lo estarás por un tiempo —dijo el copiloto, que rebuscó algo en una mochila.

—¿A dónde me lleváis?

—Pronto lo descubrirás, belladona —dijo el italiano con una sonrisa de satisfacción, mientras encontraba lo que buscaba—. Ahora, a descansar.

—Espera... —balbuceó Giannina.

Antes de que pudiese decir algo más, el copiloto se había acercado y sintió un pinchazo que le robó la consciencia.

En la oscuridad del sueño forzado, Giannina se deslizó por paisajes imposibles: un cielo donde los planetas flotaban como linternas y un niño de ojos oscuros que la observaba desde una estrella. No sabía si era su hijo o un símbolo, solo que la anclaba al cosmos con un hilo invisible. Sentía que algo especial se gestaba dentro de ella y que lo que ocurría a su alrededor era parte de una guerra silenciosa entre lo humano y lo desconocido.

Cuando recobró el conocimiento, sintió el movimiento oscilante de un vehículo, aunque se dio cuenta de que ya no se encontraba en la furgoneta en la que la habían metido después del asalto al comando de Zoido. Esa vez la transportaban en un vehículo más cómodo y, por la luz que se filtraba por las ventanillas descubrió que se trataba de una caravana de pequeñas dimensiones. No pensó que jamás extrañaría las antiguas estancias del Vaticano, ni siquiera las lujosas vistas de la finca de la isla del santuario. La habían degradado de categoría en esas vacaciones forzadas.

Mientras la neblina del somnífero comenzaba a disiparse, Giannina se preguntó, con un nudo en el estómago, si sus nuevos captores habrían usado químicos que pudieran dañar al bebé. Permaneció inmóvil y en silencio, consciente de que cualquier movimiento podría delatarla. Los secuestradores habían dejado claro en su última conversación que no hablarían con ella ni le explicarían sus intenciones. Era una postura muy diferente a la de Jacobo y Nuria, que, pese a sus miradas, sus rezos y sus planes, habían demostrado que más que protegerla; buscaban preservar a ella y al bebé.

Los nuevos secuestradores, en cambio, eran ciegos a su humanidad. No la veían como mujer, madre o víctima: solo como un contenedor. Esa despersonalización le pesaba más que las cuerdas en sus muñecas.

Nunca lamentaría la ausencia de los miembros del Reinicio; no había sucumbido al síndrome de Estocolmo ni sus creencias habían logrado calar en ella. Sin embargo, tenía otra referencia de carceleros, y no podía evitar comparar la aparente deferencia que había recibido en su anterior cautiverio con la frialdad con la que la trataban en ese momento. Aún tumbada y con las cuerdas sujetándole las muñecas y los tobillos, escuchó las voces que llegaban desde el otro extremo del vehículo en el que viajaba.

—Lo de Kaido es una obra maestra de ingeniería informática clandestina. Infiltró sus sistemas como si fueran queso suizo. Nos facilitó una ventana para la extracción y ha funcionado. No solo dio con el mejor momento para capturar a nuestra presa, sino que el cabrón también inutilizó los cochazos de esa panda de meapilas con túnicas.

—Es un mago de primera categoría, tienes toda la razón.

—No me creo que haya llegado este momento. ¿Lo entiendes, chaval? Esto es grande. El despertar es inminente. ¡Es la hostia! —exclamó el italiano con entusiasmo.

—Cálmate, hombre —respondió el conductor.

—¿Cómo esperas que me calme, tío? ¿Tienes idea de lo que hemos logrado? Llevamos años, qué coño, décadas, luchando contra los tiranos extraterrestres que quieren doblegar a la humanidad, mirando al cielo en busca de una señal, la mínima evidencia de vida fuera de la Tierra. Años destapando los avistamientos encubiertos por gobiernos de todo el mundo. Y hoy, tío, ¡JODER! ¡Hemos conseguido un encuentro cercano del séptimo tipo! ¿Comprendes? Un maldito encuentro del séptimo tipo, la creación de un híbrido humano-extraterrestre. ¿Eres consciente de lo que eso implica?

—Sí, Dante, claro que lo sé. ¿Por qué demonios crees que iba a estar viajando contigo si no lo supiera? ¿Acaso piensas que eres el único pensador expansivo? —respondió Onno, esfumada la poca paciencia que tenía.

—Estoy flipando, tío.

—Bueno, trata de comportarte como un explorador consciente de la verdad, que pronto vamos a llegar.

—Esto es increíble. Acabamos de capturar el primer ejemplar irrefutable de una especie extraterrestre, y estamos a punto de cambiar la historia de la humanidad. Incluso si es un híbrido, sigue siendo algo que nadie ha conseguido antes. Seremos putos famosos. Haremos historia. Sacaremos al mundo de la corriente principal de pensamiento.

—No te emociones tanto, macho, que todavía no hemos logrado nada.

—¿Qué me estás contando? No seas aguafiestas, Onno.

—¿Tenemos acaso un test de ADN que demuestre un origen extraterrestre?

—Vamos, Onno, eso lo conseguimos en un abrir y cerrar de ojos. Basta con que saquemos sangre al feto y *ecco!*, tendremos una maldita evidencia de vida alienígena.

—Si le hacemos daño al crío, no solo perdemos la prueba, sino también nuestra única oportunidad. Esto exige precisión, no machetes. No creo que existan vídeos en YouTube que enseñen a aficionados cómo comprobar la procedencia extraterrestre de un bebé en el útero.

—¡Me da igual si hay que rajarla para sacar al bicho! —exclamó Dante, que hizo aspavientos en el aire y simuló una cesárea improvisada.

—¡No digas disparates! —gritó Onno y giró con brusquedad el volante de la caravana para tomar una curva pronunciada.

—Joder, algo tendremos que hacer...

—Por supuesto, tío. Pero ahora que hemos encontrado nuestra presa gracias a las artimañas cibernéticas de Kaido, no descuartizaremos la única certeza de contacto con vida extraterrestre. Imagina que dañamos al pequeño. ¿Exterminarías al único alienígena identificado hasta la fecha? —lo retó Onno, preocupado por las consecuencias.

—Eeeh, no sé.

—Imagina que lleva a un visitante espacial enviado de otra civilización, un embajador cósmico. Si lo primero que hacemos es matarlo, podrían considerarlo un acto de guerra, y sus compatriotas nos atacarán sin preámbulos. ¿Qué pasa si nos trae un mensaje de una sociedad superavanzada? Puede enseñarnos a generar energía limpia e ilimitada, a sanar enfermedades incurables hoy en día, a combatir el cambio climático o incluso a viajar más allá del sistema solar. ¿Serías el gilipollas que privó a la humanidad de todos esos avances solo por tu puñetera impaciencia?

—Joder, no, Onno, no sé, si lo pones así, tío... —respondió Dante.

El camión disminuyó la velocidad, y Giannina reconoció el crujir de la grava bajo las ruedas, que se tambaleaban de un lado a otro con cada bache que atravesaban.

También sintió un cambio en el aire, húmedo y terroso, con olor a musgo y a neumático caliente, hasta que un aroma a purines la golpeó.

—Mira, Dante..., no somos piratas espaciales. Somos pioneros. Así que nada de locuras. Tú mismo lo has dicho: estamos en la delgada línea entre la historia y la extinción. No la jodamos. Seamos cautelosos, porque nuestras acciones en este momento determinarán el destino de nuestra raza. Así que, por favor, no hagas nada estúpido de lo que el resto de nuestra especie deba arrepentirse.

Al decir esto, apagó el motor y se bajó del transporte.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

ONNO ABRIÓ LA puerta trasera de la caravana y le dio un par de palmadas a Giannina en la mejilla para que despertase. Ella simuló que se desperezaba para recuperarse del efecto del somnífero.

—¿Dónde estamos? —preguntó con un hilo de voz.

—Hemos llegado. Voy a desatarte y a sacarte del camión. Quiero que camines y que no hagas ninguna tontería. ¿Entendido? — anunció Onno con brusquedad.

Giannina asintió, pero una vez que puso los pies en el suelo, realizó un movimiento brusco, desestabilizó al captor y corrió por enésima vez.

Aunque no sabía a dónde la llevaban, por experiencia intuía que tendría más oportunidades si escapaba durante el traslado que una vez encerrada en una celda, por más que estuviera decorada por artistas de la talla de Miguel Ángel.

Las manos de Dante frustraron de manera fulminante el intento de fuga: la atrapó y cayó de rodillas al suelo. Giannina sintió la tierra húmeda bajo su cuerpo.

—*L'ho presa!* —dijo este al darle caza.

—¡Maldición! —exclamó Onno con voz entrecortada debido al esfuerzo que le supuso perseguirla, dado el marcado sobrepeso—. ¡Te he dicho que no hicieses ninguna estupidez! ¿Qué parte de «camina sin hacer tonterías» no has entendido? —resopló Onno, molesto pero más controlado—. Esto no es un juego, y tú no estás en condiciones de desafiar las reglas.

—¡AUXILIO, SOCORRO! ¡QUE ALGUIEN ME AYUDE! —gritó Giannina, desesperada hasta que Onno le colocó una mordaza con desprecio.

—Vamos, métela dentro. Seguro que los chicos están deseando conocerla.

Giannina forcejeó sin éxito conforme Dante la introducía en lo que parecía una granja en medio del campo. Las manos de Dante la obligaron a alzarse. Olía a estiércol, gasolina y sudor. No sabía dónde estaba, pero sentía que había llegado a un lugar sin límites morales. El silencio del campo era tan espeso como el miedo que anidaba en su pecho. No era solo por ella, sino también por lo que llevaba dentro. Cada paso que daban la alejaba más de toda esperanza de recuperar la libertad.

El comité de bienvenida estaba formado por un grupo de individuos vestidos con trajes de protección personal, que ocultaban su humanidad, pero no su emoción. A pesar de las barreras de tela y plástico, sus vítores resonaron con una energía palpable, y sus aplausos, amortiguados por los gruesos guantes, se convirtieron en un eco vibrante de entusiasmo.

—¡Lo han logrado! —exclamó maravillado el primero de los presentes.

—¡Felicidades! —celebró el segundo con euforia.

Desde su rincón, Giannina contemplaba los rostros apenas visibles tras aquellos trajes herméticos. Parecían réplicas de una fe ciega, celebrando algo que para ella rozaba lo monstruoso. Le recordaban a los miembros del Reinicio, ocultos bajo sus capirotos de nazarenos penitentes, aunque esa vez vestían de blanco en lugar de negro. Pensó en el yin y el yang, pero sin espacio para la luz: eran solo dos matices de la misma oscuridad. Cada aplauso le sonaba a bofetada. La ovación era una soga invisible que la ataba al delirio común. Era de nuevo un trofeo: aclamada por una multitud de fanáticos incapaces de ver su humanidad.

—Compañeros, os presento a Giannina Christofonti —anunció Onno con solemnidad—. El primer caso de concepción entre especies. Nuestro momento ha llegado.

A pesar de que los aplausos fueron nuevamente sofocados por los guantes que todos los asistentes llevaban, la emoción en el ambiente era innegable.

—El camarada Dante y yo hemos deliberado sobre la mejor manera de proceder con este asombroso espécimen. Quiero que quede claro para todos que nadie, repito, nadie debe actuar por iniciativa propia. No arruinaremos todo lo que hemos logrado hasta ahora contra la teoría conspirativa de amplio espectro por un arrebató de estupidez.

—¿Eso qué significa? —preguntó con curiosidad uno de los miembros del movimiento.

—Sabéis que tenemos normas muy claras en Masanon. La logia decidirá los siguientes pasos usando la democracia, igual que hemos hecho hasta ahora. Solo así sobreviviremos a la tormenta perfecta y acabaremos con el experimento social cósmico. Solo así evitaremos que los enemigos de la humanidad conviertan la energía humana, cosechada mediante la extracción de sangre de niños inocentes, en mercancía. Por fin derrocaremos a la clase gobernante tiránica que colabora con los alienígenas.

Un murmullo recorrió a los presentes, pues nunca habían hablado en el grupo sobre qué harían si lograban dar caza a Giannina; en aquel entonces, parecía una meta imposible de alcanzar.

—La situación ya está muy jodida —anunció Onno—, y se complicará aún más, sobre todo para aquellos que traicionan a nuestra especie y se alían con los colonizadores interplanetarios. Nosotros iremos hasta el final, lucharemos a escala global en los campos o en las calles, nunca nos rendiremos. Porque donde va uno, vamos todos.

—Tenemos que tomar cuanto antes una muestra de ADN y comprobar el origen extraterrestre —intervino Dante—. ¡Joder! ¿Os imagináis que tuviera superpoderes? Superinteligencia, telepatía, fuerza sobrehumana.

—Está claro que la superinteligencia no te la ha contagiado —bromeó otro de los adeptos con un tono sarcástico.

En algún rincón de su mente, Giannina recordó un pasaje del Génesis que Elia le había leído. El caos antes de la creación. El abismo antes de la luz. ¿Sería ella el principio de algo nuevo o el final anunciado? Su vientre ya no era suyo: se había convertido en

símbolo, en altar, en detonador. Pero nadie le preguntaba qué sentía. Nadie reparaba en que, entre celebraciones y teorías delirantes, había una mujer atada, con miedo de perderse en el ruido de aspiraciones ajenas, un experimento, un objeto.

—En cualquier caso, debemos considerarla muy peligrosa — advirtió Onno—. Es portadora, al menos, de una enfermedad que afecta a todas esas mujeres que se han quedado embarazadas por arte de magia. Quizá sea una plaga que doblegue a la humanidad. Mi teoría es que todos esos bebés son híbridos de la especie extraterrestre que pretenden colonizarnos. Vivimos tiempos desafiantes de cojones. Es hora de que naveguemos juntos el caos y saciemos nuestra sed de verdad. Estamos hartos de que nos manipulen como títeres. No cejaremos en nuestra búsqueda de la verdad. Llegó la hora del gran despertar. Organizaremos el caos. No nos derrotarán. No somos una secta sin rumbo. Somos observadores que el mundo ha ignorado. Somos la ruptura del velo. Esto no es fanatismo, es la única salida posible para sobrevivir a la batalla galáctica que nos imponen. Somos el ejército de los despiertos, invencible, implacable. Donde va uno, vamos todos. Por eso usaremos a nuestra prisionera y con ella espabilaremos a todos los ingenuos. Conseguiremos más soldados para nuestra lucha y rescataremos al mundo de las élites satánicas que han impuesto un nuevo orden mundial, confabulado por los extraterrestres y sus cómplices del estado profundo.

—¿Creéis que pretenden extinguir a la humanidad? —comentó uno.

—¿Te refieres a que todo esto es un castigo porque no cuidamos nuestro planeta y lo explotamos sin control? —dijo otro.

—Entonces, ¿quieren sustituirnos por una nueva especie? — planteó un tercero.

—¿Y si el patógeno se transmite por el aliento? No pienso acercarme sin la escafandra puesta —bromeó uno, y un par se rieron con nerviosismo.

—Todas vuestras hipótesis son opciones legítimas, por eso debemos prepararnos para el próximo evento catastrófico —comentó Onno—. Puede ser el fin del mundo... o el inicio de una nueva era,

marcada por la salvación y la utopía en la Tierra para quienes logren sobrevivir. Por eso usamos trajes de protección. Recordad, solo podéis entrar en contacto con el espécimen si estáis bien protegidos. Solo así evitaremos la transmisión de agentes infecciosos de origen extraterrestre.

—Vamos, que solo nos la podemos follar con condón —sonrió uno del grupo.

—¿A ti siempre te han molado las embarazadas o es un nuevo fetiche? —respondió con sorna otro.

—¡Ya basta! Esto es un asunto serio, maldita sea —los reprimió Onno—. Después de todo el empeño que hemos puesto para llegar hasta aquí, pronto probaremos la existencia de vida extraterrestre y desenmascaremos los oscuros planes de la gran conspiración. No podemos permitirnos errores. Dejad de hablar de manera irresponsable, que no sois quinceañeros. Demostrad que tenéis dos dedos de frente. ¿Entendido?

—Vamos, Onno, solo estaban de chanza —se quejó Dante—. Esto no es un velatorio. No hay nada de malo en divertirse un poco, sobre todo ahora que celebramos el éxito de nuestra captura. Le hemos arrebatado la puta reencarnación de la Virgen María a esa panda de locos sectarios.

—Locos con mucho poder. No subestiméis al Reinicio. Ya sabéis lo que hicieron en el Vaticano y nadie les ha tocado un pelo. Buscarán a esta preciada reliquia con todos sus recursos, que no son pocos. Tras escindirse de la logia masónica Propaganda Due, los miembros del Reinicio han mantenido lazos con los gobiernos ultraconservadores italianos, españoles, y vete tú a saber con quién más. Así que tienen el respaldo de la Policía, las Fuerzas Armadas y el Poder Judicial, aparte de la Iglesia, claro está. Seamos precavidos y no cometamos errores de novatos.

—Venga, hombre... —empezó Dante y fue cortado a media frase.

—Ya habrá tiempo para celebraciones. Vamos al grano. Aseguremos primero a la prisionera. Kaido, ¿tienes el equipo preparado?

—Sí, todo está listo.

—Excelente. Conéctala de inmediato antes de que intente otra fuga. En cuanto hemos bajado de la caravana, se ha escapado como una liebre ante un galgo —dijo Onno.

—Bueno, igual no tan rápido como una liebre. Lo que pasa es que tú no alcanzarías ni a una tortuga —comentó Dante y avivó las risas entre varios integrantes del grupo.

—¡Que os den a todos!

En ese momento, otro miembro de la banda, cuya envergadura sobresalía sobre el resto de los presentes y al que Giannina no había escuchado hasta ese momento, aprovechó el revuelo y tomó la palabra con una profunda voz de locutor de radio.

—Podréis seguir con vuestra batalla de gallos más adelante. Es hora de que le mostremos sus aposentos a nuestra invitada.

—¡Entendido, capitán Ragnar! —se burló Dante, que levantó el brazo derecho e imitó un saludo nazi, para luego dirigirse al otro compañero, incapaz de desobedecer al nuevo contrincante—. Vamos, Kaido, ayúdame a llevarla a tu sala de juegos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

DANTE Y KAIDO levantaron a Giannina que, impulsada por el miedo, forcejeó una vez más. La llevaron a rastras por un largo pasillo, haciendo crujir el suelo de madera, mientras ella escudriñaba el entorno como un animal acorralado. El aire sabía a polvo y plástico quemado. Un escalofrío le recorrió la espalda.

La condujeron a una habitación revestida de paneles insonorizados y protegida por una malla que bloqueaba ondas electromagnéticas. En el centro de la estancia había una camilla inclinada, rodeada de varios ordenadores, un soporte para sueros y un monitor de constantes vitales típico de los hospitales.

Kaido se acercó con una calma casi ritual. En sus manos llevaba el equipo: unas gafas de realidad virtual de diseño opaco, unos cascos acolchados que parecían pertenecer a un pinchadiscos profesional y un pequeño panel con electrodos conectados por finos cables plateados.

—Esto puede parecer incómodo al principio —murmuró mientras colocaba con cuidado las gafas sobre el rostro de Giannina—, pero pronto no notarás nada más que lo que el sistema quiera que sientas.

La tumbaron en la camilla del tanque de suspensión sensorial y la aseguraron con las bridas que tenía incorporadas. Se retorció y mordió la mordaza, sumiéndose en un estado de desesperación, ya que desconocía qué le harían los secuestradores enmascarados.

Kaido le ajustó los cascos sobre sus oídos, envolviéndola en un silencio artificial. Luego, con precisión quirúrgica, fue aplicando los electrodos en puntos específicos de su cabeza: sienes, nuca, frente. Cada uno estaba calibrado para enviar pequeñas corrientes eléctricas directamente al cerebro.

En ese momento, vio que el individuo de gran estatura entraba en la sala y lo urgía con su grave voz.

—Kaido, dale caña.

El interpelado obedeció, encendió los ordenadores y manipuló con destreza el teclado de un complejo sistema informático, cerrando la compuerta del tanque. Luego, se volvió hacia Giannina y le habló por el intercomunicador.

—Supongo que te preguntas qué es todo esto... Me llamo Kaido, y espero que te guste mi creación, porque la diseñé para ti. Este es mi legado: El Sistema de Despliegue de Estímulo Sensorial, aunque mis compañeros lo llaman el Controlador de Almas. Funciona como un regulador de la mente: recoge tus respuestas fisiológicas, identifica patrones emocionales y ajusta el entorno digital para moldearte. Es un dispositivo de suspensión sensorial digital que utiliza imágenes, sonidos y estimulación transcraneal con corriente directa, generados por ordenador, para aislarte del mundo real. Eso no es todo. La clave está en el sistema de inteligencia artificial que monitoriza tus signos vitales: presión arterial, pulso, temperatura corporal, dilatación de pupilas... y ajusta las imágenes, el sonido y las corrientes transencefálicas que experimentas con un propósito determinado. Si deseamos que te sientas triste, la máquina presenta diferentes estímulos hasta que encuentra aquellos que te entristecen. Si queremos que estés feliz, funciona de la misma manera. En resumidas cuentas, es una especie de droga digital — concluyó con una risita nerviosa, un destello de la propia fascinación que el artilugio ejercía sobre él.

Se movía con nerviosismo por la sala, como si fuese a hacer un truco de magia por primera vez en un escenario abarrotado de público.

—Algunos de nosotros lo usamos para colocarnos y aumentar la actividad de los neurotransmisores en el cerebro: dopamina o serotonina, sin los efectos secundarios de las sustancias psicotrópicas. Si bien eso no evita que experimentemos una especie de adicción a los estímulos que provoca, que son increíbles —dijo, y abrió mucho los ojos surcados por derrames, que habitaban en unas profundas cuencas ojerosas. Era lo poco que Giannina pudo

distinguir por el traje que llevaba—. Supongo que también te preguntarás por qué queremos drogarte de forma electrónica.

Kaido hizo una pausa para centrarse en el calibrado de la máquina. Ella deseó poder cerrar los ojos y desaparecer. El miedo la atenazaba, tanto por la tortura como por el dolor físico de las ataduras. También por algo más sutil: fobia a perderse, a que su conciencia fuera reemplazada por imágenes inducidas, a que le arrebatasen sus pensamientos y su voluntad. Si la máquina era tan poderosa como él decía, ¿podría llegar a olvidar quién era? ¿Caería también el bebé en su interior bajo la influencia de ese aparato? ¿Cómo iba a protegerlo si no recordaba que debía hacerlo?

—En resumen, vamos a influir en tu forma de pensar. ¿Entiendes por qué lo llamamos controlador de almas? Para nosotros es una forma de experimentar placer de manera controlada, pero para ti será sumisión. Te volverás dócil y harás lo que digamos sin necesidad de forzarte físicamente.

Ya la habían privado de su libertad en varias ocasiones, pero de ser cierto lo que decía, sería la primera vez que harían lo mismo con su libre albedrío.

—Hackearemos tu mente. Te convertirás en un robot que obedecerá todas nuestras órdenes —escuchó decir a Dante detrás de ella.

—Bueno, Kaido, basta de sermones. Muéstrale a nuestra invitada lo que tu cacharro es capaz de hacer —intervino Ragnar antes de abandonar de nuevo la sala, deseoso de ejecutar el siguiente paso del plan.

Kaido accionó el teclado una vez más. El mundo que la rodeaba desapareció y se concentró en un único punto de luz. A continuación, los auriculares se activaron y anularon el ruido del entorno, dejando solo hueco para los latidos del corazón. El silencio que la envolvió fue más que ausencia de sonido: una presencia viscosa, como un líquido denso que llenaba sus oídos. Sus propias palpitaciones se transformaron en el redoble de tambores que precedía al truco final: rítmico, tenso, marcando el compás de una realidad al borde del colapso.

Quiso pensar en alguien, en algo, en un recuerdo. Pero la luz la devoraba, los sonidos la moldeaban, y sus pensamientos comenzaban a fragmentarse como cristales en agua hirviendo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

EL TIEMPO SE desvaneció mientras la arrastraban hacia las profundidades del sistema de realidad virtual. Al principio, el dispositivo solo mostró destellos de puntos blancos y negros que danzaban frente a sus ojos, proyectándose en un plano bidimensional, como partículas de luz en un *ballet* cósmico. Pronto, esos puntos se transformaron en un entorno tridimensional: gigantescos globos que se inflaron a su alrededor y la envolvieron en una esfera pulsante de sensaciones acentuadas por los estímulos de los electrodos.

Los orbes mutaron y se convirtieron en figuras geométricas más complejas, que cambiaban de color con cada latido de su corazón. Las formas se resquebrajaron, se subdividieron en elementos pequeños, crearon fractales que, a su vez, se entrelazaban para formar imágenes complejas. Su cerebro comenzó a interpretar las ilusiones como fragmentos de recuerdos, espejismos creados por el sistema. Estaba atrapada en un universo donde su percepción temporal se disolvía, donde las fronteras entre la realidad y la ficción se desdibujaban, borradas por los hilos invisibles que la tecnología tejía en su mente.

La conexión con el mundo real se perdió y dio paso a un laberinto de apreciaciones, sensaciones y ecos del pasado. Luchó por cerrar los ojos. Los sonidos que penetraban por los auriculares, así como las descargas a través del cráneo, la sacudían en cuanto intentaba hacerlo, y la forzaban a abrirlos de nuevo. Una tortura insufrible de la que no podía desconectarse. Era incapaz de moverse. Apenas podía pensar. El tiempo se había diluido entre sombras y destellos. No supo cuántas horas se quedó inmovilizada en la camilla del tanque, enterrada viva en aquella habitación de la granja.

La percepción del tiempo no había sido lo único que había perdido. También le habían arrebatado su identidad. Uno de sus últimos pensamientos conscientes había sido las palabras que los captores habían pronunciado mientras la habían conectado a la siniestra máquina: «Hackearemos tu mente». En aquel momento, no había llegado a imaginar que una conjunción de sonidos, imágenes y estímulos en apariencia inconexos hubiera podido implantarle un virus ilusorio que la hipnotizaría y despojaría de su capacidad de razonar, sumiéndola en un estado de trance.

En medio de la disolución mental, algo vibró dentro de ella como una nota sostenida en un violonchelo invisible. No era el bebé: era la memoria de lo que significaba ser hija, mujer, individuo. Recordó una caricia en la infancia, una canción tarareada por su madre, una risa fugaz en un callejón de Sicilia. Y esa colección de instantes fue suficiente para encender un fósforo en la oscuridad del sistema. No estaba completamente apagada. En algún rincón, la esencia de Giannina había resistido. Hasta que perdió el control sobre la voz interior y experimentó la escisión de la conciencia en dos, como la partición de disco en un ordenador. El terror de la total indefensión la invadió. Si no era dueña de sí misma, ¿qué sería de la vida que crecía en su interior? Por un instante, pensó en lo que llevaba dentro: ¿También le estarían robando eso? ¿Podrían controlar a su hijo, moldearlo como una extensión de su propia marioneta?

La habían relegado a una parte del sistema operativo de funciones limitadas; mientras que el que dirigía sus acciones era otro, extraño y ajeno. Dejó de luchar para liberarse de las sujeciones. No sintió las extremidades adormecidas, ni el roce del plástico de la camilla ni el sudor que empapaba la piel, debido al agotamiento mental al que la habían sometido. Incluso el hedor omnipresente de la granja ya no impregnaba su olfato. Habían secuestrado todo pensamiento consciente. Si esto hubiera sucedido en el Vaticano, habría creído que un demonio la había poseído y la había convertido en un títere.

Los comandos mentales eran ineficaces. Por mucho que lo intentó, no pudo gritar de frustración, porque su garganta permaneció inmóvil, como un vacío que se negaba a responder.

Deseó llorar, sumida en la rabia, pero las lágrimas no brotaron. Los párpados, igualmente, se negaron a ceder. Estaba cautiva en una eterna observación, condenada a una pesadilla, donde las imágenes se sucedían sin tregua, y ella, incapaz de despertar, se veía prisionera de su propia mente. No sentía, no se movía; era una espectadora impotente, sin control sobre su ser.

Cuando el peso de la escena la había agobiado por completo y un pensamiento fugaz había cruzado su mente —¿sentirá mi hijo esto también?—, el mundo se desvaneció en una oscuridad absoluta, sumido en un silencio sepulcral. Un abismo la había engullido, un agujero negro del cual no podía escapar. Los sensores de su cuerpo no emitían señal y tuvo la impresión de estar muerta, pues no encontraba otra explicación para esa desconexión absoluta.

La catarsis que había estado a punto de alcanzar se cortó bruscamente, como si alguien hubiera encendido una luz cegadora para devolverla a la vida. Abrió los ojos, pero solo percibió un lienzo borroso, como si todo se viera a través de cristales empañados.

No detectó ningún sonido; si bien la pestilencia había regresado a su nariz, no tenía el mismo efecto que antes de la sesión con el módulo de control emocional. El hedor ya no estaba cerca de ella; más bien alguien le contaba lo que debía percibir, sin que su cuerpo y su mente experimentasen conjuntamente el entorno. Solo una sensación había sobrevivido a la aniquilación: algo palpitando muy dentro. Era su bebé, su ancla a la realidad, la última frontera de su ser que aún no había sido profanada por la máquina. Era la prueba irrefutable de que aún existía una parte de ella inquebrantable, una chispa de vida que no habían podido controlar.

Al poco, un distorsionado sonido se reprodujo en los auriculares.

—Buenos días, señorita. ¿Cómo se siente? —saludó Kaido.

—¿Está viva? —preguntó Dante.

—Pues claro, ¿no oyes el pulsioxímetro? Si estuviera muerta, se escucharía el típico piiii.

—Joder, es que no se mueve... —argumentó Dante.

—Normal. No se lo hemos indicado todavía.

—¡Muévete!

—No funciona así, idiota.

—Entonces, ¿cómo?

—Tenemos que usar las palabras clave para dar el comando. Observa —Kaido liberó una de las manos de Giannina y le indicó—: Simón dice: levanta la mano izquierda.

Desde la recóndita esquina de la mente a la que habían desterrado, Giannina vio que su mano izquierda se había elevado en respuesta al mandato de Kaido. Todo sin que hubiera sido consciente de los movimientos. Ver esa mano moverse por orden ajena fue como observar un avatar de un videojuego. Sintió que vivía en diferido, como si la carne fuese otro ser. La idea le había revuelto el estómago. Estaba asistiendo al entierro de su autonomía, y nadie lloraba por ella.

—Joder, qué puta locura —exclamó Dante—. ¿Cómo sabemos que ha funcionado de verdad y que no está jugando con nosotros?

—Probemos con algo que no habría hecho si mantuviese el sano juicio.

—Simón dice: tócate un pecho —dijo Dante.

Giannina observó perpleja que su cuerpo, convertido en autómatas, se había movido y con la mano libre había obedecido las instrucciones de Dante.

—Bua, chaval, eres un jodido genio. ¡Tu puta máquina ha funcionado de verdad!

—Tus dudas me ofenden.

—¡Estoy flipando! La has convertido en nuestra puta esclava. La portadora del alienígena es nuestra esclava. ¡Qué locura! Podemos hacer con ella...

—Será la hermandad quien decida lo que haremos con ella. No crucéis una línea sin la decisión colectiva. Hoy somos guardianes, no verdugos —dijo Ragnar a su regreso a la sala, como quien enuncia un mandamiento.

—¡Coño! Mira que te gusta asustarme, cabrón —exclamó Dante.

—¿Cuál es el estado de nuestra invitada?

—El controlador de almas ha funcionado a la perfección. He logrado hackear el cerebro de nuestra huésped, y ahora responde a las órdenes que le damos.

—Ya he visto que la poníais a prueba.

—Ha sido para asegurarnos de que habíamos tenido éxito —se defendió Kaido.

—Excelente. Desatadla y haced que se ponga un equipo de protección individual para que podamos retirarnos los nuestros. Llevadla al salón tan pronto como hayáis terminado, así votaremos qué hacer con ella.

En esa ocasión fue Kaido quien cumplió las órdenes recibidas. La desenganchó del dispositivo y usó los comandos necesarios para obligarla a equiparse con el traje, ante la atenta mirada de Dante.

El traje protector que la habían obligado a vestir se había adherido como una piel ajena. Convertida en un espécimen, ya no era ni humana ni divina, sino una categoría nueva que nunca había pedido ser. Cada hebilla que se cerraba sobre su cuerpo era una sentencia silenciosa. Y sin embargo, bajo la membrana de polímero, dos corazones latían. El suyo y el de su hijo. No el de una máquina.

Una vez que estuvo vestida, los captores se quitaron los trajes de protección y revelaron los rostros que jamás olvidaría, los de aquellos despiadados que con una sonrisa le habían arrebatado el mundo entero.

CAPÍTULO TRENTA Y CINCO

—SIGO PENSANDO QUE tenemos que sacarle el bicho y verlo con nuestros propios ojos —comentó Dante.

—¿Eres incapaz de pensar antes de abrir la boca? Ya te lo he dicho: si lo extraes así, lo condenas. Y nos quedaremos sin nada —replicó Onno.

—Tío, no podemos permanecer de brazos cruzados después de que hayamos capturado a un puto extraterrestre.

—¡Estás loco! ¿No te das cuenta de que un cadáver no tiene ningún valor por sí solo? Es fundamental que consigamos pruebas concretas, algo que no se pueda refutar. Si sacas al alienígena muerto y le tomas tres fotos, terminará siendo solo otra historia más sobre ovnis, una de esas que nadie toma en serio. Las fuerzas oscuras de las élites pedófilas harán todo lo posible para evitar el despertar global. Para ellos, somos una amenaza directa al imperio del estado profundo que han construido. Si de verdad queremos enfrentarnos al mal y a la poderosa esfera de influencia satánica que corrompe todo a su paso, debemos actuar con cautela, precisión y, sobre todo, con una estrategia sólida. Además, no tenemos los recursos para disecar al bicho si lo sacamos.

Giannina escuchaba la discusión e intentaba acceder a sus músculos con desesperación. Quiso gritar, pero no produjo ningún sonido. Quiso huir, pero no se movió. Era incapaz de hacer nada que no le hubiesen ordenado antes. La habían convertido en una estatua. Más bien en una matrioska compuesta de dos piezas.

—Bueno, señores, o pasamos toda la noche discutiendo, o definimos nuestras opciones y luego las sometemos a votación. Yo abogo por lo segundo —los interrumpió Ragnar. Cogió un rotulador del soporte de una pizarra que había en la sala—. Creo que Dante

ha dejado bastante clara su propuesta: él abriría en canal a Giannina y extraería el feto que lleva dentro. ¿Qué alternativas proponéis? — preguntó; anotó el número uno y el verbo destripar en el tablero blanco.

—Analicemos al bebé con una ecografía o con algún otro método no invasivo.

—Muy bien. La opción número dos sería la ecografía. ¿Alguna otra sugerencia? —retó Ragnar a los presentes, escudriñándolos uno por uno.

—Supongo que un análisis de sangre también sería útil — propuso otro de los presentes.

—De acuerdo —respondió Ragnar, anotando la nueva posibilidad en la pizarra con una precisión de cirujano—. También estoy convencido de que necesitaremos una incubadora especializada y medicamentos, si es que de verdad queremos asegurar la supervivencia del feto en caso de un parto prematuro. De lo contrario, el bebé no tendría ninguna posibilidad si por alguna razón naciese antes de tiempo, o si la portadora no lograra sobrevivir al embarazo alienígena. Como Onno ha mencionado, eso nos dejaría sin la prueba irrefutable de vida extraterrestre que tanto necesitamos. Yo también creo que debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para mantener viva a la criatura, cueste lo que cueste.

—Vosotros podéis hacer todo eso, y nosotros podemos jugar un poco con nuestro nuevo robot de carne y hueso...

—Mira lo que te digo: preferiría que no rompieras nuestra cámara de incubación humana, que desarrolla el único ser cósmico que conocemos, con tus malditos juegos de psicópata —lo interrumpió Onno—. Sobre todo, hasta que tengamos una alternativa. Una cosa es pedirle que te prepare la comida, y otra muy distinta es convertirla en tu esclava sexual. No estamos aquí para satisfacer tus deseos carnales, ¿entendido?

—*iRompiscatole!* Puto aguafiestas. Después de lo que hemos hecho en Roma para sacarla del Vaticano, ¿de verdad pretendes que me quede de brazos cruzados?

Giannina se aferraba al hilo de la conversación como a un cable pelado en plena tormenta. «Destriparla», había dicho uno. La palabra estalló en el rincón de la mente que había quedado a su disposición, como un trueno en una iglesia vacía, profanando todo. No pudo reaccionar, pero su eco se había quedado latiendo en lo más profundo; parecía una nota falsa que no dejaba de sonar. Dentro de ella, un leve movimiento del bebé la había estremecido: un instinto primitivo la había empujado desde las sombras, intentando abrirse paso entre los restos calcinados de su voluntad. Pero sus pensamientos no habían respondido. Los comandos mentales seguían rotos, como líneas de control cortadas en mitad del campo de batalla. Estaba atrapada dentro de sí misma, sellada en una mente que ya no le obedecía. La habían arrojado a un pozo donde solo flotaban fragmentos dispersos de conciencia.

Las voces continuaban —planes, decisiones, palabras como cuchillos—, pero llegaban distorsionadas, rebotaban en una parte de su cerebro a la que ya no tenía acceso. Se había obligado a reunir las pocas neuronas que no la habían abandonado, a reconstruir una línea de pensamiento en medio del caos. Pero sus nervios eran canales perforados, invadidos por interferencias; apenas había logrado rescatar pedazos aislados de lucidez, como si su conciencia se filtrase a chorros a través de una grieta.

—Deja de molestar, macho. ¿Por qué no coges el coche, te vas a un burdel y nos dejas en paz? —le espetó Onno.

—Eres un rajado porque a ti no se te levanta ni con un kilo de viagra...

—Señores, centrémonos. Hemos hecho un juramento como soldados de la verdad, y ahora no perderemos de vista nuestro objetivo. Si observáis las propuestas en detalle, veréis que solo si abrimos en canal a nuestra invitada, como sugiere Dante, no podremos seguir el camino de la prudencia científica y usar todos los demás métodos no invasivos. ¿Alguien más tiene alguna otra sugerencia? —dijo Ragnar agrupando con un corchete todas las alternativas que había anotado en la pizarra menos la de Dante.

La pregunta cayó como un golpe seco, como las que lanza un profesor en medio del alumnado. Nadie se movía. Nadie quería ser el

primero en hablar y quedar en ridículo. Todos se habían escondido detrás de su inseguridad.

—De acuerdo. Entonces, votemos entre los planteamientos contrapuestos: o la destripamos y satisfacemos la sed de sangre de Dante, o empleamos los métodos de estudio no invasivos que hemos sugerido los demás.

Ragnar contó el número de votos y apuntó los resultados en la pizarra.

—Muy bien, parece que tenemos un plan. Primero conseguiremos un escáner para la ecografía. En segundo lugar, procederemos a la extracción de una muestra de sangre para enviarla a un laboratorio. Por último, necesitaremos que alguien consiga la incubadora y los medicamentos. Ahora distribuyamos las tareas. Onno, elabora una lista detallada de lo imprescindible. De todas formas, es mejor que te quedes aquí con la pobre desdichada por si necesita tus cuidados, ya que eres el único con estudios sanitarios. ¿Quién se encarga del escáner?

—Lo consigo yo —dijo Kaido.

—Yo me encargaré de la incubadora —comentó otro.

—Perfecto —respondió Ragnar, satisfecho de que no hubiese más resistencia para guiar al grupo a una línea de acción coherente —. Yo gestionaré los análisis de sangre. El resto vigilaréis la granja y la emisora de la policía. Malo sería que justo ahora nos quitasen nuestro preciado trofeo.

Todos salieron de la habitación, salvo Onno, Dante y dos figuras que Giannina no había logrado identificar. Tampoco podía moverse. Una vez más, había quedado a merced de sus captores. El miedo ya no era solo suyo. Había algo más latiendo dentro de ella, exigiendo protección: una vida que no había pedido, pero que dependía de ella. La responsabilidad tenía forma, calor, impulso.

Cuando la puerta se cerró tras los últimos pasos, el silencio llenó de nuevo la sala como una marea espesa. En medio del caos mental, Giannina percibió una vibración leve, casi invisible, en su abdomen. Era vida. Un latido extraño y familiar al mismo tiempo, pidiendo ser escuchado. Aunque su cuerpo no respondía, algo en lo más

profundo de su ser —ancestral, indomable— le susurraba que debía resistir.

Si no podía moverse, debía pensar.

Si no podía pensar, al menos debía recordar.

Porque incluso en la celda más oscura, la memoria podría ser su llave.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—SIMÓN DICE: DA una palmada —ordenó Dante.

Giannina se resistió con todas sus fuerzas, pero observó que sus brazos habían obedecido la orden sin que ella hubiera podido hacer nada para detenerlos. Atrapada en una réplica de sí misma, su cuerpo ya no le pertenecía. Cada movimiento forzado era una puñalada a su propia esencia, una negación brutal de su alma. La desbordaba la incongruencia entre lo que su mente buscaba y lo que su cuerpo hacía y, por mucho que lo había intentado, sus músculos se habían mantenido al margen, ajenos a su voluntad. Los fanáticos habían escrito un guion, y ella lo seguía a rajatabla, incapaz de saltarse ningún renglón.

Nunca había experimentado una disonancia cognitiva tan aguda que manifestase con tal brutal claridad el horror de existir solo para complacer a otros y borrarse a sí misma. Con el Reinicio, al menos, había conservado el libre albedrío, había elegido sus pensamientos y acciones, y había sido capaz de rechazar las ideas ajenas. Aquí ni siquiera podía pronunciar un monosílabo que no hubiese sido dictado.

Aunque no era nuevo para ella ceder ante las decisiones ajenas y plegarse a los deseos de otros antes que a los propios, sí lo era sentirse tan arrancada de su identidad, tan vaciada de sí misma. Se sorprendía de que la revelación le llegase en aquel momento en el que la parálisis la ahogaba. Indefensa, incapaz incluso de parpadear, impotente a la hora de interactuar con el mundo que la rodeaba.

—Me flipa. No entiendo cómo lo ha logrado el marica de Kaido —comentó Dante.

—Recuerda que no es ningún juguete —le advirtió Onno.

En verdad, controlaban su alma; la habían transformado en un fantasma, la habían introducido en un videojuego y habían desconectado los mandos con los que se manejaba al personaje.

—Simón dice: ponte de rodillas —ordenó Dante, ignorando el reproche. Extasiado, contempló a Giannina, quien había obedecido su comando sin rechistar.

No habían pasado ni diez minutos desde que Ragnar y Kaido se habían marchado, y Onno deseaba con desesperación que regresaran, para no ser el único que tuviera que enfrentar la tormenta desatada por Dante.

—Para ya, Dante —lo reprendió Onno.

—Simón dice: ponte a cuatro patas.

—¡Joder! ¿Qué pasa con la votación? —saltó Onno; se acercó cabreado a Dante y lo agarró de un brazo para que le obedeciese—. Todos hemos acordado no tocarle ni un pelo hasta que vuelvan con el ecógrafo, ¿me has oído?

—Venga, hombre, no te pongas así. Solo estoy jugando un poco —se defendió Dante, deshaciéndose de las manos de Onno—. Es el mejor regalo que me han hecho jamás. Es un puto robot sumiso de carne y hueso.

—Me cago en la puta, Dante, que no es una muñeca hinchable. Déjala en paz de una maldita vez —gritó Onno dándole un empujón.

Dante reaccionó con violencia al empujón y forcejeó con Onno. Desde su posición, Giannina apenas podía observar la pelea. Solo veía los pies de los secuestradores, que se habían enzarzado en un frenético baile. La sala se había llenado de gritos durante el improvisado combate, hasta que ambos habían caído al suelo con un estruendo. Observó cómo Dante asfixiaba a la víctima, cuyo rostro se había tornado rojo por el esfuerzo de intentar respirar con la tráquea obstruida hasta que había dejado de moverse.

—¡Puto gordo de mierda! —explotó Dante cuando consideró que el oponente no volvería a levantarse del ring.

El caos de la revuelta alertó a los otros dos seguidores del grupo. Inmediatamente, irrumpieron en la sala y se detuvieron, sorprendidos por el panorama que se desplegaba ante ellos. Sus compañeros yacían, entrelazados en un abrazo mortal, mientras

Giannina mantenía la última postura de yoga impuesta por Dante, una especie de macabra imitación de la *Adho Mukha Savasana*.

El caos lo dominaba todo. Sillas volcadas, mesas astilladas y sombras temblorosas proyectadas por una luz titilante. La habitación aún respiraba la violencia del enfrentamiento. El aire, denso y eléctrico, oprimía el pecho de los recién llegados. Entonces uno de ellos rompió el silencio con un grito ahogado, incapaz de contener la incredulidad que le helaba la sangre.

—¿Qué has hecho, Dante?

—Le he dado su merecido al maldito gordo —respondió, y empujó con esfuerzo el cadáver a un lado. Al ponerse en pie, miró al resto de sus compañeros y añadió, jadeando—: ¿O me vais a decir que vosotros no estabais también hasta la polla de este cachalote y sus aires de superioridad? Él y Ragnar se creen que son los putos amos, y son unos maricas sin huevos.

—¡Te lo has cargado, tío! —exclamó asustado el otro compañero.

—Me suda la polla, Klas —exclamó Dante, y le dio una patada al cadáver de Onno. Resopló hasta que recuperó el aliento—. ¡Vamos, no me jodáis! ¿No sentís curiosidad? Tenemos dos joyas aquí mismo, ¿y pretenden que nos quedemos mirándolas sin tocarlas? Hay un maldito extraterrestre ahí dentro —explicó, señalando a Giannina mientras movía el dedo índice rítmicamente de delante hacia atrás—. ¿No queréis verlo con vuestros propios ojos? Después de todo lo que hemos esperado, ¿no queréis cogerlo con vuestras manos y tocarlo con los dedos?

Se acomodó la ropa para acucillarse al lado de Giannina, atusándose el pelo.

—Además, no solo hemos cazado un puto extraterrestre —aclaró, acariciando con malicia el vientre de Giannina—. Lo conservamos dentro de una mujer que hará cualquier cosa que le pidamos. ¿Eso tampoco os llama la atención? Sé que está embarazada, pero está buenísima, no me lo vais a negar. Imaginad todo lo que podríamos hacer con ella, o lo que ella podría hacernos a nosotros. Bastaría con pedírselo bien...

—Los otros se cabrearán de cojones —comentó otro.

—A la mierda con los otros. Si hace falta, me los cargo también. Estoy hasta los huevos de que nos manden todo el rato, simulando que nos dan capacidad de decisión con esas malditas votaciones. Nunca hacemos lo que yo quiero. Ni lo que vosotros queréis. No te hicieron caso con el escondrijo que propusiste tú, Arne. Ni con tu idea, Klas, de que usásemos el puto *ransomware* de Kaido para sacarnos una buena tajada. Ha llegado el puto momento de que hagamos de verdad lo que queremos. Y ahora yo quiero jugar con nuestra esclava. ¿Qué me decís, chavales?

—¿Qué ocurrirá si los otros regresan y nos atrapan con las manos en la masa?

—Buen punto. ¿Qué os parece si hacemos guardia? Arne, tú irás a por las armas y te encargarás del primer turno de vigilancia. Klas y yo nos llevaremos a este saco de mierda de aquí. Me corta el rollo esta rechoncha cara sin vida.

—¿Por qué demonios me toca a mí el primer turno de guardia?
—rebatíó Arne.

—¡Porque lo digo yo, maldita sea! ¿O quieres que te tumbe a ti también, igual que he hecho con el gordo?

—Al menos, deja que yo pruebe el poder de Simón. Simón dice: levántate.

Giannina se vio obligada a ponerse de pie. Cada movimiento era una batalla contra su propio cuerpo, un esfuerzo titánico por domar músculos que se negaban a obedecer. Sabía que la conexión estaba rota, que sus órdenes caían en el vacío, pero aun así, se negaba a rendirse.

—¡Su puta madre! —celebró Arne—. ¡Esto es cojonudo!

—¿A qué es la polla? Me alucina casi más que el puto bicho que lleva dentro. Deberíamos forrarnos, hackearle el cerebro a quien queramos, y dejar de cazar alienígenas de las élites tenebrosas.

—Simón dice: ve a aquella habitación y trae un fusil de asalto. Lo necesito para la guardia —explicó Arne.

Giannina intentó desobedecer, caerse, saltar, agacharse, cualquier cosa. Nada funcionó.

—¿Qué coño haces? —saltó Klas, horrorizado, mientras Dante reía desbocado.

La esclava sumisa obedeció de nuevo y navegó en piloto automático a través del caos que la trifulca había dejado en el salón. Pasó por encima del cadáver de Onno, llegó a una puerta y la cruzó sin que le obedeciesen sus pies.

—¡Estás loco! ¿Le das una puta ametralladora a nuestra prisionera? —le recriminó Klas, y miró estupefacto a la marioneta, que obedecía el último comando.

—Cálmate, que la hemos convertido en un robot —alegó Dante entre risas—. Le hemos pirateado el puto coco. Hace lo que le ordenamos.

—¿Qué pasa si la máquina de Kaido no ha funcionado correctamente? —inquirió Klas, y siguió los movimientos de Giannina con suspicacia.

Por mucho que le costara seguir la conversación, procesó las palabras de Klas y decidió seguir intentando recuperar el control en lugar de darse por vencida. No contemplaría las escenas que se desenvolvían como una mera espectadora.

—Joder, no seas gallina. ¿No has visto lo sumisa que se ha vuelto? Si le pedimos que nos la chupe, lo hará sin rechistar —dijo Dante.

—Solo ha levantado la mano y se ha puesto de rodillas. Puede que haya fingido todo este rato... —sugirió Klas.

Giannina ejecutó la orden y volvió de la habitación con un fusil de asalto en la mano, tal como le habían ordenado. Intuyó lo que venía. El ambiente había cambiado; las risas se habían vuelto cuchillos y la mirada de Dante era la de quien juega con la muerte, como el *Joker* de las películas. Se sentía como un rey en jaque en un tablero de ajedrez. Si el siguiente comando era el último, quería —al menos— morir consciente de que alguna parte de ella había luchado.

—Te lo demostraré —prometió Dante—. Simón dice: apúntate en la cabeza.

Giannina siguió las instrucciones que le daban y se apuntó con el cañón bajo la barbilla, apretándolo contra su piel sin apenas sentir nada. La invadió el terror a que Dante pronunciara la frase que pondría fin a su vida: él, sin mover un dedo; ella, sin poder evitarlo.

—¿Lo ves? —comentó Dante—. Si le pidiese que disparase, ¡PUMBA!, lo haría sin rechistar.

El miedo a lo que los secuestradores pudieran hacerle la impulsó con fuerza a restablecer el dominio de sus extremidades. En un intento desesperado, recordó el ensayo *El Secreto* y se concentró en lo que deseaba con toda su alma. Visualizó su dedo moviéndose, aunque fuera solo un milímetro, en la dirección exacta que ella quería. Con una mezcla de asombro y alivio, rompió el hechizo del controlador de almas y liberó su voluntad. Logró mover su dedo, apartándolo del gatillo de forma imperceptible para el resto de los presentes, apenas unos milímetros, un pequeño pero significativo triunfo. Ese milímetro era suyo. Nadie lo había ordenado, nadie lo había previsto. Era el germen de una rebelión imperceptible, un mensaje oculto en el sistema: «No me habéis vencido». El resto de su cuerpo aún dormía bajo el hechizo, pero ese dedo contaba otra historia. Un latido voluntario contra la aniquilación.

—Aun así, me parece demasiado arriesgado darle una puta arma —argumentó Klas.

La títere luchó con determinación, buscó motivación personal. Recordó quién era de verdad y qué quería. La pequeña brecha que había ocasionado en el virus cerebral le había permitido recuperar algunas de las sensaciones perdidas, como el olor a purines de la granja.

—También pretendes ponerle tu polla en las manos, ¿o no? —argumentó Dante, esbozando una sonrisa juguetona.

—Pero eso es diferente... —alegó Klas.

—¿Cuál es la diferencia? —le retó Dante.

De repente, un teléfono sonó en los bolsillos de Onno. Dante se apresuró a cogerlo y leyó el nombre que se anunciaba en la pantalla.

—Es Kaido.

Pulsó un botón y contestó la llamada.

—¿Sí? Sí, todo bien. Ahora no puede ponerse. ¿Ha pasado algo? ¿Cómo? —Kaido explicó de nuevo la situación—. Tío, no entiendo tu puta jerga informática. Espera a que active el manos libres. Quizá los otros te entiendan.

Encendió el altavoz del dispositivo para que todos los presentes escuchasen a Kaido.

—Acabo de recibir una notificación del repositorio de código abierto que he utilizado para el controlador de almas. Parece que existe una brecha de seguridad. No uséis a la rehén, ya que es posible que la hipnosis no funcione correctamente.

—¡No me jodas! —se lamentó Klas.

—Y bajo ningún concepto digáis su nombre completo —les advirtió Kaido.

—¿Giannina Christofonti? —dijo Dante; esa vez fue él la víctima de una manipulación psicológica al reaccionar por reflejo a las palabras de Kaido, sin tiempo para comprender el significado completo de lo que intentaban transmitirle.

En ese instante, la barrera entre la mente y el cuerpo de Giannina menguó hasta convertirse en una fina película. De pronto, el hedor penetrante del estiércol la llevó de vuelta al presente con una claridad brutal. Pero fue la presión en el vientre, las patadas, los pequeños movimientos —inconfundibles, vivos— los que le recordaron que no solo ella seguía viva, sino también el huésped que la habitaba. El hijo que llevaba dentro, contra todo pronóstico, también había resistido. El agotamiento y el pulso acelerado habían regresado con tal fuerza que casi perdió el equilibrio. Al igual que las sensaciones térmicas del calor de la chimenea y el marcado contraste con el frío metálico del cañón del fusil de asalto que flexionaba su piel bajo la barbilla. Volvió a visualizar lo que quería, y esa vez no solo movió su dedo milímetros, sino que consiguió hacer que el fusil entero recorriese la trayectoria precisa para encarar a los secuestradores y que el recorrido del gatillo comenzara su inevitable viaje. En su mente, por un segundo, se dibujó la imagen de una vida libre: ella caminando sin miedo, con su hijo en brazos, lejos de las sombras que la habían subyugado. Había sido una visión fugaz, pero suficiente para sostener el disparo.

Giannina captó la expresión de Dante, el segundo en que comprendió su fatal error. A la vez, notó en la mirada de Klas una fugaz satisfacción: la de quien se sentía dueño de la razón, a pesar

de las dolorosas consecuencias del acierto. Una emoción que se desvaneció con el destello que surgió cuando Giannina abrió fuego.

Siempre había considerado que el regreso a la Tierra sería el cambio más drástico que jamás fuese a experimentar desde que abandonó la órbita terrestre. Sin embargo, recuperar la gestión del cuerpo tras la ilusoria lobotomía a la que la habían sometido, superó todas sus expectativas. Nunca había imaginado que la simple coordinación de los párpados la haría sentirse tan viva. Que experimentase tanto placer al elegir mantener los ojos abiertos para ver sin distorsiones el ímpetu con que los cadáveres de los captorees caían y acompañaban al de Onno en el suelo. Sintió la vibración del arma, el roce de la empuñadura en su palma y la opresión de la mascarilla que le dificultaba respirar.

A su alrededor, el equipo de protección se fundía con cada respiración, con cada latido, componiendo una sinfonía de sensaciones tan vívida que jamás podría olvidarla. La sonrisa que se dibujó en su rostro no obedecía a ninguna orden de Simón, ni al control de sus músculos. Surgió desde un lugar más profundo, más primitivo. Era la sonrisa de alguien que había vuelto a ser humana. Que había regresado a la vida desnuda, sin filtros, sin armaduras, sintiéndolo todo con brutal claridad.

Y en ese destello de lucidez, por primera vez, comprendió que sí podía ser madre.

La ironía la atravesó como un chispazo: había tenido que arrebatarse vidas para reclamar la suya. Para, al fin, sentirse entera. Completa. Capaz de dar amor a un desconocido. Apretó el gatillo y no lo soltó, incluso cuando el cargador ya estaba vacío. Porque en esa decisión —entre el disparo y la existencia— encontró algo parecido a una oración. Era una declaración cruda, feroz: «Quiero vivir».

En medio del horror, cuando todo parecía perdido, reafirmó lo único que nadie podía arrebatarse: su decisión de no rendirse. Tuvo otra revelación. No era el dolor lo que la definía, ni el sacrificio, ni siquiera la herida abierta de haber sido víctima. Era la voluntad incansable de seguir adelante. Era una superviviente que escribía su historia con cada latido.

Los cuerpos inertes de quienes tanto le habían arrebatado yacían esparcidos como un macabro *souvenir* de su lucha. Aunque el peso de sus actos la oprimía, sabía que no había tenido opción. Había sido defensa propia, la única manera de huir de sus torturadores. Y, a la vez, una extraña paz la envolvía. Por primera vez en mucho tiempo, sentía el alivio de un alma que encontraba justicia.

De golpe, algo en su interior se agitó. Una alarma se encendió. Tal vez hubiera escapado de aquellos enemigos, pero la guerra aún no había terminado. La amenaza seguía acechando. Se miró las manos aún empapadas de pólvora y destino. La habitación era un campo de batalla extinto, pero no podía permitirse un descanso.

Lo que venía iba a ser aún más complejo: salir, decidir qué hacer con la criatura que crecía en su interior y enfrentarse a las ideologías que la habían convertido en símbolo. Porque a partir de entonces, era mucho más que madre. Y no iba a permitir que nadie más hablara por ella, que decidieran su rumbo, que usaran su cuerpo, su historia o a su hijo como bandera de ninguna causa. Esa etapa había terminado. Su destino, por fin, dejaría de ser dictado por manos ajenas. A partir de ese momento, sería ella quien eligiera.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

MIENTRAS OBSERVABA LOS cuerpos inertes de los captores, la voz de Kaido comenzó a resonar por el altavoz del móvil.

—¿Todo bien? ¿Chicos, qué ha pasado? ¿Hay alguien ahí? ¿Dante, Onno, me oís?

Giannina comprendió que él, o alguno de los otros extremistas, regresaría rápidamente tras haber escuchado el pelotón de fusilamiento retransmitido por el teléfono de Onno y ante la falta de respuesta de sus compañeros. Debía escapar de aquella granja lo antes posible.

Lo primero que hizo fue arrancarse el equipo de protección individual. Cada pieza que caía al suelo era una capa menos entre ella y la vida real. Después fue directa a la armería improvisada. Sujetó el fusil con manos firmes, sin temblores, como quien entiende que está abrazando algo más que un objeto: era su único aliado, su salvavidas. Se aferró a él con la ferocidad de quien sabe que el abismo está cerca y que no habrá segunda oportunidad. Su vida —y la de su hijo— pendían de esa cuerda. Y en esa ocasión no pensaba soltarla. No sabía qué futuro los esperaba. Pero por primera vez deseaba, con todo lo que le quedaba dentro, que ese futuro existiera. Que su bebé lo tuviera. No iba a permitir que nadie —ni sistema ni dogma ni verdugo con traje de salvador— les robara esa posibilidad. Porque no luchaba solo por libertad. Luchaba también por el derecho a mirar a su hijo a los ojos algún día y decirle: «Estamos vivos y somos libres. No me rendí. Aunque quisieron quebrarme, conseguí resistir».

Intentó quitar el cargador del fusil, si bien no fue tan fácil como en las películas. Después de varios tirones sin éxito, colocó el rifle en el suelo, lo sujetó con las rodillas y tiró con ambas manos hasta que

por fin sacó el cartucho. Detrás de ella, un crujido de la tarima empañó la victoria. En un acto reflejo, cogió el fusil y lo apuntó hacia el origen del sonido. Una figura oscura emergió cojeando de entre las sombras y avanzó hacia ella. Un terror helado la invadió al apretar el gatillo y darse cuenta de que era incapaz de disparar, pues aún no había recargado el arma.

Actuó con rapidez, de un salto se levantó y arremetió contra el agresor usando la culata. Pero el ensangrentado agarró el arma y evitó la embestida, forcejeando con ella hasta que cayó al suelo. Giannina se levantó en cuanto pudo y arrojó al agresor todos los objetos que encontró por la sala: lámparas, cuadros, un cenicero... Huyó, impulsada por el pavor y la adrenalina. Saltó de nerviosismo con cada sombra, con cada crujido de los suelos de madera. Esperaba la figura amenazante de los miembros del culto tras cada esquina de la granja.

Llegó a un garaje enorme donde descansaban dos tractores. El hedor de heces mezclado con pienso le indicó que también lo habitaba algún animal. Se detuvo por un momento y recuperó el aliento. Intentó orientarse con la poca luz que entraba por las ventanas y escudriñó la oscuridad en busca de cualquier cosa que la pudiera ayudar en la inminente contienda.

Encontró un martillo en medio de la penumbra y, en cuanto oyó al perseguidor entrar en la estancia, se agazapó tras un montón de leña e intentó descubrir a dónde se dirigían los pasos del enemigo. El relincho de un caballo la sobresaltó tanto a ella como al contrincante, y aprovechó para salir del escondite y atacarlo con el martillo. Apuntó a la cabeza, pero solo consiguió darle en el hombro. Cuando quiso embestirle por segunda vez, descubrió que se trataba de Dante, que había sobrevivido al fusilamiento.

—¿Por qué no me dejas ir?

—*Mai...* No dejaré que te escapes, y mucho menos después de lo que has hecho, maldita furcia.

Giannina retrocedió un paso, agarró el martillo y lo alzó en una postura amenazante. El espectro no retrocedió, sino que redujo la distancia entre ambos con una determinación feroz mientras la sangre surcaba su despiadado rostro. Ella intentó asestar un

segundo impacto, pero él lo detuvo y le arrebató el martillo. En lugar de usarlo contra ella, lo arrojó al suelo con desprecio, asustando al animal que vivía en el cobertizo, el cual relinchó con fuerza.

—Ya eres mía.

Dante gruñó y, súbitamente, se abalanzó sobre ella. Giannina se mantuvo firme. En un acto desesperado, agarró un rastrillo que vio apoyado en la pared del garaje, lo levantó frente a ella y formó un escudo improvisado. El apero chocó contra el cuerpo de Dante y produjo un impacto sordo. Giannina empujó la herramienta con tanta fuerza como pudo, pero acabó retrocediendo por la embestida de su adversario, hasta que su espalda dio con la pared. Acto seguido, el hombre se tambaleó hacia atrás, retrocedió y gruñó de dolor, pero no se dio por vencido.

Con un grito animal de frustración y furia, Dante se lanzó hacia ella de nuevo. Esta vez, Giannina estaba lista, y con un rápido movimiento lanzó el rastrillo hacia adelante y clavó las púas en el pecho de Dante. El hombre emitió un alarido de dolor y sorpresa; sus ojos desquiciados se encontraron con los de ella, reflejando una mezcla de incredulidad y derrota. Se desestabilizó y se desplomó de rodillas.

La sangre manó en gruesos borbotones, tanto de las heridas como de la boca, al ritmo de sus pesados jadeos. Giannina se juró que no cometería el mismo error dos veces. Movida por el pánico y desquiciada por la ira ante la malicia del oponente, gritó y le asestó varios golpes en la cara y el pecho con las púas del rastrillo para cerciorarse de que no la perseguiría nunca más.

Le temblaban los brazos, no solo por el esfuerzo, sino también por el peso de sus actos. Por lo que acababa de hacer. La sangre en sus manos era ajena, pero no había llenado la profunda herida abierta en su alma. No se sintió victoriosa ni culpable. Solo humana. Una mujer que había cruzado un umbral que jamás había imaginado tener que recorrer —y lo había hecho por instinto, por terror y por supervivencia.

Cuando paró, el silencio de la noche se había cerrado a su alrededor, roto solo por el sonido de su respiración entrecortada y los resoplidos del caballo al que habían perturbado el sueño con el

combate. Giannina soltó la herramienta con un suspiro, temblando de agotamiento y de angustia. Se llevó una mano al vientre, recordando que no estaba sola, y cerró los ojos con una mezcla de miedo y determinación. Lo había dado todo en la lucha y había ganado el segundo asalto. Pero temía que llegaran más. Necesitaba una salida de aquel lugar oscuro y retorcido.

De vuelta a la masacre del salón, donde el olor del ganado se mezclaba con el de la pólvora, recuperó el fusil y lo recargó como preparación para su próximo encontronazo. También se hizo con el móvil de Onno para pedir auxilio. Se arriesgó a invertir parte del poco tiempo del que disponía en usar las huellas del portador fallecido y reconfigurar el código de acceso, que le permitiría utilizar el dispositivo sin restricciones.

Cuando terminó, escuchó un coche acercándose y actuó por instinto, moviéndose en la dirección opuesta. En el momento en que un individuo estaba a punto de abrir la puerta principal, ella saltó por una de las ventanas del edificio y se adentró en el bosque colindante. Los árboles la tragaron con la elegancia salvaje de la noche. Cada rama, cada hoja, cada susurro parecían un testigo de su transformación. Ya no era rehén. No era prisionera. Era una sombra decidida, una llama que había sobrevivido a la tormenta. Y mientras el follaje la ocultaba, su respiración se fundía con el rumor de la noche.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

EL AIRE ERA denso y húmedo, impregnado con el olor de la tierra mojada y la vegetación. El temor a que la volviesen a capturar la impulsó a moverse tan rápido como le permitían el estado de gestación y los estragos de los secuestros concatenados. Hizo una pausa en un montículo que le pareció que era un buen punto de observación, y recuperó el aliento mientras vigilaba si alguien se acercaba. Giannina se agachó y apartó el arma a un lado. Podía sentir la vibración del retroceso en las manos, como si siguiese disparando a los objetivos.

Con ternura, se acarició el vientre, y una oleada inesperada de amor la envolvió. No lo sintió como un peso, sino como parte de ella, alguien por quien valía la pena seguir adelante.

—Vamos a lograrlo, peque. No te preocupes, nada de esto es culpa tuya. Pase lo que pase, estoy aquí para protegerte —murmuró con dulzura, recuperando el aliento tras la carrera.

El niño contestó con unas pataditas, que la reconfortaron al saber que seguía vivo. Cada golpe minúsculo en su vientre era como una respuesta silenciosa. Giannina lo interpretó como un «estoy contigo», una reafirmación de que formaban un equipo.

Buscó el teléfono móvil que había confiscado a sus captores para descubrir dónde se encontraba. Activó el GPS, abrió la aplicación de mapas y pulsó el botón de ubicación actual. Con un gesto rápido, alejó la imagen en la pantalla, y la inquietante realidad apareció ante sus ojos: se encontraba en Triberg, un rincón aislado de la Selva Negra, en el estado alemán de Baden-Württemberg.

Tenía muchas preguntas. ¿De verdad era sensato confiar en la policía? ¿Qué garantías tenía de que no fueran cómplices de los secuestradores del culto? ¿O fanáticos de la secta? ¿Quién le

aseguraba que no existían otros grupos de enajenados dispuestos a secuestrarla o a hacerles daño a ella y a su bebé? Pensó en contactar con la embajada estadounidense, pero la inacción de los organismos públicos en el pasado sembró serias dudas sobre su disposición a auxiliarla en esa ocasión. No parecía una opción segura considerando las palabras de Nuria, que había afirmado que las autoridades de su país estaban de alguna manera involucradas en el Reinicio. No caería de nuevo en las garras de esa organización.

En cualquier caso, necesitaría ayuda para salir de Alemania y ocultarse de los extremistas de Masanon, así como de cualquier otra organización obsesionada con la idea de que su concepción era el resultado de una intervención sobrenatural, divina o extraterrestre, y no de la acción humana, como ella sospechaba.

Activar el teléfono fue como abrir una ventana al mundo que había dejado atrás. El silencio de la selva fue sustituido por el estruendo digital: notificaciones, mensajes, ecos de personas que aún la buscaban. Sentía que, por fin, era posible reconstruir un hilo de conexión con algo que no fuese oscuridad.

Igual que la última vez que había tenido acceso a la web cuando le había robado el teléfono a la matrona, se conectó al proveedor de correo. Los mensajes de sus padres la reconfortaron. Lamentó la angustia que debían estar experimentando. Revisó la abultada bandeja de entrada y notó que le escribían a diario para brindarle palabras de aliento y para informarla de que hacían todo lo posible para que los funcionarios de Estados Unidos e Italia la rescatasen, sin éxito hasta ese momento.

Leyó uno de muchos, firmado por su madre, escrito con la congoja de quien no sabía si volvería a ver su hija:

«Mi querida Ginni Binni:

Hoy he amanecido con esa sensación en el pecho..., como si me hubiesen arrancado algo.

Tu padre y yo seguimos tocando todas las puertas. A veces parece que nadie escucha, pero no vamos a rendirnos.

Eres nuestro sol, y haremos lo imposible por traerte de vuelta. Nos reconforta saber que estás viva, aunque no sepamos dónde ni

cómo. Tu fortaleza nos inspira. Te escribo cada día, aunque no respondas.

No sé cuándo podrás leer esto, pero estoy convencida de que un día lo harás, porque serás libre para hacer lo que quieras.

Recuerda quién eres, hija. No olvides que estamos contigo, incluso desde esta distancia que quema.

Con todo mi amor,
Mamá».

Aparte de esos correos, dos le llamaron de inmediato la atención. El primero pertenecía a Maia, la chica del lago.

«Hola, Giannina:

No sé si algún día leerás esto, pero espero que estés bien. Sé que te retienen contra tu voluntad en el Vaticano. Confío en que escapes pronto.

Yo estoy haciendo una colecta para financiarme el aborto en Europa, pero no es nada fácil, habiendo tantas mujeres en la misma situación.

Te escribo para comentarte que el tío de un amigo mío trabaja en la embajada china de Roma y podría ayudarte si le das tu localización.

Te aseguro que no están compinchados con los ultracatólicos que han asaltado el Vaticano ni nada por el estilo.

Para todo lo que necesites, aquí tienes su número: (+39) 56 965 24 200.

Mucha suerte,
Maia».

Le sorprendió sobremanera que justo fuese Maia la que le ofreciese ayuda tangible, después de haberla rescatado del lago, recordando aquellas tribus en las que salvar una vida implicaba una deuda eterna. Se preguntó qué conexión tendría Maia con el gigante asiático. ¿Cómo habría obtenido tanta información? ¿A través de los medios de comunicación, o había algo más? Enseguida abrió el siguiente mensaje, que era del propio miembro de la embajada china.

«Estimada Giannina:

Mi nombre es Junhua; Maia me dio tu dirección. Te escribo en nombre del Gobierno de la República Popular China para ofrecerte nuestra asistencia.

Desde la sede en Roma, colaboro estrechamente con el Centro Chino para el Control y la Prevención de Enfermedades (China CDC), que está investigando la pandemia de natalidad que se ha originado en el territorio estadounidense y se ha propagado por diversas partes de Europa. Hemos descubierto que se trata de una enfermedad infecciosa, causada por un virus desarrollado por el régimen norteamericano, aunque la maquinaria mediática imperialista intenta desviar la culpa hacia nuestra nación.

El principal síntoma es el embarazo espontáneo, y estamos convencidos de que eres la paciente cero. Nuestra hipótesis es que fuiste contagiada por una antigua compañera de universidad, Jeevika, quien actualmente trabaja como investigadora en un laboratorio de biotecnología vinculado al Departamento de Defensa de EE. UU. Esta es la razón por la cual tu propio Gobierno no ha tomado ninguna acción para rescatarte.

Sabemos mucho más de lo que imaginas, y estamos en posición de ofrecerte protección. Si nos proporcionas tu ubicación, enviaremos un equipo a buscarte, sin importar en qué lugar te tengan retenida.

No dudes en llamarnos. Tu seguridad es nuestra prioridad.

祝好/Suerte/*Cordiali saluti*».

Pensaba que ninguna noticia podía sorprenderla más que la que Yelena le había dado cuando la había informado de que estaba embarazada a bordo de la Estación Espacial Internacional, y aun así alucinaba ante aquella revelación. Más que si hubiese visto a un extraterrestre en el primer paseo espacial. Solo después de revisar el mensaje asimiló toda la información. El texto la dejó congelada. Por unos segundos, el bosque se había desvanecido: solo existía esa pantalla, y las líneas que releía. Las palabras «paciente cero», «virus», «Departamento de Defensa»... eran piezas de un rompecabezas que Giannina no quería completar. Pero, ¿y si todo

era cierto? ¿Y si el milagro era un experimento fallido disfrazado de mito?

Se le pasó por la cabeza el dicho de su abuela: «Ten cuidado con lo que deseas». Aunque quería descubrir el motivo detrás de la enigmática fecundación, encontraba poco consuelo en la única teoría plausible hasta la fecha, que le provocaba rabia y frustración. Si bien el espíritu de investigadora prefería la explicación científica de los hechos a leyendas sobre concepciones divinas o cósmicas.

Las circunstancias y los secretos que rodeaban la gestación se volvían cada vez más indigestos, y se dio cuenta de que estaba atrapada en una trama mayor de lo que jamás habría imaginado. Las respuestas que obtenía parecían hundirla en pegajosas arenas movedizas llenas de misterios, de cuya succión no lograba escapar. Luchó contra la marea de cólera e indignación que la había invadido. Consideró la veracidad de la información proporcionada por la embajada china. ¿Era posible que su país hubiera creado un agente infeccioso que causara embarazos en las mujeres infectadas? ¿Qué motivos tendría?

Le pareció una aberración que alguien, ya fuese de la administración estadounidense o de algún otro país, atentase de manera masiva contra las libertades de tantas mujeres. No era una simple agresión de derechos a manos de desconocidos, sino la mayor violación de la historia. Deseó respuestas y justicia.

Encima de todo, Jeevika estaba implicada, no sabía en qué grado. Si lo que decían los chinos era cierto, había sido ella quien la había contagiado del virus que provocaba la fecundación espontánea. ¿Habría sido a propósito o algo fortuito?

La ira que sentía le daba ganas de encontrar el foco del dolor y atiborrarlo de las balas que alojaba el fusil de asalto que yacía a su lado. En aquel preciso instante, un relámpago iluminó la tormenta que se cernía sobre el espeso bosque e interrumpió su furia, devolviéndola al estado de emergencia. Aguzó los sentidos y escuchó con atención durante unos segundos tras el estruendo, sin oír nada sospechoso. El silencio reinante no reveló ningún indicio de que alguno de los perseguidores estuviese cerca, y únicamente fue roto por la lluvia que había empezado a jarrear. Ante la amenaza

constante de ser descubierta, sabía que debía seguir en movimiento o la atraparían. Como pensó que nada sería peor que el tormento prometido por los fanáticos ufólogos enloquecidos, se arriesgó y, en un gesto impulsivo, marcó el número proporcionado en el mensaje.

—*Pronto?* —contestó una voz en italiano.

—Hola, soy... Soy Giannina Christofonti. Maia me ha enviado tu contacto y... tú también me has escrito un mensaje para ofrecerme ayuda.

—Sí, claro. Me alegra muchísimo que me llames.

—Acabo de escapar de un culto de fundamentalistas conspiratorios que me han tenido prisionera. Creen que llevo un alienígena dentro de mí. Están locos. Me han torturado, y sé que lo harán de nuevo si me capturan. ¿Pueden protegerme si les revelo mi localización?

—Claro, dime dónde te encuentras y enviaré de inmediato a alguien para rescatarte.

—¿Cómo sé que no nos harán daño a mí o a mi bebé?

—Giannina, te prometo que ni yo ni nadie del Gobierno chino os causaremos daño alguno. Solo queremos ayudaros y haceros unas pruebas para entender mejor el Embriovirus.

—¿Por qué queréis ayudarme? Después de lo que he pasado, es difícil confiar en nadie.

—A raíz de la operación especial para recuperar la soberanía territorial de Taiwán, la opinión pública internacional se ha vuelto en nuestra contra. El brote de embarazos involuntarios, provocado por una infección vírica, ha intensificado la presión mediática, y las sanciones occidentales se han centrado en nuestro país. Nuestro único objetivo es demostrar que el origen del patógeno no es nuestra nación, sino el tío Sam. Lo único que necesitamos de ti es una muestra de sangre. Eso es todo. Estamos listos para ofrecerte protección, no solo frente al régimen yanqui, sino también ante las sectas y cultos que te persiguen. Si decides confiar en nosotros, podemos garantizarte un programa de seguridad tanto para ti como para tu hijo.

Vaciló. El escepticismo, forjado por una concatenación de desengaños y la traición de su propio Gobierno, luchaba contra la

desesperación. ¿Podía confiar en un gobierno extranjero con intereses políticos tan opacos? ¿No sería esto como escapar del lodo para caer en el abismo? La idea de convertirse en instrumento político le repugnaba. No quería ser bandera ni mártir, solo una mujer libre. Pero en un mundo donde las fronteras se difuminaban con el miedo y la pólvora, tal vez no habría refugio que no exigiera algún tipo de transacción. Confiar era otra forma de exposición, pero el aislamiento también la había destrozado.

En el instante en que otro relámpago avivó el terror de que cayese en manos de los psicópatas que la perseguían, y al sentir el pequeño, pero firme, latido dentro de ella, tomó una decisión inquebrantable: no podía rendirse. Si no por ella, entonces por él. Esta era su única oportunidad, por más dudosa que pareciera.

—Estoy en Alemania, en la Selva Negra.

—Rastrearemos el teléfono con el que llamas. No lo pierdas para que podamos encontrarte. Te enviaré las coordenadas de una ubicación donde nuestros agentes de inteligencia te recogerán y te pondrán a salvo. En cuanto estén cerca, recibirás una llamada con la que confirmarán quiénes son. Pronto te pondremos a salvo, Giannina. Te deseo mucha suerte.

La lluvia se escurría por su rostro, lavando el sudor y la sangre, como si intentara limpiar el pasado. Cada paso sobre el barro era un pacto con el presente: seguir adelante, incluso si el destino era incierto. El bosque temblaba con ecos ocultos, ramas que susurraban conspiraciones, hojas que caían como secretos al suelo.

Colgó, y unos minutos después, en un mensaje de texto le llegó un enlace que activó el mapa digital e indicó lo que parecía un edificio a la orilla de una carretera cercana. Recogió sus pertenencias y escudriñó el oscuro bosque en busca de cualquier indicio de movimientos o linternas que delatasen a los cazadores. Como no detectó señales de que alguien estuviese cerca, reanudó la marcha bajo el aguacero y avanzó con cautela en busca del punto de encuentro.

No sabía si encontraría ayuda o no. Pero lo que sí sabía, mientras el aguacero dibujaba surcos en el camino, era que estaba dispuesta a seguir avanzando, aunque fuese sola, aunque el mundo entero

estuviese en su contra. No caminaba solo por ella. Lo hacía por una promesa que latía dentro de su pecho, sin nombre, pero con propósito.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

UNA VEZ LLEGÓ al destino, se encontró frente a una nave industrial abandonada, con la mayoría de los cristales de las ventanas resquebrajados, por donde se filtraba el agua de la lluvia que azotaba sin piedad. Rememoró las escenas de películas de acción que había visto con su padre en la adolescencia y se adentró con precaución en el edificio, evaluando la situación, apuntando con el arma según inspeccionaba el interior. Decidió atrincherarse en el piso superior, tan empapada como extenuada, y encontró un punto desde el que vigilar si alguien venía.

Apenas fue a dejar el fusil en el suelo, vio un vehículo aproximarse por la carretera, reactivó el estado de alarma y lo sujetó con más fuerza. Le parecía imposible que los espías mandarines hubiesen sido tan rápidos. Además, nadie la había avisado por teléfono de la llegada del equipo de rescate.

En cuanto el automóvil se detuvo a la entrada del almacén, reconoció los equipos de protección individual de los terroristas de los que acababa de escapar. Ambos iban armados y uno llevaba una tableta.

—¿Estás seguro de que este es el lugar correcto? —escuchó decir a la voz grave de Ragnar.

—Cien por cien —contestó Kaido, comprobando el dispositivo digital—. La señal del móvil de Onno viene de ese edificio.

—Entraré a buscarla. Quédate aquí y vigila por si intenta escapar.

Percibió con angustia el ruido de pasos que resonaron en las paredes. Cada pisada empujaba el terror hacia sus oídos, acercando al perseguidor. Deseó ante todo que no la atrapasen ni el controlador de almas ni sus creadores. Por lo menos se había

asegurado de que Dante no hiciese daño a nadie nunca más, aunque sus cómplices eran igual de peligrosos.

Se aferró al fusil de asalto, preparada para neutralizar a Ragnar, y decidió asomarse con cautela por las escaleras que conducían a la planta en la que se encontraba. Dante y sus compañeros habían sido blancos fáciles, ya que estaban desarmados, pero en ese instante su oponente también tenía un rifle en las manos y estaba alerta. Además, se encontraba en un edificio a oscuras, iluminado únicamente por los destellos de la tormenta.

Las pisadas de las botas de goma de Ragnar chirriaron con el agua. El sonido retumbó en los oídos de Giannina y le provocó un miedo que casi la paralizó. De pronto, los pasos desaparecieron y la inquietud aumentó. No entendía qué estaba pasando. ¿Qué planeaba Ragnar? ¿Por qué no se asomaba de una vez a las escaleras para que pudiese llenarlo de plomo?

De repente, escuchó un golpe metálico detrás de ella. Se giró y un destello la noqueó y la arrojó al hormigón. Quedó cegada, y sus oídos solo registraron un insoportable pitido, resultado de la granada aturdidora. Sintió una profunda desolación por que la privasen de nuevo de los sentidos, igual que había ocurrido en el tanque de suspensión sensorial. A duras penas gateó en busca del rifle. Lo encontró y en el instante en que trató de tomarlo, algo se lo impidió.

—Te pillé —exclamó Ragnar.

—¡NOOO! —chilló Giannina, aún aturdida.

Forcejeó por el fusil. Ragnar le asestó una patada que la tiró al suelo. Él le apuntó con el arma que apenas le había robado y gritó.

—¡Quédate quieta!

—¡Jamás! ¡No permitiré que me volváis a atrapar!

—Demasiado tarde —replicó Ragnar.

Le propinó un culatazo con el fusil que la derribó y le arrebató el conocimiento. Después él se agachó, la levantó con una ágil maniobra militar ensayada y se la colocó sobre los hombros para transportarla como un saco de escombros hasta el maletero del coche junto al que Kaido los estaba esperando.

—Átala para que podamos marcharnos sin que nadie nos descubra —ordenó a su compañero—. Yo voy a limpiar la escena.

Conforme Kaido preparaba las bridas con las que pretendía inmovilizarla, Giannina recobró el conocimiento y comenzó a forcejear dentro del angosto habitáculo. En un destello de lucidez, divisó una barra metálica en el maletero. La agarró con fuerza e, impulsada por el instinto de supervivencia, le propinó un porrazo fulminante a Kaido, quien cayó al suelo de inmediato, herido de muerte. Ragnar se apresuró a reducirla, sorprendido por la trifulca y por la tenacidad de la presa, que ofrecía una resistencia insólita después de haberle arrebatado la consciencia.

Giannina logró salir del maletero y se adentró en el diluvio empuñando la barra. Por un instante, mientras la lluvia le golpeaba el rostro, visualizó la victoria: una vida en libertad, lejos de sus captores, lejos del miedo. A pesar de que intentó atacar al enemigo con todas sus fuerzas cuando él se acercó, no consiguió noquearlo como deseaba. Ragnar hincó una rodilla por el mazazo, pero se levantó antes de que ella pudiera propinarle otro golpe contundente, y con la fuerza de un ciervo desbocado, la embistió contra el coche. En ese momento, ella respondió con rapidez, impactándole en la nuca con la barra. Esa vez, Ragnar se desplomó de rodillas, derrotado, mientras el sonido de la lluvia amortiguaba sus gruñidos de dolor y frustración. Hostigada por el pánico a verse presa de nuevo de un grupo de desequilibrados, remató al adversario hasta que la sangre de Ragnar impregnó el traje de protección .

La imagen, el sonido, el olor metálico de la sangre. Todo se grabó a fuego en su mente, una escena grotesca de la que ella era la autora. Un nudo de asco y terror se le formó en el estómago, mezclado con una extraña sensación de poder crudo. El corazón amenazaba con salirse del pecho debido al combate. No sabía si acababa de salvarse o de perderse para siempre. Lo que la abrumaba no era el golpe, la sangre ni el miedo: era la certeza de que sus manos habían ejecutado decisiones que nunca había imaginado tener que tomar. No había justicia perfecta en aquel acto. Solo supervivencia. Y eso también tenía un precio.

Entonces sintió un punzante dolor en el vientre, y por un instante, todo se detuvo. «Aguanta, pequeño», pensó mientras el miedo a perderlo le robaba el aire. El estado traumático, producto de

la lucha a vida o muerte contra los hombres que habían intentado capturarla, la sumió en un agónico trance. Se preguntó si alguna vez volvería a ser la misma, si el peso de esas vidas arrancadas la perseguiría para siempre.

Pero la urgencia de sobrevivir la arrastró de nuevo al presente junto con el lejano sonido del teléfono de Onno, que la sacó del sueño y la devolvió a la realidad. Ese timbre que había escuchado por primera vez en el salón de la granja le recordó que el mundo todavía existía fuera de aquella noche que parecía infinita. Que había voces que querían encontrarla, no someterla. Que quizá, solo quizá, había una puerta hacia algo distinto a la violencia.

Con gran dolor, consiguió subir al piso de arriba de la nave guiada por el timbre del móvil, lo tomó en sus manos y descolgó.

—¿Giannina?

—Sí —respondió ella con apenas un susurro—, soy yo.

—Mi nombre es Xiao. Soy de la embajada china y llamo para avisarte de que en unos minutos llegaremos al punto de encuentro. Nuestro sistema indica que el teléfono con el que hablas sigue allí. ¿Es eso correcto?

—Sí, estoy aquí.

—Perfecto, en un minuto estaremos contigo.

Ese minuto se le hizo eterno. Repasó el camino que la había llevado a aquella lluviosa cuneta de la Selva Negra. Todo comenzó con el encuentro fortuito con Jeevika en el aeropuerto de Miami, ¿o había sido con Maia en el lago? No podía modificar el pasado, pero aprendería de él y haría frente al presente, por duro que fuese, hasta que alcanzase el futuro que deseaba. Por fin tenía claro lo que quería. Llevaba dentro una vida, una personita que no tenía culpa de nada. No importaba cómo hubiese llegado a ella. Era su hijo. Su elección. Lo cuidaría y protegería con cada fibra de su ser.

—Todo va a salir bien —le susurró al bebé y esperó la llegada de los agentes chinos—. Yo te protegeré. Y juntos seremos muy felices.

Dos vehículos Xiaomi YU7 Ultra llegaron zumbando a toda velocidad y se detuvieron junto al automóvil de Ragnar y Kaido. Sintió un escalofrío cuando descubrió que los cuatro individuos que se apearon también llevaban equipos de protección personal,

aunque estos eran de color blanco y no negros como los de sus últimos captores. Entonces observó cómo uno de ellos cogía un móvil y la llamaba.

—Giannina, ya hemos llegado. ¿Sigues en el edificio?

—Estoy en la planta de arriba.

Los agentes chinos llegaron rápidamente y la cubrieron con toallas y mantas térmicas para protegerla del frío cortante de la tormenta. Con rapidez y destreza, la subieron a uno de los utilitarios y la trasladaron a un refugio. Allí, un equipo médico la esperaba. Con manos firmes y profesionales, la examinaron minuciosamente, asegurándose de que ella y el bebé estuvieran a salvo.

Acto seguido trataron las heridas que había sufrido durante los combates aplicando vendajes y desinfectantes, con la mirada imperturbable de quienes habían hecho el trabajo muchas veces sin necesidad de conocer el origen de las laceraciones. Giannina sintió el absurdo de estar atendida con profesionalidad, después de haber tenido que matar para llegar hasta allí. Cada gesto amable era un espejismo de normalidad que no sabía si merecer. ¿Quién era ella después de lo que había hecho para sobrevivir?

Solo habían tratado las heridas de su cuerpo: sus cicatrices más profundas, las del alma, seguirían abiertas de por vida.

CAPÍTULO CUARENTA

GIANNINA FUE CONDUCTIDA a un imponente rascacielos desde el cual contempló la Ciudad Prohibida de Beijing. La decoración confería un halo de misterio a la oficina de caoba decorada con imágenes de paisajes rupestres. Las luces de la ciudad danzaban ante sus ojos y reflejaban la tensión inminente de aquel encuentro clandestino. El anfitrión, un varón de porte imponente y gesto compasivo, rompió el silencio con una voz firme y llena de experiencia, dispuesto a compartir los secretos que habían llevado a la protagonista hasta ese punto.

—Bienvenida al Centro Chino para el Control y la Prevención de Enfermedades. Me llamo Xi Weiland, soy el director de la agencia que salvaguarda la salud y la seguridad pública de nuestra nación y, entre otras responsabilidades, luchamos contra pandemias como la de embarazos espontáneos selectivos a la que nos estamos enfrentando.

Mientras absorbía la información, Giannina miró el despliegue de las fuerzas armadas que abarrotaba las avenidas de la capital china, esperando respuestas a las incógnitas que las últimas semanas habían tejido. La ciudad tenía un aspecto totalmente diferente a cuando la había visitado durante la misión diplomática antes del viaje espacial. Después de todo lo vivido, esperaba que el periplo hubiese terminado, pero la estampa de lo que parecía un estado de sitio ponía eso en duda.

—Gracias por ayudarme. ¿Qué es todo este revuelo? —preguntó, observando las vías infestadas de militares a la par que los cristales de la oficina retumbaban con el eco de las protestas.

—China sufre una tormenta política como resultado de las estrategias del régimen estadounidense, que usa sus artimañas

para provocar una grave crisis económica, social y política. Pese al énfasis en la seguridad nacional, que nos ha convertido en una de las naciones con menores tasas de criminalidad relacionada con armas de fuego, enfrentamos serios retos en el ámbito social. Como la demanda interna es débil y atravesamos la mayor burbuja inmobiliaria que el mundo ha conocido, hay hogares que creen que están perdiendo poder adquisitivo. Eso ha provocado que algunos ciudadanos, mayoritariamente jóvenes, se hayan lanzado a las calles para exigir mejores condiciones económicas. Dicen que quieren prosperidad, libertad y justicia. En verdad ya tenemos todo eso. La propaganda de los medios sociales yanquis intenta que el presidente pierda el apoyo de la mayoría del Partido Comunista y del pueblo. Ahogan a nuestra sociedad con informaciones falsas, acusándonos a todos los funcionarios de corrupción y nepotismo. Varios miembros de un grupo terrorista han sido encarcelados bajo acusaciones de alta traición, como responsables de un motín contrarrevolucionario. Por eso el Gobierno ha decretado la ley marcial y ha ordenado al ejército que reprima las protestas para preservar la seguridad nacional.

Observó la manifestación; cientos de jóvenes entraban en tropel por los accesos que convergían en la inmensa plaza visible desde el edificio gubernamental en el que se encontraban, lo que le recordó las escenas vividas en el Vaticano durante el asalto del Reinicio. Aparte del cambio de escenario y de indumentaria, la otra principal diferencia era que los colaboradores de los presuntos terroristas iban armados exclusivamente con móviles para retransmitir en directo lo que veían y oían, con el fin de evitar que el sacrificio que hacían cayese en el olvido o fuese manipulado. El anfitrión le ofreció asiento en un sillón y un vaso de agua.

—Pronto acabará todo y reinará de nuevo la paz. Lo que has vivido también ha sido muy duro, y supongo que tendrás ganas de recuperarte y descansar. No obstante, me gustaría aprovechar tu condición de paciente cero para examinarte, siempre con tu consentimiento, claro está —añadió Xi.

Giannina dio un sorbo al vaso de agua y estudió al director que tenía enfrente. Rondaba los cincuenta, y un abundante cabello negro

le daba un aspecto saludable. El rostro estaba marcado por arrugas, huella de años de trabajo duro. Era un hombre de estatura pequeña, con una presencia cálida y amigable, de ojos oscuros, profundos pozos de conocimiento que miraban con serenidad y confianza. Vestía un traje gris demasiado holgado que revelaba el poco valor que le daba a la moda. A pesar de que no tenía derecho a reprocharles nada a las administraciones chinas, que hasta entonces habían cumplido todas sus promesas, la desconfianza seguía anidando dentro de ella.

—Tal como te han ofrecido mis compañeros del Ministerio de Relaciones Exteriores, hemos preparado tu inclusión en un programa de protección para que tú y tu hijo viváis en nuestra nación, sin miedo a que os persigan sectas religiosas, siempre que sea eso lo que deseéis. Aquí no tenemos a ningún presidente que ponga al dios cristiano por encima del deber al pueblo que lidera. Tampoco hay cultos amantes de teorías conspiratorias. Ni debéis temer represalias de las autoridades americanas. Aquí estaréis a salvo bajo el manto de nuestra república.

Escuchar las palabras «a salvo» en boca de alguien que ignoraba los gritos de cientos la desconcertó. ¿Sería esa paz prometida solo un silencio impuesto? ¿Podía confiar en quienes ofrecían seguridad ocultos tras uniformes opacos? El deseo de proteger a su hijo rugía en su pecho, pero la consciencia también pedía respuestas.

—¿Cómo vais a protegerme con todo el caos que reina en la ciudad? —dijo, y señaló los altercados en las aceras, cuya violencia aumentaba sin piedad, al ritmo de cánticos que Giannina era incapaz de entender.

—Lo que sucede fuera es algo fortuito. El Gobierno dará una respuesta contundente a la disidencia, igual que ha hecho siempre. La estabilidad de la nación es primordial, y gracias a las rotundas medidas que estamos tomando, pronto volverán a calmarse las aguas.

Por imposible que fuese ignorar la contienda entre los manifestantes y los soldados, no desaprovechó la ocasión de obtener toda la información posible de aquel dirigente chino.

—Todavía no entiendo por qué los Estados Unidos han creado un agente infeccioso que provoca embarazos.

—Gracias a la filtración de documentos clasificados del Pentágono, descubrimos que el principal objetivo era mantener la hegemonía mundial y evitar lo que ellos consideran el colapso de la civilización occidental debido al invierno demográfico.

Como científica, entendía los gráficos, las proyecciones, las curvas descendentes que anunciaban una crisis poblacional. Pero nunca llegó a imaginar que la solución fuese infectar cuerpos de ciudadanas para convertirlos en incubadoras. Era biología convertida en política, fertilidad reducida a estrategia bélica. Y ella, sin quererlo, se había vuelto parte del complot.

Mientras asimilaba esa pesada carga, volvió a desviar la mirada hacia la ventana, cuando el ruido de una explosión la transportó al día del amerizaje en el que los barcos de rescate fueron destruidos por el Reinicio. A través de las cortinas entreabiertas, los destellos de la batalla con gases lacrimógenos y bombas aturdidoras que iluminaban los cristales de los edificios colindantes, hacían que recordase los efectos que había sufrido por la granada que Ragnar había usado en el almacén abandonado de la Selva Negra.

Vio la brutalidad que se desataba en las trifulcas. El ejército chino, con una ferocidad desmedida, reprimió con violencia a aquellos que se atrevían a alzarse en contra del Partido Comunista, igual que había ocurrido en la masacre de Tiananmen.

La historia, pensó, es una espiral que solo cambia de época. El Vaticano, la Selva Negra, Pekín... Cada lugar era una versión distinta de la misma pregunta: ¿Cuánto vale una vida? Y como llevaba una consigo, tenía claro que no respondería la pregunta desde la ignorancia.

No comprendía cómo el dirigente mantenía la calma ante el espectáculo cruento que se desplegaba en la plaza. Sin embargo, se acercó a ella, le colocó una mano sobre el hombro y echó un breve vistazo a las escenas dantescas.

—Tu hijo y tú estáis a salvo con nosotros, de verdad —dijo—. Pronto habrá acabado todo. Sois nuestra esperanza para que encontremos una cura contra el patógeno de creación

estadounidense. —Xi tomó asiento, cruzó las piernas e ignoró el avance de las tropas encabezadas por cañones de agua, pelotas de goma y balas perdidas, que arrasaban a los manifestantes antes de continuar—. China es la primera potencia mundial, y los americanos se niegan a pasar a un segundo plano, tanto en materia económica como geopolítica. Están dispuestos a cruzar cualquier frontera moral, igual que han hecho tantas veces en el pasado, con tal de que no se produzca el cambio de ciclo. Con tal de que ni China ni India ni cualquier otro estado los supere. Por eso desarrollaron un microorganismo que provoca fecundaciones en un grupo específico de personas. Buscan incrementar rápidamente la población tanto en Estados Unidos como en los países aliados al régimen occidental, donde la tasa de natalidad se ha desplomado en las últimas décadas, lo que los ha llevado a necesitar una estrategia drástica para afrontar esta problemática.

—¿No les bastaba con ayudar a las familias con incentivos económicos?

—Lo intentaron, si bien no lograron frenar la crisis poblacional. Muchas personas no pueden tener hijos por problemas de salud, y otras no quieren por razones económicas u hormonales, debidas a la contaminación de metales pesados, microplásticos o al cambio climático. En verdad, muchos culpan a las mujeres, acusándolas de ser egoístas y centrarse en el placer o en la carrera profesional.

—Es indignante que nos culpen, como si tuviéramos que justificar nuestras vidas. No es egoísmo, es libertad. ¿Qué quieren, encerrarnos en casa, igual que en el pasado o en países gobernados por islamistas extremos? ¿Prohibirnos estudiar o trabajar para solucionar la crisis de fertilidad?

—Algunos creen que el confinamiento durante la pandemia de COVID-19 generó un aumento en los nacimientos en EE. UU., y que volver a encerrarnos en casa podría resolver el problema.

—El electorado jamás aceptaría eso.

—Por eso han diseñado un tsunami de bebés. Lo perciben como una bendición que impulsará la economía yanqui y aumentará de manera exponencial la fuerza laboral, así como la base de consumidores y, por ende, de contribuyentes americanos. Es su

antídoto para el colapso demográfico. Quieren avivar con ello el gasto de consumo, los ingresos fiscales y, por supuesto, el número de reclutas para las fuerzas armadas con las que realizarán operaciones militares por todo el mundo para perpetuar el colonialismo. Impulsando una mayor tasa de natalidad, pretenden reconfigurar el mapa geopolítico, con el propósito de recuperar influencia a nivel global. Están dispuestos a todo por seguir proyectando sus valores a otras naciones, porque los consideran moralmente superiores a los de cualquier otra cultura.

—¡Eso es horrible! —exclamó Giannina, sintiendo cómo cada palabra de Xi la golpeaba con la fuerza de un puñetazo, fracturando toda su comprensión del mundo. La inocencia que le quedaba se desmoronaba ante la magnitud de la manipulación y la crueldad.

—Lo mismo pensamos nosotros. Discriminan por raza y etnia; por eso tus compañeras rusas no se quedaron embarazadas durante vuestra misión espacial, ni tampoco la portadora que te contagió, que era de origen indio. Además, la pandemia compensará la falta de trabajadores extranjeros provocada por la política de inmigración norteamericana, cada vez más restrictiva. Eso facilitará mantener leyes migratorias duras y, en consecuencia, reducir la diversidad de la sociedad estadounidense, todo con el propósito de “hacer América grande otra vez”

—¿Estáis seguros de que fue Jeevika quien me contagió?

—Es lo más probable. Trabaja en el laboratorio del Departamento de Defensa en el que fue desarrollada el arma biológica. Demasiada coincidencia.

—No entiendo cómo ella y los otros científicos del Pentágono crearon un arma vírica tan aterradora.

—Como te he mencionado, el patógeno hace distinciones de raza pero no de edad. Lo que implica que una cantidad alarmante de niñas, que han atravesado la menarquia, se han convertido en víctimas de fecundaciones no deseadas. Y con las nuevas leyes antiabortistas, muchas de ellas se encuentran desprovistas de asistencia médica para interrumpir los embarazos indeseados. Solo aquellas de familias con recursos han podido acceder a métodos seguros, cruzando las fronteras estadounidenses para hacerlo.

—¡Pobrecitas! ¿Cómo han hecho esa atrocidad? La gente estará quemando las calles —comentó, viendo cómo justo eso ocurría en la plaza foco de las revueltas.

—Bueno, ya has conocido a varios integrantes de una congregación religiosa cuya doctrina mesiánica lo considera una bendición divina. Otros que se consideran pragmáticos alaban el potencial económico que un drástico aumento de la natalidad americana ofrecerá a tu país, lo que ha disparado la capitalización bursátil de empresas de la bolsa neoyorquina. No les preocupa el gran impacto medioambiental que tantos consumidores yanquis causarán sobre la Tierra. Y luego están los miembros de cultos con teorías de conspiración de amplio espectro, como Masanon, que se comportan como grupos terroristas capaces de todo por conseguir lo que ellos llaman el gran despertar.

—¡Menuda locura! —Giannina apenas podía procesar la escala de la depravación. El mundo, que antes le parecía complejo, en ese instante se revelaba como un tablero de ajedrez donde las vidas humanas eran meros peones.

—Los congresistas y altos funcionarios del Gobierno son los que van a beneficiarse con esto. Han adquirido acciones de las empresas que más se lucrarán con el auge de los nacimientos, y ahora se enriquecen a costa del sufrimiento ajeno. Pero lo más aterrador de esta explosión de la tasa de nacimientos es su impacto en las relaciones entre Norteamérica y mi país, ya tensas por cuestiones como el comercio, la tecnología y la soberanía regional. La expansión de la población estadounidense representa una amenaza directa a nuestra agenda para luchar contra el cambio climático y el imperialismo occidental. Con la operación taiwanesa en marcha, Estados Unidos y China están en medio de una nueva guerra fría que podría desbordarse en un conflicto abierto. Las hostilidades entre nosotros alcanzan niveles inéditos en la pugna por recursos, mercados, aliados e influencia.

—¿Cómo se puede evitar la guerra?

—Trabajamos en una vacuna y evitaremos pronto que otras personas sigan quedándose embarazadas espontáneamente. Las píldoras antiabortivas son el único remedio efectivo hasta la fecha.

Pero así no evitamos que una mujer se infecte y quede embarazada de nuevo. Los métodos anticonceptivos hormonales son la mejor prevención. Lo malo es que no todas las mujeres pueden usarlos, y las empresas farmacéuticas no cubren el exponencial incremento de la demanda, por mucho que las incentivemos, sin contar con los altos costes de los medicamentos.

—¡Eso es una atrocidad! Eso significa...

—Tú ahora mismo estás embarazada, y si no encontramos una solución, te volverás a quedar encinta en cuanto recuperes la menstruación, poco después de que des a luz, si no usas un método anticonceptivo, claro está.

Centrada en dar a luz a un bebé sano, cuidarlo y verlo crecer, Giannina había encontrado esperanza tras unas angustiosas semanas. En ese momento volvió la angustia; no podía evitar pensar en cómo el virus la había reducido, junto a tantas otras mujeres, a una máquina de gestación incesante. Pero entonces, con una determinación renovada, decidió que esa no sería su historia.

—Quiero ayudar.

—Te lo agradezco.

—No solo con una muestra de sangre; también me gustaría colaborar con el equipo de investigación. Soy microbióloga y os ayudaré a encontrar una cura contra ese patógeno abominable.

—Me alegra mucho oír eso. Toda ayuda es bienvenida. Primero, céntrate en tu embarazo —puntualizó Xi, y señaló la abultada barriga de Giannina—. Por lo que sé... has decidido seguir adelante.

Giannina bajó la mirada hacia su vientre, sintiendo un torbellino de emociones que luchaban entre sí. La incertidumbre y el miedo la asaltaban, pero también experimentó una extraña calma. Respiró hondo y, con voz firme, aunque suave, respondió.

—No me importa el origen; tendré al bebé. Forma parte de mí.

No era una rendición silenciosa, sino una afirmación. En vez de formar parte de un experimento que confundía vida con política o de ser un símbolo manipulado por fuerzas que nunca pidió conocer. Ser madre, pensó, no era transformarse en un receptáculo, sino convertirse en una raíz.

—Es una decisión muy loable. En cualquier caso, nosotros te proporcionaremos la asistencia necesaria para que lo que te queda de embarazo y el parto vayan bien. En cuanto tengas a tu bebé y te hayas recuperado, ponte en contacto conmigo y buscaremos la mejor forma de que colabores con nuestro equipo de especialistas en la búsqueda de una inmunización contra la enfermedad.

—Gracias —respondió Giannina; le estrechó la mano y abandonó el despacho, observando en todo momento la revuelta, contenida por el aparato militar.

Desde la entrada, mientras los escudos arrollaban consignas y las cámaras luchaban por no ser apagadas, Giannina observó el contraste brutal entre la vida que crecía en su vientre y la que se apagaba en las aceras. Había cruzado un umbral. No volvería atrás. Su historia, como su cuerpo, estaba llena de heridas. Pero también de posibilidades.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

EL MUNDO QUEDÓ en calma con el descenso. El silencio no solo fue interrumpido por los latidos del corazón, sino también por el suave chapoteo del bebé.

—¡Cucú! ¡Aquí estoy! —exclamó Giannina al salir a la superficie.

Miró a la criatura de ojos verdes, que se llenó de alegría en cuanto vio a su madre y luego cogió el agua con sus diminutas manos.

—¿Te gusta, Enzo?

Le parecía increíble lo rápido que habían pasado los seis primeros meses tras el nacimiento. Ya no imaginaba la vida sin él. Debido al proceso de gestación poco convencional, pensó que el instinto maternal no despertaría después de parir. Pero se sorprendió al descubrir que el amor por el recién nacido era tan natural como respirar. Si lo dejaba en la guardería, lo echaba en falta igual que si dejase un trozo de pulmón para que se lo cuidasen, y solo respirase con tranquilidad si lo tenía en brazos de nuevo.

—Tengo tanto que contarte... Tanto que enseñarte, renacuajo...
—murmuró, y lo abrazó con ternura.

A veces, una nostalgia profunda la envolvía, como una marea imparable, al recordar los días en que nadaba como una atleta profesional. El agua, su refugio y su elemento, parecía bailar al ritmo de sus movimientos, y cada brazada la conectaba con una versión de sí misma que se sentía invencible, casi eterna. Recordó cómo, antes del embarazo, su cuerpo respondía con energía y resistencia imparables, una forma física que en ese instante le parecía inalcanzable. Aquella mujer, en su apogeo, se desvanecía como un sueño lejano, eclipsada por la nueva realidad que enfrentaba.

No podía evitar comparar su cuerpo de entonces con el de ese momento. El agua ya no parecía obedecer sus movimientos con la misma facilidad, pero algo en su interior sabía que no todo estaba perdido. Aún quedaba tiempo para recuperarse, si bien no iba a ser gracias al curso de natación para infantes. Pero este tenía un valor enorme, cada instante se convertía en un tesoro precioso, una oportunidad de revivir, de reconstruirse lentamente. Sabía que, al final, el tiempo haría su magia, y cuando su hijo creciera, sería él quien, con su propio esfuerzo y valentía, rompería los récords que ella había alcanzado en su momento, dejando una huella en el planeta más profunda que la suya.

Así, mientras el niño daba sus primeras brazadas, ella también redescubría su camino, sabiendo que cada final, incluso el de su antigua forma física, era solo el principio de algo nuevo.

—¿Quieres seguir nadando, peque? ¿Sí? ¿Te gusta chapotear y salpicar a mamá? ¿O lo que te llama la atención es la sensación de ingravidez? —Sacó a su hijo para volver a zambullirlo de nuevo—. Sí, ¿verdad? En este líquido experimentas menos tu peso, ¿eh? ¡Pues imagínate en el espacio! Sí, mamá estuvo en el espacio y, si quieres, un día tú también serás astronauta.

Se maravillaba con los ojos del niño, que encerraban un bosque sumergido en el remolino de una laguna, mientras se preguntaba qué cromosomas poseería.

—Pero no tienes que ser astronauta —añadió—. Serás lo que tú quieras. Lamento no haber sido fiel a mí misma, pero esa es una lección que he aprendido por la fuerza y me aseguraré de que tú no pases por lo mismo. Descubrirás qué es lo que deseas y lo dirás en voz alta, sin miedo a lo que piensen los demás. Expresarás tus sentimientos y ambiciones sin pudor, conseguirás hacer realidad tus sueños y serás muy feliz.

Jugó con el pequeño a sacarlo y zambullirlo de nuevo, provocándole una carcajada tras otra.

—Tú me haces muy feliz. Porque te quiero mucho, mucho, mucho —susurró y lo besuqueó. Reflexionó sobre sus palabras y añadió—: Puedes hacer todo lo que te propongas. Igual que mamá. Estamos hechos de otra pasta.

Observó la cicatriz del vientre que marcaba la puerta de entrada de su hijo, la huella física de su milagro. Esa línea, visible y palpable, no era solo el recuerdo de un dolor, sino también el mapa de su supervivencia. Parte del camino que la había llevado a Enzo.

—¡Ves!, yo estoy hecha de cicatrices.

Revivió el parto así como las secuelas de toda la odisea: la lesión en la frente por el culatazo que le había propinado Ragnar en el almacén de la Selva Negra, las heridas sufridas cuando el culto la había capturado de manos del Reinicio en el Vaticano, la costura que le habían hecho en la pierna cuando había huido en velero de la isla santuario del Reinicio, así como el surco en el brazo correspondiente al accidente con meteoritos durante la misión en la Estación Espacial Internacional.

A pesar de que la violencia obstétrica no fue la peor tortura a la que la habían sometido en el último año, sí formaba parte de una larga lista de abusos que nunca había imaginado que sufriría. Los encargados del paritorio en el hospital en el que la habían atendido pertenecían a la academia de médicos que recurría a cesáreas innecesarias. Se facilitaban el trabajo a costa de dañar a madres indefensas en un momento extremadamente delicado, pues desoían los deseos de conseguir un parto natural.

Intentó centrarse de nuevo en el bebé y descubrió que todavía no ajustaba sus palabras a la delicadeza de un recién nacido. No estaba acostumbrada a interactuar con un crío, y no había literatura ni curso que pudiese prepararla para tal responsabilidad. Quería ser una buena madre para Enzo, y haría todo lo que estuviese en sus manos para conseguirlo. Lo cuidaría, lo protegería y le enseñaría todo lo que necesitaba para desenvolverse. Incluso si no sabía cómo sería la alocada sociedad en la que iba a crecer ni a qué peligros y retos tendría que enfrentarse.

El Gobierno chino había cumplido su promesa y le había brindado todos los recursos necesarios para establecerse en Pekín. No había pasado mucho tiempo antes de que, en contacto con el director del Centro Chino para el Control y la Prevención de Enfermedades, se uniera a uno de los equipos que investigaban el patógeno que había cambiado su destino y el de cientos de miles de mujeres y niñas en

edad reproductiva. Durante mucho tiempo, Giannina se debatió entre la incertidumbre y el miedo, sin saber qué hacer con su embarazo. Sin embargo, poco a poco, el amor que sentía por esa nueva vida superó sus dudas. Había dado a luz a Enzo, no solo porque consideraba que debía hacerlo, sino también porque lo amaba profundamente. Y al mismo tiempo quería evitar que otras mujeres vivieran la misma experiencia devastadora.

No tenía un camino fácil: incluso con la ayuda del Gobierno, tenía que hacer malabares para compaginar el trabajo con los desafíos de la maternidad en soltería. Sobre todo, en un ambiente donde el papel de la mujer seguía centrado en la crianza de los hijos como único foco de atención, haciendo que muchas mujeres dejasen las aspiraciones profesionales o personales de lado. Recordó los juicios sociales y, con ellos, los sentimientos de impotencia que surgían cada vez que alguna madre de los compañeros del colegio le reprochaba que trabajase o que no buscara una figura paterna.

El idioma chino no era sencillo, pero encontró el apoyo de numerosos extranjeros con los que podía relacionarse. Sobre todo, la reconfortaba la comunicación con sus padres. Como ella misma ya era madre, comprendía mejor que nunca la angustia que sufrían si no tenían noticias de ella, y no privaría a los abuelos debutantes de las imágenes del único nieto que tenían, por más que los funcionarios le recomendasen que cortase toda relación con el pasado.

Aparte del idioma y de la cultura, otra de las facetas que la impactó fue el progreso tecnológico de la sociedad en la que residía, donde cualquier producto o servicio se podía obtener mediante un dispositivo móvil. Reflexionó sobre lo que había cambiado, ya que la vez que había visitado el gigante asiático, antes de la misión espacial, jamás había imaginado que residiría en él.

Nunca lograría vivir en paz del todo. El miedo persistente a que algún integrante del Reinicio, del culto conspirativo Masanon o cualquier otro fanático desequilibrado intentara secuestrar a su hijo la mantenía en constante alerta. Aunque el férreo control del Gobierno le provocaba escalofríos, había algo extrañamente reconfortante en la eficacia de las medidas de seguridad impuestas

por el Partido Comunista: al menos, mientras estuvieran bajo su vigilancia, nada les pasaría.

Acarició la cabeza mojada de Enzo, como si quisiese tatuar su promesa en la piel. El agua no solo los cubría: los conectaba. Era el mismo líquido que los había rodeado hasta el nacimiento, el mismo en el que ella se había entrenado para conquistar el espacio, y el mismo donde empezaban a construir su propia órbita juntos.

Pensó en positivo. Tal como había aprendido, dejó los miedos aparcados y visualizó la vida que quería, con su hijo feliz junto a ella. Y aunque el agua que la envolvía entonces era diferente a la de las costas italianas donde había aprendido a nadar, el recuerdo de sus padres seguía latiendo en su interior. Pensó en ellos con gratitud, imaginando la emoción contenida que debían de sentir cada vez que abrían los mensajes con las fotos de su nieto. Había construido una nueva vida, sí, pero nunca los dejaría atrás. Ellos eran parte del origen, y no podía olvidar de dónde venía, para seguir adelante.

* * *